

ILDEFONSO PEREDA VALDES

LA NOVELA PICARESCA
Y EL PICARO
EN ESPAÑA Y AMERICA

ORGANIZACION 

ILDEFONSO PEREDA VALDES,
africanista, folklorista y poeta, se ha destacado en toda América por sus estudios sobre el negro. Es profesor de Literatura del Liceo Zorrilla de San Martín.

—Entre los pocos que han tenido mayor éxito, es Ildefonso Pereda Valdés — al decir del profesor estadounidense Ralph Steele Boggs — quien sobresale no sólo por su profundo conocimiento de la raza negra sino también por el generoso sacrificio de tiempo y ganancia, y por el desprecio de todo punto de vista prejuicioso que ha demostrado. Es el deber moral de todos los que sienten la responsabilidad de su conciencia social de comprender y superar esos problemas. Por medio del fino intelecto de Pereda Valdés daremos un gran paso en su comprensión. Recibimos ayuda de él por nuestro trabajo de promover por medio del folklore la fraternidad entre los pueblos americanos.

—Sus obras principales son: “La casa iluminada”, “La guitarra de los negros”, “Raza Negra”, “Negros esclavos y negros libres”, “El negro rioplatense”, “Cancionero Popular Uruguayo”, etc.

Es miembro del Folklore de las Américas de EE. UU. y de la American Folklore Society, de la Sociedad Brasileira de Antropología y Etnología, de la Sociedad Folklórica Argentina, etc.

Ha sido premiado por la Academia de Letras del Uruguay, por el Ministerio de Instrucción Pública y la Universidad de Chile.

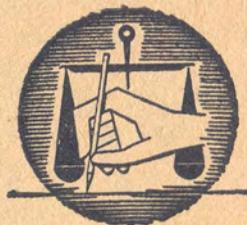
La Novela Picaresca y el Pícaro en España y América

863. B5

P

ILDEFONSO PEREDA VALDES

LA NOVELA PICAESCA
Y EL PICARO
EN ESPAÑA Y AMERICA



ORGANIZACION *Medina*
COLONIA 1800 MONTEVIDEO TEL. 45.800

PREAMBULO

Ildefonso Pereda Valdés desea que unas palabras mías antecedan al enjundioso ensayo en que florecen — al cabo de largos años de reflexivas vigiliás — numerosas horas de lentas lecturas y de investigaciones pacientes, destinadas a descubrirnos la radiografía del “pícaro”, su nacimiento y condición, las peripecias de su existencia por el universo de la Literatura y la razón de su vida en el mundo de la realidad.

La condición de tener que escribir sólo “página y media” limita la explanación del comentario a una breve glosa.

Este nuevo libro de Pereda Valdés nace en el instante de la plenitud intelectual de su proteica labor literaria. El hombre estudioso que hay en él, ése que se siente acuciado por curiosidad afanosa y persistente, para revivirnos toda la gracia popular del folklore nacional; — ése que temple la guitarra de los negros para cantar la sensualidad triste y frenética de los candomberos del Borocotó... Borocotó... Chas... Chas; — ése que salta la tapia del aula académica para coger frutos prohibidos en el huerto de la heterodoxia poética; — ése que se pierde en constructivos silencios de crisálida, indiferente — en apariencia — al medio; — este hombre de letras que es en suma — Ildefonso Pereda Valdés, está en este libro con expresión cabal y definitiva.

Aquí, donde el trabajo de investigación es recóndito sibaritismo de unos pocos escritores entusiastas, el ejemplo de la singular pertinacia de Pereda Valdés es aleccionador.

Pereda Valdés escribe, sin impacencias, mientras los repentistas construyen libros “en horas veinticuatro”, sin tener — ni qué

20014

decirlo — el talento de aquel maravilloso improvisador que, en medio de los apremios y del ajeteo, sabía robarle unas horas a la liturgia para saborear escandalosamente, el goce pleno del amor...

A Pereda Valdés no lo estimula la vanidad, que suele hacer del presuntuoso un pobre diablo.

Y así, honrado y modesto, nace este libro, conciso, claro y sencillo, como quiere la buena doctrina de la injustamente abandonada perspectiva literaria. Este ensayo es bastante y más que suficiente, para enterar al lector de lo más serio que, sobre el tema se ha escrito, y de cómo es de aceptable y respetable la posición de crítico y de sociólogo que asume Pereda Valdés, al echar penetrante mirada sobre un campo en el que muchos han arado en vano.

Se cumple este año de 1950, el cuadingentésimo aniversario del "padre" de un pícaro español: Vicente Espinel. Ildelfonso Pereda Valdés podría — en homenaje al biógrafo literario de Marcos de Obregón — escribirnos un ensayo complementario de éste, tan excelente, que hoy nos ofrece, y pintornos la figura casi olvidada de otro "padre" de pícaros: Roberto J. Payró, el admirable descriptor de toda una picaresca rioplatense en la que emergen, inquietos y ratoniles, los ojos zahoríes de aquel simpatiquísimo Laucha que, al igual de los clásicos truhanes, — pero, sin casarse — se "manda mudar y para siempre...".

José Pereira Rodríguez.

Montevideo, octubre de 1950.

CAPITULO PRIMERO

NACIMIENTO Y CONDICION DEL PICARO

Nació en el solar de España el pícaro, a orilla de un río, o en un lugar mezquino; en suburbio pobre o en la ratonera del hampa, cerca de la cueva de Monipodio o en el mentidero de Madrid, que no conoció cuna de oro quien vino al mundo huérfano de prebendas, desairado de la suerte, desclasado por definición y por solemnidad. Aprendió en el libro sin páginas de la vida enseñanza empírica del mucho cambiar de amos, que fué para él cambiar de suerte. Retribuyó prestamente la lección aprendida aquel Lázaro que recogió enseñanza sin vista — pero tanteadora de la vida, porque el ciego lo encerró en el callejón de la pericia para que saliera a fuerza de golpes, diestro en todas las artimañas del mentir y en el conocimiento de las debilidades humanas. Fué aquel maestro ciego la primera luz que entrara por sus ojos novicios; luz que penetró más maestra en el hacer que en el ver. ¡Profunda mirada de un ciego que guía por el camino de la picardía al joven inexperto y rápida lección devuelta con creces!

Lázaro sale al mundo desnudo. Su origen humildísimo no es disimulado por el autonarrador. El pícaro nada tiene que ocultar al mundo. El advenedizo que llega a caballero trata de esconder su origen; ostentar blasones supone ocultar humildad. Pero en el pícaro toda ocultación sería desmentir la desnudez con que viene al mundo.

El padre de Lázaro, Tomé González, fué molinero en una aceña. Vivió quince años de molienda, quince años oscuros y pobres, hasta que un caballero lo arrancó del silencio blanco de la aceña para arrojarlo en la lucha de España contra los moros y como leal criado feneció.

Antonia Pérez, la madre de Lázaro, se vió viuda y pobre. Vióse a vivir a la ciudad y alquiló una casilla, dió de guisar a estudiantes mal pagadores, lavó ropa ofrendando limpieces y fres-

cura de arroyo a gente zafia de caballerizas y fué viviendo de prestado. ¿Qué otra cosa podía hacer una viuda pobre? Y así frecuentando caballerizas vino a dar con un negro. Es uno de los primeros negros que penetran en la literatura castellana. Sabemos que se llamaba Zayde. Asustaba al hermanico de Lázaro con su color y como el niño viera a la madre y a Lázaro blancos y a él no, huía con miedo y asustado gritaba: Coco. ¡Primera reflexión de Lázaro ante la vida!

¡Hay hombres en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismo!

También Buscón ostenta la humildad de su origen. Su padre, Clemente Pablo, fué barbero y natural de Segovia. Bebedor de "pura cepa", tundidor de mejillas y sastre de barbas. Su madre se llamaba Aldonza, como Dulcinea del Toboso en su vestidura vulgar y humana. Jamás fué celebrada por caballero alguno y menos por don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños. La pintura de la madre es jocosa y satírica y nunca fuera madre más maltratada por un hijo en la relación que de ella nos hace, Buscón: "En tiempos que ella vivía todos los copleros hacían cosas sobre ella" y "malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos por sacar el as de oros". La vida de Antonia Pérez está contada con humildad y sin deshonra, la de Aldonza Saturno de Rebolledo es un motivo desopilante para tejer sobre la desventura humana un juego de retruécanos. Buscón es despiadado y duro, parecería estar relatando las cuitas de otra mujer que no las de su madre.

Buscón se rehabilita después en la escuela. Le quiebra la cabeza a un muchacho que insulta a su madre. Buena lección de chico y mejor enseñanza de madre: "esas cosas aunque sean verdad no se han de decir".

Crece Lázaro y crece Buscón: pero uno y otro van por caminos distintos. Buscón se diluye en la escuela y pasa hambres eternas en pupilaje de un licenciado que es la estampa misma del hambre. Más que hambreador era el hambre misma, con su sotana raída color ratón, sus ojos como cuévanos y su nariz roma. Y Lázaro corre más hacia la vida, fuera del rebaño y de las novatadas de los colegiales. Pero la tortura del hambre es la misma. Pasa hambre Lázaro con el ciego: pero lo salva su ingenio. Sabe beber el buen vino y aun el malo y probar de las más óptimas uvas a

manos llenas. Con el escudero no hay salvación posible; es la miseria del hambre y no la miseria de la avaricia. No hay artimañas que valgan cuando el zurrón está vacío. La ingenuidad a Lázaro le hace ver recato de hidalgo donde sólo hay hambre negra. Miseria social que es reflejo fiel de la España de los felipes. En la vida del escudero asoma la visión de la España empobrecida que malgastó el oro de América en hazañas quiméricas, el lujo de la miseria, la ostentación del comer abundoso que se disimula con el mondadientes; miseria que causa pena pues en ella se refleja la decadencia de España. Cuando se traza la figura del escudero ya se está poniendo el dedo sobre la llaga para decir aquí se esconde la podredumbre. Este hidalgo no es como Cabra, que no se acuesta por no gastar las sábanas, sino el que no puede disimular más ante su criado; ha llegado la hora de la revelación y de confesar la miseria y se tiende sobre un jergón al carecer de cama señorial. Es el que enternece el corazón de Lázaro y lo mueve a piedad. No lo abandona Lázaro y por el contrario, se da a la misión cristiana de mendigar para él y ofrecerle el pan duro que se le antoja sabroso manjar.

Lázaro prospera con el Arcipreste a costa de su honra, después de padecer nuevas penurias con un fraile de la Merced, con un buldero y un capellán y termina su vida en un conformismo que parece remanso de sinsabores de un cínico y un estoico a la vez. Buscón no conoce nunca la tranquilidad muelle y parece haber nacido para ser paragonado de la adversidad. La única esperanza de Buscón era Las Indias: esperanza frustrada, viaje proyectado y nada más. Sombrío final de la obra de un grande de la inteligencia que escribe después de padecer los golpes de la pequeñez humana en la Torre de Juan Abad; ingenio desesperado que desde la oscuridad del calabozo escribe a su regio carcelero las últimas palabras de su extinguida esperanza.

Hay más recato en Marcos de Obregón que comienza por no contar su origen. Nos presenta en el vestíbulo al Dr. Segredo, hombre mozo, de muy gentil disposición, algo locuaz y aun loco, más colérico y fácil de enojarse que gozque de panadero, presuntuoso y estimador de su persona, casado con una mujer que lo engaña porque no es menos soberbia, vana y presuntuosa. Recorre Marcos de Obregón, Málaga, Ronda y otras ciudades españolas y de todas ellas nos ofrece un panorama visual y olfativo a la vez.

¡Me agrada la visión de Málaga desde un altozano! La ciudad se avista desde lejos por sus naranjales, por su frescura en flor, por su encanto marino. La descripción de Ronda sorprende por su realismo, por ser de Ronda el autor de la novela, aquel cura guitarrero y apicarado famoso por la quinta cuerda de la guitarra y la rosa de diez puntas de la espinela. Sale de España Marcos de Obregón para dar con su desventura en tierras de moros. Recuerdo de Cervantes, del cautiverio, de Argel, aventuras de gente cristiana entre moros y repetición del lugar común de la novelística de la época: el moro renegado que ayuda a los cristianos en la evasión.

Y de Africa a Italia: fin entonces de toda aventura. Vuelve Marcos de Obregón a España y desembarca en Barcelona, para terminar su derrotero en Madrid donde autor y personaje acaban su vida mansamente. No es Marcos de Obregón pícaro de mucha picardía. Sus aventuras, por ser más realidad que invención, no tienen la jocosidad tétrica del Buscón; ni el transcurrir pintoresco de Lázaro, ni la crudeza realista de la Pícaro Justina. Marcos de Obregón vivió demasíadamente pegado al halago cortesano, a la reflexión moralizadora, o al episodio literario y libresco, para ser el pícaro auténtico que fuera Buscón o Lázaro. Reflejo en parte de la vida de Espinel que no alcanza del todo a ser la de un pícaro. Horizonte más amplio y mayor ventura que la de Lázaro; reducido a su escaso andar en tierras españolas para abandonar al fin la picardía en busca del cómodo pasar o la seguridad mensualera de un cargo realengo, que aun el pregonero en la humilde escala de la burocracia ostenta con voz sonora su real descendencia.

Más aventurero que pícaro es Estebanillo González, hombre de buen humor. Es el soldado pícaro que se vanagloria de su profesión ambulatoria; se beneficia de ella en saqueos y soldado venal, goza en el vivac. Su padre ejercía oficio de mejor aparente categoría que el molinero padre de Lázaro. Fué pintor in utroque, doctor y cirujano; pues hacía pintura con los pinceles y encajes con las cartas y lo que se abonaba en la pera, lo perdía en el higo. Tenía una desdicha que no alcanzó a sus hijos, como herencia de pecado original, que fué ser hijodalgo, que es lo mismo que ser poeta, pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna o de una hambre perdurable.

Ya entonces estaba muy desacreditada la profesión de hidalgo y la de poeta; la de hidalgo se hermanaba con la pobreza y el

escudero de Lazarillo ya era un ejemplo clásico y la profesión de poeta no fué menos empobrecida por la fama.

Pícaro de muy original estampa fuera Estebanillo que ironiza sobre el origen noblemente pobre de su padre y la pobreza fácilmente trasmutaba al caballero en pícaro. Ejerció oficios diversos como cabe a tal aventurero: rapabarbas, fullero, trotacalles; pero representa más típicamente al soldado pícaro. Se acercó a los grandes para medrar mejor y como Guzmán y Marcos de Obregón, a quienes se parece, supo encontrar en la diversidad del vivir múltiples motivos para acercarse a los buenos. No tuvo ni la desnuda sobriedad de Lázaro; ni el decir sentencioso de Guzmán: ni amargo, ni ejemplarizante, soldado, solamente soldado aventurero.

Las pícaras españolas no tienen azules blasones que ostentar — y conocieron como los pícaros, sus hermanos, el humilde nacer.

Hija de Hernando Trapaza, la guardaña de Sevilla, la pícaro ladronzuela, padece la deshonra de su padre condenado a galeras. Su madre, la señora Estefanía era viuda de un rico comerciante genovés. Arrepentida de ser la causa de la desdicha de su amante, concibió el proyecto de casarse con él, una vez retornara de la punitiva expedición que saliera del puerto de Santa María.

Rufina, que es el nombre propio de la guardaña, tiene que asistir a diversas desventuras: la muerte de su padre Trapaza; su temprana viudez.

Viuda y pobre — como la madre de Lázaro de Tormes, se amanceba con un antiguo amigo de su padre para robar a un indiano de nombre Marquina, sociedad de hurto que continúa después de varias peripecias para robar a un genovés en Córdoba, que le ofreciera a Rufina albergue y protección. (Castillo Solórzano como Cervantes gusta de interrumpir el relato para insertar alguna novela ejemplar. Tres novelas integran la trama de "La guardaña de Sevilla": "Quien todo lo quiere, todo lo puede" "El Conde de las legumbres" y "A lo que obliga el honor").

Como comerciantes honrados terminan sus vidas Rufina y su esposo, después de una larga etapa de ilegales aventuras. Sin temor al castigo, estos dos ladrones metidos a comerciantes podrán robar a su confiada clientela con todas las de la ley, que de ladrón

a comerciante había una azarosa carrera que se cursaba entonces en la universidad de la experiencia.

Hermana en picardía de Rufina, es Teresa de Manzanares, otra pícara española que lleva nombre de río como Lázaro. Su madre, de nombre Catalina, era gallega. Seducida por un segoviano, Tadeo, criado de un cura, mozo vivaracho y amigo de cantar jácaras, engaña a su tía robándole cuatrocientos reales en plata y se marcha con Tadeo y el cura. Tadeo se deshizo de ella en mitad de la ruta y Catalina "que era muy bozal en caminos" cayó en el engaño.

En Madrid entra a servir en una posada y se gana la confianza de la dueña. Se enamora de ella un lacayo natural de Gasuña, de los que llaman "gabachos" y como la experiencia engañosa crea previsión, exige fianza y cásase. Catalina y Pierres fueron los padres de esta segunda pícara española, que se llamó Teresa de Manzanares.

Justina, la pícara tercera, hermana de Teresa y de Rufina, la zahorí fanfarrona, juega con su nacimiento y no se sabe al fin cuando nació, ni donde, porque todo es retruécano en la "Pícara Justina", todo es jugar con los vocablos y con el buen gusto. Se anuncia como moza alegre y de la tierra, que le retoza los dientes y el corazón en los ijares y moza es de las de castañeta y aires de bola, que come la guinda y para no perder tiempo apunta a la ollilla. Hay en ella capacidad para tres pícaras: una pícara ramera, una pícara pleitista, y una novia pícara.

Es la cuna del pícaro humilde y sencilla, sin ostentación de grandeza, porque el pícaro no fué noble, ni aun noble arruinado y surgió del pueblo, de su hez o de su flor, y se amoldó a la vida, y fué un fiel reflejo de una decadencia que intentaremos penetrar.

CAPITULO SEGUNDO

PSICOLOGIA DEL PICARO

No fué la novela picaresca solamente la autobiografía del pícaro: cuadro más vasto que la vida de un hombre ofreció como perspectiva. Pasan por ella hombres de todas las clases sociales de la época, desde el noble señor hasta el mendigo; desde el clérigo cerbatana de Cabra hasta el médico presuntuoso. La época presentaba una variedad grande de personajes; las clases se habían ensanchado y no fueron el noble y el villano como en la Edad Media los dos únicos ejes sobre los que giraba el mundo de la caballería y de la religión. La frecuencia de guerras y aventuras creó ciertos personajes movедizos y pintorescos: el soldado aventurero del que fuera cabal espejo Estebanillo González y el descubrimiento de América, introduce un nuevo tipo de costumbres rumbosas y fácil presa para el engaño: el perulero. La fusión entre la nobleza y la burguesía había aportado la clase de los letrados y además, el desarrollo de la cultura universitaria, inundó a la sociedad de entonces de un tipo desvergonzado y audaz, el estudiante. Ya en el Quijote se encuentra la equivalencia entre la desvergüenza y los oficios de estudiante o paje.

Dividiáanse los estudiantes en dos categorías: pobres y ricos. Los ricos, hijos de familias nobles, gozaban de toda clase de privilegios. Los estudiantes pobres se encontraban a menudo en tal situación de necesidad que se convertían en servidores de los ricos: el compañerismo se transformaba de esa manera en servidumbre. El estudiante pobre debió sentirse protegido junto al rico hijo del Señor y a la sombra de su joven amo se cobijaba en más de una pendencia de la que solía salir maltrecho.

Tipo de estudiante pobre fué Buscón y del rico, Diego Coronel. Buscón sirvió a Don Diego y padeció hambre eterna en su compañía en el negro pupilaje del licenciado Cabra. Pero el hambre era más bien el patrimonio del estudiante pobre. Rifias,

aventuras, novatadas consumían más de la mitad de las horas del estudiante, el resto de su vivir consistía en un enclaustramiento forzado que más debió parecer obligada prisión que voluntario contentamiento.

El hidalgo fué el tipo más castigado por la desventura, el que arrastró la miseria con más dolor y aquel en quien se justificaba más el fingimiento. Los hidalgos eran descendientes de las grandes casas nobiliarias, pero conservaban difícilmente los restos de un gran naufragio. En el sistema del mayorazgo, los segundones se escurrían por el inseguro camino de la aventura y de la miseria. Hay mucho de ridículo, pero más de doloroso en el escudero del Lazarillo de Tormes. ¿De dónde procede su desventura? Indudablemente, de no equilibrar su empaque de gran señor con su desolada economía. Los nobles españoles vivían con sencillez y modestia antes del entronizamiento de la casa de Augsburgo en España. Carlos V trajo tras de sí una corte de grandes señores fastuosos y brillantes. El noble que no se refugió en su provincia, en su señero castillo, se dió a una vida rumbosa para imitar a la grandeza deslumbrante de la Corte.

El oro de América que los galeones transportaron a la península, extraído de las ricas minas de Potosí, se distribuyó a raudales por toda España, pero gran parte de ese oro no fué a parar a manos de españoles, o se malgastó en guerras costosas o en expediciones disparatadas, o bien lo atesoraron mercaderes que en su mayor parte eran extranjeros. La burguesía estaba representada por estos mercaderes extranjeros, los Raquel y Vidas del siglo XVI. Ellos usufructuaban el monopolio del comercio en la mayoría de los ramos: hilanderías, cabotaje, etc. No todos los hidalgos pudieron mantener el rango que tal ostentación exigía. Su poderío murió en manos de usureros, o se extinguió en sucesivas hipotecas. Un hidalgo célebre, Don Quijote de la Mancha, vendió hanegas de sembradura para comprar libros de caballería; otros, menos grandes en la inmortalidad, malgastaron su hacienda en otros menesteres. Pero Don Quijote no era el tipo del hidalgo pobre que se hermana con el hidalgo del Lazarillo. El retrato del hidalgo pobre lo encontramos en "Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea" de Fray Antonio de Guevara: "El se viste un largo capuz, se reboça una toca casera, se encasqueta un sombrero viejo, se pone unas espuelas ginetas, se calça los borceguíes del domingo,

alquila una borrica a su vezino, vase en ella cavallero, lleva los pies metidos en las alforjas, en la mano un palo con la aguja, y lo mejor de todo es que a los que le topan dize que los dexa en el mesón de la puente arrendado. Ya que vuelve al aldea, dize a sus vezinos que fué a la ciudad a vizitar un enfermo, o a rogar por un preso o hazer ver un pleyto o a poner en presio un potro, o a sacar seda y paño, o a cobrar el tercio de su sueldo, como sea verdad que lleve las alforjas llenas de verdura para la olla, de sal para casa, de calçado para la gente, de azeite para el viernes, de candelas para la cena, y no será mucho lleve alguna podadera para podar su viña".

Don Quijote era hidalgo de mediana condición. Pertenecía a una clase acomodada que si bien no ostentaba alto linaje, gozaba de ciertos privilegios; sus casas y personas estaban exentas de jurisdicción señorial. Las tres partes de la hacienda de Don Quijote se consumía en el comer y usaba saya de velarte, calzas de velludo y un vellorí de lo más fino, lo que significaba que vestía con distinción y aseo.

Don Quijote no corresponde al tipo del hidalgo de la novela picaresca. No disimula miseria porque vive acomodadamente: su deporte es la caza y no ha menester el mendigar; en sus horas de ocio, que eran las más, lee libros de caballería. Y un día a este hidalgo acomodado se le enciende la locura de la caballería y se otorga a si mismo el título de caballero andante, título que debía ser otorgado porque no era privilegio de nacimiento, sino don que se confiere. Pero Don Quijote, rompiendo con las normas de la caballería, como un místico que sintiera a Dios en el cogollo de su alma, se lanza a la aventura, hasta que la reflexión le viene a la memoria de que no había recibido el espaldarazo y se recoge a la venta para ese menester; como después recordará que saliera solo, sin escudero, contrariando a la codificada caballería, y buscará a Sancho para compañero de sus andanzas quijoteriles.

Es de la clase más baja de la sociedad del siglo XVI que surgirá el personaje del pícaro. No puede ser un letrado, ni un clérigo; si bien hubo clérigo tan desarreglado de conducta que casi cayera en la picardía como Juan Ruiz, a quien le adeudamos los primeros personajes de la novela picaresca, trotaconventos y Furón; o la monja Alférez que fuera una pícara auténtica, hermana de Teresa de Manzanares y de Justina, a no ser por su con-

dición social de hijodalga, o Ignacio de Loyola, o Mateo Alemán, ingeniosos caballeros o santos que anduvieran al borde de la picardía; ni el letrado porque la cultura no rezaba con el pícaro.

El pundonor no era patrimonio del pícaro sino del hidalgo. No se detenía el pícaro a matar a estocadas al ofensor por un quitame allá esas pajas, sonreía o seguía de largo; su desistimiento del pleito o una oportuna huida remedios fueron para la adversa fortuna. Buscón siente su amor propio herido cuando insultan a su madre, pero se conforma con propinarle unos golpes al ofensor y luego, olvida. Cierto es que todavía es un niño. Pero ya en sus mocedades, Buscón es descubierto en la treta de pasar por gentihombre adinerado. Trata de vengarse de él Don Diego Coronel y trama una emboscada, en la que buenamente cae Buscón. Apaleado y lleno de afrenta ni siquiera osa defenderse; no atina a otra cosa que a dar gritos y pedir confesión. Lázaro en la Segunda parte de H. Luna, en la venta cerca de Valladolid, se tumba de miedo ante unos galancetes y solo se animó contra ellos y los acometió cuando vió que no eran lo que parecían. Y el otro Lázaro no tiene a menos compartir su mujer con un arcipreste.

La pobreza del pícaro es una consecuencia de su condición de holgazán, de ganapán o esportillero. El pícaro jamás podrá trabajar porque el trabajo no se inventó para su condición de "pasajero". No se arraiga el pícaro, no se convierte en sedentario sino al final de su vida, cuando ya cansado como Lázaro del incesante trajinar se adapta al medio social que lo rodea. El cambiar de amos es condición del pícaro, de ese incesante cambiar de oficio adquiere el conocimiento empírico de la vida, sin la sabiduría de Celestina, ya que a menudo es engañado.

Así Guzmán es pinche de cocina en Madrid, mendigo en Roma, paje de un cardenal, vendedor de joyas y usurero. No es por inadaptación que el pícaro no se aferra a un solo oficio. Nadie hay más sumiso al medio que el pícaro. La reacción contra la injusticia o la maldad se encarna en un caballero del ideal como Don Quijote, caballero y pícaro son en este sentido antitéticos. El caballero sale en defensa del honor ultrajado; el pícaro pasa por alto el honor. El caballero es un enamorado platónico "no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean"; el pícaro no siente nunca una pasión ideal, el amor para él es un accidente y a menudo es víctima de las mujeres. El caballero en fin

no conoce amos, él es amo de sus acciones. Es la inferioridad en que cae el caballero por su condición social descendente que iguala al pícaro y al caballero. Hubo así caballeros pícaros, hombres altamente nacidos a quienes la miseria colocó en situación de deprimente inferioridad social, pero no hubo nunca pícaros que ascendieran a caballeros.

Si hay en la pobreza del pícaro una situación que depende de sí mismo, de su inadaptación al trabajo, no es menos cierto que debe verse en esa miseria el reflejo de una España en decadencia, empobrecida por la mala administración de su ministros, crisis que ni los más ingeniosos arbitristas lograban conjurar.

En la adaptación del pícaro al medio social encontramos la conformidad de su actitud estoica ante la vida. No hay en el pícaro ningún gesto de rebeldía, ninguna actitud de protesta contra la desigualdad económica de su tiempo; el pícaro acepta toda desventura con absoluta conformidad: está a las buenas y a las malas, los palos y las recompensas le suenan igual. Fuertemente se adiestra contra la adversidad y su sabiduría, o sea el aguzado ingenio de la miseria, le permite medrar a costa de los ingenuos y de los desapercibidos. Después de los palos sale más fuerte que nunca y no pierde la iniciativa para nuevas diabluras.

Raterías leves y no delincuencia, porque el pícaro no fué un delincuente en el sentido preciso de la expresión. Estebanillo dice que su natural no se inclinaba a hurtos de importancia, sino a cosas rateras. Los actos del pícaro no caen dentro de la criminalidad, sino de una manera benévola. No existe en él lo que ha dado en llamarse peligrosidad. El engaño, la ratería, son las únicas faltas que pueden imputársele. El pícaro de la primera época sustrae para comer, sin intención de apropiación de lo ajeno. Pocas veces degenera en pícaro-ladrón y se asocia a la escuela de Monipodio. No encontramos en la novela picaresca cuadros del hampa y exceso de germanía: pintorescas descripciones de ambiente hampón se aprecian con precisión de detalles en "Rinconete y Cortadillo", —y aquel oficio que cuenta Pedro de Urdemalas en la comedia cervantina:

"Pisé otra vez la riberas
del río Guadalquivir,
y entreguéme a sus crecientes,

y a Sevilla volví,
donde al rateruelo oficio
me acomodé bajo y vil
de mozo de la esportilla.

Sevilla era el emporio de los maleantes y San Lúcar — el puerto de los cacos, al decir del ventero de aquella venta que a Don Quijote le pareciera castillo. Ni aun esa vida de los gitanos tan libre y llena de fechorías abunda en la novela picaresca y apenas encontramos referencia a ellos en "El Donado Hablador" de Jerónimo de Alcalá y en el Lazarillo de Luna. El homicidio no fué nunca entretenimiento de pícaro, ni aun el pasional, porque el pícaro no presume de valentón y prefiere pasar por cobarde. En esa cobardía beneficiosa y logrera el cinismo es una coraza que lo defiende contra cualquier exceso pasional y como es un cínico se burla de la honra ("que nunca pudieron ser amigos la hambre y la vergüenza" dice Guzmán), de la grandeza moral, de todo lo que constituía el patrimonio sagrado del caballero.

España dió en la literatura de la Edad de Oro un personaje típico, que no puede encontrarse en ninguna otra época, ni explicarse sin las condiciones que lo produce. No nace el pícaro de la imaginación de los escritores del siglo XVI, no es invención, ni criatura ficticia. Se extrae de la realidad. Afirmar que el pícaro nace de la realidad no significa que toda novela picaresca sea realista. El personaje extraído de la realidad fué idealizado en algunas novelas como Guzmán de Afarache. El afán moralizador de Mateo Alemán transforma a su personaje en un discurridor muy gracioso que ejemplariza sobre sus fechorías, en lo que se nota la contradicción entre lo dicho y lo hecho.

Hay una novela optimista que es de un realismo sano y reconfortante, sin ninguna ocultación, ni hipocresía en el antihéroe: es Estebanillo o Justina, pícaros sin doblez, ajenos a toda pretensión moralizadora. Pero lo esencial en la novela picaresca no es el optimismo, sino el pesimismo. Adquiere lo picaresco un tinte más sombrío cuando la decadencia española se agudiza. España presenta en el siglo XVI las dos formas más opuestas de su realismo y de su idealismo: la mística y la novela picaresca.

La contrarreforma, el afán de fundar conventos y nuevas órdenes religiosas; la superación de la fe por el entusiasmo inquisi-

tivo, el deseo de quemar al hereje para salvar la pureza de la religión, infundieron al alma española la grandeza del misticismo. La decadencia del aventurero español, el desprecio por los trabajos manuales, la mendicidad tolerada y acogida por la religión, la pobreza nacional, la picardía. ¿Cómo pudieron coexistir el místico y el pícaro?. La contradicción entre el místico, caballero de la milicia de Cristo y el pícaro, pordiosero de todos los caminos, capa raída de la miseria se explica por haber pasado en aquella época España rápidamente de la grandeza a la decadencia.

El mismo personaje del pícaro se ha transformado. Buscón no es Lázaro de Tormes. Aquel personaje ingenuo que se ganó nuestra simpatía y nuestra benevolencia por sus picardías inocentes, se transforma en el pícaro cínico, desvergonzado truhán que se burla de su madre y de los consejos moralizadores y contempla la vida con un desenfado de delincuente.

El personaje que quiso idealizar Mateo Alemán cae de nuevo en la realidad para llegar hasta la caricatura. De Lazarillo a Guzmán y de Guzmán a Buscón hay todo un trayecto que recorrer, desde la aventura inocente sin preocupación de ingenua moralidad, a la aventura moralizadora, de la aventura moralizadora a la caricatura realista y grotesca. Del realismo al optimismo idealista y de éste a la negrura pesimista.

CAPITULO TERCERO

BUSCON Y ALONSO EN AMERICA

Dejamos al pícaro en su desheredado hogar; contemplamos el trascurrir de sus aventuras de amo en amo y de pueblo en pueblo y llegamos ya al final de su traqueteada vida. ¿Cuál es la última aspiración del pícaro?. Como tantos entonces, como el soldado, como el fraile, el pícaro piensa o sueña para su codicia en el continente inexplorado, dorada quimera de la lejanía, sepulcro de las ilusiones de muchos o coronación gloriosa de la aventura: América.

Llega Buscón a Sevilla, mirador de las Indias, y acostumbrado al afecto de la Grajales no piensa sino en tomar el camino del impetuoso oceano: "Yo, que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador, determiné consultarlo primero con la Grajales de pasarme a Indias con ella, a ver si mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte".

La experiencia de Buscón en América parece fué asaz desgraciada. Quevedo excusa contar las aventuras indianas de su héroe. La narración se interrumpe y queda trunca. Quiso dar Don Francisco descanso a su narrar y acicate a nuestra imaginación para que completáramos las aventuras de Buscón por estas tierras vírgenes. Sólo agrega estas palabras preñadas de una dura reflexión: "Fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres".

Nos imaginamos a Buscón engañado por dos mujeres en la capital de la Nueva España, la vieja Tenochtitlán, recorriendo las calles de la ciudad virreinal, que al decir de un cronista "se veían casi siempre encharcadas con aguas sucias y pestilentes, desempedradas, sin aceras, casi a oscuras en los siglos XVI y XVII y apenas alumbradas en el siglo XVIII", hurtando a un indiano en el preciso momento en que se apresta a embarcarse rumbo a Sevilla,

corrido hacia el Perú — y encantusando en Cuzco a una rica heredera, haciéndose pasar por caballero, contando y recontando sus escudos. Nada de desafíos, ni de aventuras de honor. En Buscón no hay pasta pundonorosa como en la Monja Alférez, esa picara americana de oriundez vasca. Buscón sería en América como en España siempre Buscón, ejemplar en vagabundaje y espejo de astutos y engañadores.

En Sevilla, puerto de la ambición y espejismo de la aventura, se encuentra Alonso, mozo de muchos amos, pícaro andaluz como Guzmán de Alfarache, que en ellos se dió más el ansia de aventuras marítimas que en Lázaro, "pícaro de la meseta castellana que limita su afán ambulatorio a dos ríos: el Tajo y el Duero" (1). Alonso oye la plática de dos amigos en trance de embarcarse para las Indias.

—En verdad, señor, que si yo hallara algún mozuelo de buena edad, que de muy buena gana le llevara en mi compañía y que en Méjico hiciera por él cuanto me fuera posible; que en efecto un hombre con una vara de Alguacil Mayor, y más en las Indias, visto está que ha de faltar quien me sirva, pero esto de haber de tuyo no se que tiene, y el ser conocido y de una tierra que, en siendo español, bien se puede contar por natural en tierras tan remotas".

Oyó la plática Alonso — y como jamás tuvo polilla en la lengua, no queriendo ceder la buena ocasión, acercándose al que presidía le dijo:

—Paréceme, señor, que vuesa merced anda a buscar un criado y si acaso soy de provecho y vuesa merced gustase de que yo le sirva, aquí estoy para cuanto me quiera mandar.

Don Fadrique, que así se llamaba el nuevo amo de Alonso, había recibido la vara del Alguacil Mayor de Méjico y esperaba si Dios era servido volver muy rico de la Nueva España.

Se embarca Alonso con Don Fadrique con esa desaprensión del pícaro que espera mejorar en la nueva aventura su condición— olvidando aquel adagio de quien no sabe rezar métase en el mar. Sin la experiencia del mar, en un bajel mísero, se arroja el pícaro español a su primera aventura ultramarina. Alonso — muchacho como

(1) Sánchez Trincado. — La novela picaresca.

Lázaro — se arriesga con temeridad a la azarosa travesía que soñarían los guzmanes y obregonos.

Su primer contratiempo es la tormenta. ¡Y qué tormenta! Breve y sobria es la descripción. "Íbamos en nuestro galeón con el mayor contento del mundo, metidos ya en el golfo; pero duró poco la alegría con una inopinada tormenta que nos vino, aunque primero de nuestro venidero daño no nos faltaron inúmeros presagios, como fué el ver descubierta a los delfines por el agua, siguiendo los unos a los otros, oscurecerse el cielo, negando la claridad del sol con ser medio día y estar el aire como si fuera de noche, cubierto de negras y espesas nubes, alborotarse los vientos, encontrándose con tanta furia, que impedido el paso, como de celosos toros eran los bramidos, levantando sus olas contra las estrellas y nuestro pobre galeón subiendo a visitarlas y en breve rato bajando a los abismos".

Con razón Alonso, después de invocar a todos los santos acuáticos, alaba la discreción de Hércules que llegando a Gades y echando de ver tanta agua dejó grabadas aquellas célebres palabras: Non Plus Ultra. Y agrega una reflexión que pone en evidencia su escaso afán de atravesar los mares y su arraigo a todo lo terrenal: vengan trabajos y persecuciones por la tierra, pero en el agua ni por imaginación son llevaderas. De la tierra se crió el hombre, ella le sustenta y cría, en ella vive y a ella ha de volver y que se halle mal sin ella, es justa razón.

Llegaron a Méjico, después de tan monótonas peripecias marinas, Don Fadrique y Alonso, su criado. Aquel ejerció su cargo de alguacil, ganando de comer y de cenar que no se contradicen justicia y buen gobierno de la ciudad y Alonso fué medrando a su costa. Llegó a juntar quinientos ducados ganados de buena guerra, de pura industria y diligencia. El pícaro sienta cabeza de especulador. Compra fardos de lienzo y los entrega a un capitán que pasa al Perú, y recibe de vuelta diez mil ducados.

Se convierte en el buen ejemplo de la suerte y la ventura y es señalado con el dedo de los nobles de Méjico por "La gran mudanza en tan pocos días, es estimado por la riqueza, el que podía prestar y dar favor a mi amo".

Prosperidad le ofrece Méjico al primer pícaro que prueba suerte en las Indias. Pero no son las Indias para todos: tantos perdularios andan por allá como por España, quizá fiados en que

la comida no cuesta dineros y a ninguno le falta y como no beba vino, en cualquiera casa se la daban".

Pero la prosperidad se transforma rápidamente en decadencia y cae Alonso preso en las mismas redes de su codicia.

Este pícaro que tanto desconfiaba del mar pone toda su fortuna en un barco. Y como en el mar no hay cosa segura, y ante el peligro de naufragio hubo de recurrirse a la echazón, y toda la fortuna de Alonso desapareció en el fondo del mar, perdiendo en una hora lo que en muchos meses había adquirido.

Experiencia de muchos, de casi todos. "A muchos, padre, he visto ir a las Indias y volver tan rotos como cuando salían de su patria, granjeando sólo del viaje algunos dolores perpetuos de brazos y piernas, tan rebeldes a la zarzaparrilla y palo santo, que ni bastan sudores ni azogue para echarlos afuera".

América ofreció al codicioso un paraíso soñado, El Dorado o Río de la Plata, que debiera su nombre este último a la creencia que en las tierras que tocan sus aguas abundara el esperado metal. Si el Río de la Plata fué pródigo en aureas o plateadas leyendas, no lo fué menos en errores geográficos o zoológicos. El Donado Hablador, la novela picaresca del Doctor Jerónimo de Alcalá Yañez y Rivera nos habla de la fama de ese río caudaloso que llaman Río de la Plata, en cuyas márgenes se crían vistosos árboles de maravillosas frutas, sustento para los que habitan aquella tierra y para los innumerables monos que se crían en aquellas riberas, los cuales jugando y saltando, andan de rama en rama de aquella vistosa y agradable arboleda, de quien nacen tan crecidas ramas, que muchas de ellas, vienen a dar muy adentro del río: los monos, entretenidos en sus juegos y descuidados del peligro y daño que les está amenazando, no saltan algunas veces con tanto cuidado, que muchos de ellos no vengan a caer en el raudal de la corriente: el ímpetu del agua es grande, el lugar de donde caen alto, anchuroso el río; y así, sin poderse valer, por más que nadan, mueren ahogados al ruido, los que quedan en los árboles asoman las cabezas por ver lo que pasa, y como espantados, dejan el juego por un rato; pero después vuelven a entretenerse, hasta que cae otro mono: verdadero retrato de nuestra vida: cae en el río de la muerte nuestro vecino, amigo o pariente; espántanos el miedo de su desgracia, tiénenos por algunos días la memoria de aquella desdicha suspensos, temerosos y melancólicos; pero al cabo de

poco tiempo pasa por nosotros lo que por los monos, hasta que cae otro con que se refrescan las pasadas especies de la imaginación”.

Pintoresca narración que corresponde exactamente al paisaje y a la fauna del Brasil: pero no al Río de la Plata. Solís explora el Río de la Plata en 1512 y “Alonso” se publica en 1625. Las últimas noticias sobre estas desconocidas regiones debieron llegar a España con la relación de las hazañas de Torres de Vega y Aragón, cuarto y último adelantado.

Es probable que Alcalá recogiera alguna referencia de la audaz expedición de Cabeza de Vaca. Este intrépido recorrió por tierra las regiones que se extienden entre Santa Catalina y la Asunción y exploró lugares que ofrecen gran semejanza con la errónea descripción de nuestras costas. La imaginación tropicalizada del autor sustituye el paisaje llano y pobre de nuestras riberas, por una selvática exhuberancia poblada de monos.

Fracasada aventura como la de Don Pablos fué la del Dr. Sagredo en la Armada que en Santander preparaba Pedro Meléndez de Avilés, adelantado de la Florida, al parecer muy gran marino, que por ser tal se le encomendaron. No en lucha con los elementos en furia, ni en encarnizadas batallas, tuvo mal fin aquella Armada que sin combatir debía de ser vencida. Una espantosa peste cundió entre los soldados y casi todos murieron sin haber salido del puerto.

Hazañas y paisajes del norte americano y amables reflexiones nos hubiera prodigado Marcos, visión lejana en tierras que Atala exaltara con su imaginación romántica; trópico visto por un andaluz aventurero transplantando a la tierra que empezaron ya a poblar de negros; pero Marcos no será nunca un precursor de Atala, su barco aventurero parecía haber puesto su proa rumbo a los mares australes.

Cuenta el Dr. Sagredo a Marcos de Obregón, el pícaro aventurero, como sale de un puerto de Andalucía, Sanlúcar, en pos de la hazaña de la exploración de los mares australes. Gentes mandadas por Felipe II tocaban cajas para la expedición que tendría como fin explorar el estrecho de Magallanes. No era descubrimiento, sino redescubrimiento lo que en tal momento se preparaba. Magallanes había descubierto el estrecho que lleva su nombre en 1520. Salió, también, de Sanlúcar el 20 de Setiembre

de 1519 en cinco pequeñas embarcaciones. En 1618 aparece la primera edición de Marcos de Obregón. El estrecho ya era conocido por el nombre de su descubridor, porque así se le nombra. Se trata de una de las tantas expediciones que menudearon después del descubrimiento. En 1579, Pedro Sarmiento de Gamboa visitó el estrecho, bautizando con su nombre a una de las montañas más altas de Tierra del Fuego — el Monte Sarmiento. En esta expedición se embarcó el Dr. Sagredo personaje de la novela de Espinel. Sarmiento de Gamboa nos habla de los peligros de aquellos mares “Nunca antes navegados” — y “todo se excusara si los que por aquí antes pasaron hubieran sido diligentes en hacer derroteros y avisar con buena figuras y descripciones ciertas, porque los que hicieron que hasta agora hoy y andan vulgarmente son perjudiciales, dañosas, que harán peligrar a mil Armadas si se rigen por ellas y harán desconfiar a los muy animosos y constantes descubridores, no procurando hacer otra diligencia”.

Las informaciones que sobre aquellas tierras posee Espinel caen dentro del mundo vago de la leyenda, recuerdos de descripciones mitológicas a través de lecturas de Homero y Apuleyo.

Se embarca el Dr. Sagredo con su esposa doña Margelina y a poco de navegar y en llegando al golfo de Yeguas, una feroz tormenta los obliga a invernar en Cádiz. De nuevo se dan a la mar y esta vez con más ventura, la flota llega a una ancha bahía que llaman de Río Ganero — y llamamos hoy de Río Janeiro.

Aquella costa estaba poblada solamente por indios desnudos y los había en tal abundancia como para poblar otro mundo.

Un monstruo marino azotaba aquellas playas. Arrastraba a los indios hacia el fondo del mar y desaparecían ante los ojos atónitos. Un mancebo, mestizo de portugués e indio, determinó acabar con el fin de tantas personas y atacar al monstruo. Este nuevo Ulises representa el arrojado del héroe mitológico y el cruzamiento de las razas, que crea el tipo audaz producto del mestizaje en cuyo crisol se vislumbra al primer americano.

El paisaje del trópico se esfuma ante el interés narrativo. Espinel que tuvo el don de la emoción del paisaje siente más intensamente el paisaje real que la creación fantástica. Véase si no la descripción de Ronda y de Málaga. Por lo demás, tenía el sentido del localismo — y ante la naturaleza salvaje parece un Chateaubriand fracasado. Se limita a decir que el mar tiene por allí mu-

chos bajíos y muchas islas, y detiene nuestra atención en la descripción de otro monstruo, esta vez una sierpe de los que por allá se pintan para espantar.

De Río de Janeiro, la expedición toma el camino del estrecho por el mes de Enero y Febrero, cuando por acá comienza el verano, con muchos vientos contrarios, oponiéndose a recias corrientes que por cerros altísimos y canales que hay debajo del agua o por vientos furiosos que la mueven.

Tantas contradicciones provocan tormentas y algún naufragio, por lo que el viaje se vió retardado. Al fin llega la expedición al estrecho de Magallanes, después de haber andado perdidos durante mucho tiempo sus tripulantes.

Descubriéronse grandes y altas sierras, con muchos árboles frutales e infinita caza. El paisaje es más exacto que las referencias de Alcalá sobre el Río de la Plata. Espinel ha seguido la narración de viajeros e historiadores de Indias, y si la trama es pura ficción, los detalles geográficos de la expedición de su héroe suelen ser bastante exactos.

Luchando contra corrientes y furiosas olas llega el Dr. Sagredo y la expedición a una tierra habitada por pequeños hombres (probablemente los indios Onas o yaganes) que contrastan con la baja tierra de los gigantes. Diríamos que se pasa rápidamente de la tierra de Liliput a Brobdingnag. Una isla maravillosa aparece y desaparece ante los ojos atónitos de los compañeros del Dr. Sagredo. Visiones de esta índole abundan en las relaciones de viajes de los exploradores españoles. Sarmiento de Gamboa nos habla "de un arco que llaman los filósofos Iris blanco baxo, en contraposición de la Luna que se iba a poner y de la reciprocación de sus rayos que por antiperistasis herían en las nubes opuestas".

La parte histórica del viaje y naufragio del Dr. Sagredo corresponde a un hecho real, la expedición que dirigiera Flores de Valdez, que zarpó el 25 de Setiembre de 1581 con anuncios de mal tiempo. Días después la expedición tuvo que refugiarse en Cádiz. En Río de Janeiro se enfermaron más de cien tripulantes y gran parte de los buques se perdieron. Desengañado Flores de Valdez volvió a España y a Sarmiento de Gamboa le cupo el honor de llevar a buen término la gloriosa hazaña.

Aventuras de Ulises en la isla de Ogiggia, Polifemos vencidos, temibles gigantes no menos peligrosos que los que encuentra Gu-

lliver al llegar a Brobdingnag forman la trama legendaria del relato. Al italiano Pigaffeta, tripulante de Magallanes y de Elcano se le debe la bizarra invención de los gigantes patagones y al poeta Bartolomé Leonardo de Argensola su amplificación en un estilo de fábula. Pigaffeta se limita a decir que vió cuatro o cinco gigantes, Argensola adorna la invención y la duplica en encantamiento de poesía. Espinel y otros recogen la leyenda.

Estos gigantescos indios no eran otros que los primitivos tehuelches que Pigaffeta supone de cuatro varas de estatura. (Vió uno tan grande que su cabeza llegaba a la cintura) (1). Sarmiento de Gamboa recoge la tradición, pero sólo habla de gente grande. Las expediciones científicas desvanecieron la leyenda de estos gigantes que parecían arrancados de una novela de caballería. ¡Briareo hubiera perecido pequeño comparado con el gigante que viera Pigaffeta! Darwin — reduce la visión deformada a la justa magnitud de la ciencia y nos dice "que sus grandes capas de guanaco, sus grandes y flotantes cabellos, su aspecto general los hace parecer, a los patagones, más grandes de lo que realmente son".

Si la referencia de un teniente de navío de la expedición de aquel ascendiente del poeta Byron — tal vez el que llamaron el loco Jack Byron, acredita "que los patagones sentados en el suelo venían a ser casi tan altos como el comandante Byron" (2), las normales declaraciones de D'Orbyny reducen la estatura a un metro ochenta centímetros y con ello la leyenda se desvanece como la niebla que escondía a mi mirada el volcán Osorno, frente a la azulada transparencia del lago Yanquique.

El Dr. Sagredo nos habla de los tamboriles roncós y melancólicos, que más parecían ruido hecho en bóveda que son para bailar. Tambores que más parecían de negros que de gigantes indígenas. En este asordinado bate bate de los tamboriles acaba la aventura del Dr. Sagredo, congojosamente contada a Marcos, su viejo servidor, pues ella trajo la muerte de doña Margelina en el recuerdo de los mares del sur.

(1) Ernesto Morales, "Sarmiento de Gamboa, un navegante español del siglo XVI".

(2) Idem.

CAPITULO CUARTO

UNA PICARA PUNDONOROSA: LA MONJA ALFEREZ

La vida de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, nos ofrece un invaluable documento para estudiar la psicología del pícaro, a través de un tipo que no vacilamos en considerarlo sui géneris, amén que desde el punto de vista patológico, la vida de esta monja singular es todo un documento digno de ser analizado por la ciencia. Se diferencia de los personajes novelescos que venimos estudiando — Buscón, Lazarillo — como lo vivo a lo pintado. La vida de la Monja Alférez es fecunda en aventuras y rica en sugerencias psicológicas introyectivas. Desde el punto de vista general sus aventuras en nada difieren de las hazañas de los aventureros y pícaros del siglo XVI. Pero hay un rasgo que da a las aventuras de esta mujer un extraordinario colorido: se trata de una mujer y no de un hombre, y de una mujer que presenta los perfiles viriloides más acusados de toda la historia hispanoamericana.

Como Santa Teresa, la Monja Alférez se siente impulsada a contar su vida y lo hace con la misma sencillez de la Santa de Avila, pero con menos aptitud intelectual. La "Vida" de Santa Teresa aun en su misma sencillez presenta rasgos de elegancia que señalan a su prosa como un modelo del género. En la Monja Alférez se nota una absoluta carencia de aptitud para escribir. No hay una sola observación aguda, ni el menor interés sensible por el paisaje, o por la descripción del mundo que la rodea, detalle este último que siempre abunda en la novela picaesca. Se limita a la simple relación de los hechos. No hay además en la Monja Alférez ningún motivo interior que obre en ella para impulsar a la narración autobiográfica, salvo el afán de espectacularidad que señalaremos más adelante y carece desde luego el relato de su vida de esa riqueza psíquica, llena de experiencias místicas, que tanto abunda en la vida de Santa Teresa. En Santa Teresa — que no estuvo exenta de inclinaciones viriloides — hay

una absoluta falta de espectacularidad. Ella misma nos lo dice: escribe para sí misma o por mandato de sus confesores. Su autobiografía se refiere exclusivamente a la vida interior de su autora. Todo el drama espiritual de la lucha de su alma para alcanzar las últimas moradas del Castillo Interior, está expuesto en forma exaltada y personal. Santa Teresa no se limita al análisis minucioso y hondo de su estado de alma, ni a la descripción objetiva de sus éxtasis y revelaciones, su relato adquiere por momentos el tono lírico de un psalmo, su exaltación es la expresión de lo que hay de apasionado por lo divino en ella, de su amor a Jesucristo, de su auto desprecio y de su humillación.

En la vida de la Monja Alférez encontramos un afán de espectacularidad y una falta absoluta de exaltación lírica. Hay en ella un anhelo vehemente de demostrar su hombría, de legar a la posteridad un cúmulo de hazañas, muy semejantes por otra parte, que revelan un temperamento varonil que se satisface con el exhibicionismo más que con la libido, latente en esta mujer-hombre a pesar de su continuada persistencia en el disfraz de hombre que nunca abandona y que muy joven, a los quince años, adopta definitivamente.

Su vida transcurre en el encierro del convento desde los cuatro años hasta los quince. A raíz de una reyerta con la monja profesa Catalina de Aliri huye del convento de San Sebastián el Antiguo, vestida desde entonces de hombre. En Vitoria sirve al catedrático don Francisco de Cerralta, pero por poco tiempo. Sin duda ha influido en su afán de liberación un enclaustramiento tan prolongado. Quien a los cuatro años ingresa en un convento y vive once años encerrada tiene que sentir el deseo de gozar de la libertad que alcanza tan difícilmente. Dorothy Kress anota que Catalina como el pícaro amaba sobremanera la libertad, porque siempre le fué difícil conseguirla, pero es indudable que existía en ella, por lo menos — el instinto, de la aventura, ya que pocas mujeres a los quince años tienen la audacia de escalar las tapias de un convento para correr por el mundo aventuras disfrazadas de hombre.

Hay en toda la vida de la Monja Alférez un afán ambulatorio que se manifiesta en el cambio de amos y de lugares. Es esta cualidad del pícaro que ya hemos señalado. De Panamá pasa a Trujillo, de allí al puerto de Paita y a la villa de Saña, de allí

pasa otra vez a Trujillo donde mata a un hombre. De Trujillo a Lima, de Lima a Concepción, donde se encuentra con su hermano, matándolo por error, de Concepción pasa a Tucumán, de Tucumán a Potosí, de Potosí a los Chuncos, de allí a la Plata y a Charcas; de Charcas a Piscobamba, de allí a Cochabamba y vuelve a la Plata; de la Plata de nuevo a Piscobamba y Mizque; de allí a la Paz y a Cuzco; de Cuzco a Lima y a Pita. Nuevo retorno a Lima. Mata en Cuzco al nuevo Cid quedando herida; de allí parte a Guamanga donde descubre al obispo de aquella ciudad su condición. De Guamanga vuelve a Lima en hábito de monja y entra en el convento de la Trinidad. Vuelve a Guamanga y de allí continúa el viaje para Santa Fe de Trinidad y Tenerife.

Aquí termina el itinerario americano de la Monja Alférez; porque de Cartagena parte para España desembarcando en Cádiz. Sus aventuras en Europa se desarrollan en España, Francia e Italia. En Italia defiende el honor de todos los españoles, sufre prisión en Turín, y pobre y mendigando llega a Tolosa.

El largo peregrinaje por Europa y América, el incesante cambiar de lugar y de oficio revelan su manía ambulatoria; una inquietud de aventurero que no se satisface nunca y siempre busca pretexto para nuevas reyertas.

En cuanto a oficios ejerció los más diversos: fué escribiente, paje, mozo de galera, soldado, dependiente de un mercader, arriero, etc. En este aspecto cabe señalar también la semejanza de Catalina de Erauso con el pícaro del siglo XVI, con esta diferencia, que no trata de explotar a sus amos y medrar a costa de ellos. Las pícaras españolas, Justina, Teresa de Manzanares, son explotadoras y ladronzuelas. Catalina es una buena administradora como lo demuestra la confianza que le dispensa el mercader de Saña. También se diferencia del pícaro en su delicado pundonor. Ya hemos dicho que el pícaro no conoce la honra, porque la honra y el hambre no pudieron ser amigos. Catalina hace cuestión del honor a cada instante, en esto es más caballero que pícaro. Por lo demás, su ascendencia hidalga y ese concepto tan elevado que tiene de sí mismo el caballero, la obligan a la quisquillosidad de su honra.

Humilde y pobre de nacimiento, el pícaro no hace cuestión de honor, sino de su hambre. Catalina de Erauso que mata a un negro que la desmiente y desafía y da muerte a un italiano que

se expresa en forma peyorativa de los españoles, representa al hidalgo español más que al pícaro.

Otros rasgos establecen, sin embargo, su estrecho parentesco con el pícaro. Dorothy M. Kress señala algunos de éstos: "Catalina como el pícaro, relata sus aventuras en forma autobiográfica; tiene una filosofía cínica de rebeldía al burlarse de las leyes y de las convenciones sociales; escapa de las manos mismas de la justicia, roba, hurta y mata cuando le da la gana. Lo mismo que el pícaro mantiene una impassibilidad estoica ante el dolor: cuando está perdida en los Alpes es la única vez que llora; las demás veces, aún en el potro del suplicio, no deja escapar ni un gemido. No se altera en demasía por las desgracias de su vida, pues, como el pícaro, cree que la fortuna gobierna y rige al mundo. Es hábil para apoderarse de lo ajeno a la manera del pícaro, pero sin violencia: así hurta a su tío cuando está para partir. Como los desengaños del pícaro no nacen de una perversión natural del espíritu, sino más bien de la dura experiencia de la vida, los desengaños de Catalina tampoco nacieron de otra cosa que de su vida llena de estocadas, flechazos, naufragios, lanzadas y no poco hubo de contribuir ese viaje de trescientas leguas a caballo por los duros Andes, donde en vez de encontrar alivio dió con unos cadáveres yertos de frío. Sus hábitos duros, sus costumbres algo afeadas, eran igual a los del pícaro, hijo de la necesidad". (1)

Estas semejanzas entre Catalina y el pícaro son las que nos permiten clasificarla entre los pícaros americanos. Su vida en lo que se refiere a lances, estocadas, nada tiene que envidiar a la de algunos aventureros de los siglos XVI y XVII, el capitán Alonso Contreras (2), el soldado Miguel de Castro (3), don Juan de Peralta y don Francisco de Zúñiga.

Hay en la vida de Catalina de Erauso más riqueza psicológica que en cualquiera vida común de aquellas en que tales lances no eran insólitos, pero el hecho que da mayor relieve a su vida es,

(1) Dorothy M. Kress. "Catalina de Erauso" — en México.

(2) Vida del Capitán Alonso de Contreras, caballero del hábito de San Juan, natural de Madrid, escrita por el mismo (años 1582 a 1633) publicada por M. Serrano y Sanz. Madrid. 1900.

(3) Paz y Melia. Vida del soldado español Miguel de Castro, escrita por él mismo. Madrid. 1900.

sin duda, el que tales hazañas extraordinarias fueran obra de una mujer. Se explica así la fama que gozó en su época y posteriormente. La vida de Miguel de Castro — posiblemente tan rica en aventuras, no deja de ser la vida de un oscuro soldado. Llega la fama de Catalina a Felipe II que le señala ochocientos escudos de renta; conoce al Papa Urbano VIII que la autoriza para proseguir su vida en hábito de hombre. En todas las ciudades de Italia y de España los grandes señores quieren conocer el "caso extraordinario". La alabanza llega hasta comparar su vida con la de Juana de Arco.

Los historiadores no la olvidan. Gil González Dávila la cita en su "Historia de la vida de Felipe III" (1). Más elocuente aun es el homenaje de los poetas. Pérez de Montalbán, discípulo de Lope de Vega y blanco de la furia satírica de Quevedo, lleva a la escena su vida. Carlos Coello escribe una zarzuela en tres actos con el título de "La monja Alférez".

Finalmente el poeta José María de Heredia traduce su vida al francés y aun hoy — en la época de las biografías noveladas, un escritor chileno Raúl Morales Alvarez (2) escribe una novela sobre su vida.

Más rica en sugerencias que los personajes de la novela picaresca, la Monja Alférez que puede pasar por un personaje ficticio, tiene la ventaja de ser un documento humano de la picaresca americana. Desde luego sobrepasa en variedad y riqueza a la psicología del pícaro que hemos perfilado en capítulos anteriores. Un pícaro engarzado en el alma de un caballero fué la Monja Alférez. Y véase que si las semejanzas abundan las desarmonías no son menos.

Hay en el pícaro un tonto a la par que un vivaracho. Si el pícaro engaña es más a menudo engañado. Víctima de su propio cinismo, cae en la trampa del engaño y es cuando el pícaro se convierte en un estoico, porque yéndole bien no piensa en la adversa fortuna, ni moraliza a expensas de sus desventuras.

En Catalina de Erauso no se dió el caso del engaño. Jamás fué víctima de sus trapacerías porque no las tuvo y su vivacidad fué

tal que jamás pudo ser engañada. Rápida en replicar; lo fué más en sacar la espada o la daga y matar al ofensor.

El pícaro tuvo siempre algún maestro zahorí. El ciego lo fué para Lázaro de Tormes; el Dr. Sagredo para Marcos de Obregón. Catalina no conoció otro maestro que la necesidad. Hay en los hechos extraordinarios de su aventurera vida una parte muy grande debida al azar. Si no fuera por una serie de circunstancias casuales, la Monja Alférez no hubiera acabado con tantas vidas humanas. Sin embargo no hay indecisión en su voluntad, sus voliciones son rápidas, fulminantes. Este aspecto no tiene nada que ver con el temperamento del pícaro que es vacilante, indeciso. En este sentido Catalina se parece a un héroe de las novelas de Dumas o a un Robin Hood.

Por lo demás, Catalina es una pícara por necesidad más que por temperamento. Se hubiera adaptado a una vida sedentaria — como parece el transcurrir de sus últimos años — gozando de una cómoda pensión y de un pasar mediocre, situación a la que se adapta el pícaro solo excepcionalmente.

En síntesis: la inquietud del pícaro y de Catalina son de distinto origen, la del pícaro tiene por acicate el hambre, la de Catalina su libido.

Y aquí entramos a considerar el aspecto más interesante de la vida de Catalina de Erauso: su tragedia sexual.

Marañón considera de pasada, en una de las numerosas notas de su "Evolución de la Sexualidad y los estados intersexuales", sin detenerse en su estudio, el caso de la Monja Alférez como un caso de pseudo hermafroditismo, al hacer una ligera referencia a la observación de Jiménez O'Farrel sobre un soldado mexicano que ingresó herido en el hospital, encontrándosele una presunta hernia que al ser operada resultó un ovario, con trompa y matriz rudimentaria.

El caso de la Monja Alférez no es el único caso histórico que se ha presentado de intersexualidad tan acusada. La Monja de Ubeda que describe Arnaud, se refiere a una mujer que ingresó como religiosa en un convento de monjas en dicha ciudad; en el transcurso de la vida claustral fué acentuándose la transformación viril, que llegó a hacerse tan patente que hubo de ser sometida a un examen médico religioso que determinó su salida del convento. La priora fué advertida de las costumbres varoniles de

(1) Ernesto Morales. "La Monja Alférez" — artículo de "La Prensa" dic. 1938.

(2) Raúl Morales Alvarez. — "La Monja Alférez". — Ed. Ercilla.

doña Magdalena, la monja de Ubeda, que echaba mano a una espada y disparaba un arcabuz y otras cosas que hacía de hombre cuando vivía en el mundo.

Hasta entonces se había constatado ser mujer, a pesar de sus oficios varoniles; pero un día sintió un gran dolor entre las dos ingles; al cabo de tres días se había resuelto la hinchazón y le había salido naturaleza de hombre

Otro caso interesante es el de la portuguesa María Ursula de Abreu, que a los 18 años en 1700, se inscribe como soldado bajo el nombre de Baltasar de Coito Cardoso y pasó a servir a las Indias donde se destacó por sus proezas heroicas.

El caso de María Ursula de Abreu es diferente al de la Monja Alférez o al de la de Ubeda. La monja de Ubeda ejerce las funciones de varón llegando a embarazar a una mujer; la Monja Alférez, como veremos más adelante, se inhibe de toda unión sexual. María Ursula de Abreu se casa en 1714 con Alfonso Arraes de Melo. Ignoramos si tuvo descendencia.

Pedro del Valle, que conoció a la Monja Alférez nos ofrece un retrato de ella que puede tener mucha importancia para el estudio de su intersexualidad (1): "Ella es de estatura grande y abultada para mujer, bien que por ella no aparezca no ser hombre. No tiene pechos, que desde muy muchacha me dijo haber hecho no sé que remedio para secarlos y quedar llanos, como le quedaron: el cual fué un emplasto que le dió un italiano, que cuando se lo puso le causó gran dolor; pero después, sin hacerle otro mal ni más trabamento surtió el efecto. De rostro no es fea, pero no hermosa y se le reconoce estar algún tanto maltratada, pero no de mucha edad. Los cabellos son negros y cortos como de hombre, con un poco de melena como hoy se usa. En efecto parece más un capón que mujer. Viste de hombre a la española: trae la espada bien ceñida, y así la vida; la cabeza un poco agobiada, más de soldado valiente que de cortesano y de vida amorosa, sólo en las manos se le puede conocer que es mujer, porque las tiene abul-

(1) No pretendemos trazar una historia clínica de la Monja Alférez. Nos falta título para ello. Queremos solamente aportar datos para un posible estudio. Al Dr. Marañón, de indiscutible prestigio científico en la materia, le corresponde y debe darnos el estudio clínico que se espera.

tadas y carnosas, y robustas y fuertes, bien que las mire algo como mujer". (1)

La descripción de Pedro del Valle coincide con las reproducciones del retrato de la Monja que conocemos. Pedro del Valle la conoció, a juzgar por lo que nos dice de ella, pasada ya la edad crítica.

Su aspecto varonil coincide con la masculinidad de sus actos. Hay un detalle interesante, es el de las manos: es el último resabio de su feminidad. No presenta un aspecto de la virilización o intersexualidad viriloide, que es el hirsutismo. (2)

En cambio, la atrofia de los senos, opuesta a la hipertrofia o ginecomastia, preparada según testimonio de Del Valle por ella misma, acusa su tendencia viriloide.

Estamos frente a un caso de intersexualidad de difícil definición por falta de documentos. Las certificaciones que aparecen anexas a la historia de su vida, publicada en París por José María de Ferrer no agregan ningún documento comprobatorio de valor científico. Catalina se descubre ante el Obispo de Guamanga y dos matronas ofrecen testimonio de la veracidad de los hechos que confesara, limitándose a decir que la hallaron virgen e intacta como en el día que nació.

El diagnóstico del hermafroditismo requiere, según Marañón, la comprobación del ovario-testes, pero sólo puede lograrse en un número relativamente reducido de casos, bien por ser hallazgos fortuitos de la autopsia, bien por haber sido extirpada quirúrgicamente una de las glándulas — generalmente durante una operación de hernia, bien, en fin por haberse prestado el paciente a una biopsia.

Sobre la libido del hermafrodita agrega Marañón esta observación interesante que se aplica a la Monja Alférez: "Lo que parece más frecuente es la falta de inclinaciones sexuales marcadas: la libido del hermafrodita parece poco enérgica, tal vez porque las hormonas de uno y otro sexo, casi equivalentes se neutralizan. Tal vez también porque, desarrollados estos seres bajo la

(1) Citado por Ernesto Morales. — En "La Prensa" — diciembre 1938.

(2) Marañón. — Obra citada.

obsesión de su monstruosidad, la libido tan sensible a las influencias psicológicas se retrae y acaba por anularse". (1)

Hay, en efecto, en la libido de la Monja Alférez un retraimiento, una inhibición permanente. Ni se casa como María Ursula de Abreu, ni hace vida escandalosa como la monja de Ubeda, sigue viviendo como varón, ostentando una virilidad puramente ornamental y exterior.

Se equivoca Miss Dorothy Kress cuando afirma que Catalina a menudo enamoraba a mujeres o se enamoraban de ella; lo último puede ser exacto, más no así lo primero. Basta leer la vida de Catalina de Erauso para comprobarlo. Y si no véase el final del episodio que nos relata en el capítulo VII:

"Yo me mostré muy rendido al favor y a la voluntad. Vide a la moza y parecióme bien, y envióme un vestido de terciopelo bueno, doce camisas, seis pares de calzones de Ruán, unos cuellos de Holanda, una docena de lenzuolos y doscientos pesos en una fuente: todo esto de regalo y galantería, no entendiéndose dote. Yo recibo con grande estimación, y compuse la respuesta lo mejor que supe, remitiéndome a la ida a bersarle la mano y ponerme a sus pies. Oculté lo que pude a la india, y en lo demás dile a entender que era para solemnizar el casamiento con su hija, de que aquel caballero había sabido y estimado mucho, habiéndoseme inclinado. Ya hasta aquí llegaba esto cuando monté a caballo y me desaparecí. No ha sabido como se hubieron después la negra y la provisoro".

Más acertado, Ernesto Morales nos dice: "Nunca el amor aparece en los veintiseis capítulos de su "Historia". Tuvo amistad con hombres, pero amistad de camarada a camarada, con hombres que como a tal la trataron, sin sospechar que aquel fachandoso, bravucón y valientísimo alférez pudiera ser de otro sexo". (1)

La libido de la Monja Alférez en plena inhibición se traducía en obsesión de sangre, en impulso irresistible de matar. No sería aventurado afirmar que la ausencia de menstruación fuera uno de sus más típicos caracteres constitucionales.

Joaquín María de Ferrer — el editor de los papeles de la

(1) Gregorio Marañón. — Obra citada.

(1) Ernesto Morales. — "La Monja Alférez". — "La Prensa". — Diciembre 1938.

Monja resume en pocas palabras la mezcla de grandeza y perversidad que hubo en la vida de esta mujer singular: "Mezcla extraña de grandeza y de funestas inclinaciones, su valor es la más veces irascibilidad ciega y feroz, su ingenio, travesura, y sin merecer el nombre de grande tiene que contentarse con el de mujer extraordinaria y peregrina".

CAPITULO QUINTO

EL PERULERO Y EL INDIANO

La conquista y colonización de América por los españoles, creó un tipo de advenedizo que enriquecido con el oro de las minas del Perú o de México, retornaba a su tierra de origen con el bolsón colmado — y podía suplir los títulos de nobleza de que carecía con una posición económica desahogada, y aun con la ostentación de una suntuosidad espectacular, frecuentemente de mal gusto. Coincide la aparición del indiano o del perulero con la decadencia y pobreza de España: el indiano enriquecido era lo poco que restaba de aquella riqueza pasada que ostentara la casa de Austria. La novela picaresca, y aun el teatro, nos muestran al indiano con sus visibles defectos, con sus escasas virtudes, con la afectada ostentación de nuevo rico de la época.

En un soneto anónimo publicado en el virreinato de la Nueva España encontramos un retrato del indiano tal como aparecía ante los ojos de los nativos esta clase de advenedizo, en cuyo retrato se nota el resentimiento del americano contra el español:

Viene de España por el mar salobre
a nuestro mexicano domicilio,
un hombre tosco, sin algún auxilio
de salud falto y de dinero pobre.

Y luego que caudal y ánimo cobre,
le aplican, en su bárbaro concilio
otros como él, de César y Virgilio
las dos coronas de laurel y robre.

Y el otro, que agujetas y alfileres
vendía por las calles, ya es un Conde
en calidad, y en cantidad un Fúcar;

y abomina después el lugar donde
adquirió estimación, gusto y haberes
y tiraba la jábega en Sanlúcar.

Quevedo debió de pensar en el indiano cuando escribió la famosa letrilla: poderoso caballero es don dinero y aun hay en ella una referencia al que se enriquece en América, lugar de alumbamiento del potentado, pues lo que daba fuerza y misterio al indiano era el poder del rubio mental.

En el vestir el perulero lucía derroche de reluciente platería, de telas finas, de suntuosidad que a la vista proclamaba al advenedizo deseoso de expresar por la exterioridad brillante su nuevo estado social, pues una nueva clase fué surgiendo con el indiano y el perulero, que aspiraba a algo más que a su reconocimiento social por la potestad del dinero; quería figuración y aun aspiraba a títulos nobiliarios, creando así una nobleza por compra, de la cual debía surgir más tarde una titulación más o menos limpia.

Concolorcorvo, en su "Lazarillo de Ciegos Caminantes", traza en rasgos pintorescos, la vestimenta un tanto ridícula del perulero: "En el sombrero traía una toquilla de cinta de China con una escuadra de paraos, bajeles mercantes a la chineza y para asegurarla en el centro una gran hebilla de oro, guarnecida de brillantes. Abrigaba su cuello con un pañuelo de clarín bordado de seda negra, con unos calados a trechos y al aire un finísimo encaje. La capa era de paño azul finísimo de Carasona, con bordados de oro, que la injuria de los tiempos había convertido en plata. La chaquetilla o valenciana que le cubría las rodillas era de terciopelo azul con más de dos mil ojales y otros tantos botones de oro que también tocaba en plata. La chupa no llegaba a tamaño de la casaqueta pero tenía unos bolsillos que en cada uno cabían holgadamente mil piezas...".

El indiano y el perulero no podían faltar en la novela picaresca, porque eran tipos que pertenecían a la zona social que abarca el mundo de la picardía, y por ser el indiano y el perulero fácil presa para la codicia del pícaro.

Indiano, llamábase al que — habiendo salido de la península en achaque de aventura, volvía de cualquier rincón de América con los bolsillos forrados de maravedises, denominación más general que perulero, que así llamaban a los que retornaban del

Perú, en un sentido geográfico más localista. Perulero más que indiano es el personaje descrito por Concolorcorvo.

En generosidad, rara avis, el indiano era manirroto por excelencia, pero más a menudo se daba en el indiano el tipo del avaro, y en este caso la estafa era la venganza del pícaro contra el mezquino personaje: hay cierta fruición en estafar a un avaro. Tal es el placer que experimenta el bribón de Scapin al engañar a Argante. Si Argante no fuera un hermano de Harpagón — en sordidez, aquel no sentiría con tanto gusto el escozor de engañar al prójimo.

Semejante sordidez presenta el indiano, o mejor dicho el perulero que caerá en las garras de Rufina, moza briosa y lozana, a quien llaman La garduña de Sevilla, por su semejanza rateril con el pequeño mamífero pariente de la comadreja. La habilidad de Rufina de penetrar en los bolsillos ajenos le valió el apodo que solo cabe a una ratera que hurta con maña y disimulo. Rufina, la pícara ladronzuela, posee el arte del engaño sutil y se vale de todos los medios ilícitos para ganarse la voluntad del perulero, cuyo nombre era Marquina, hidalgo de la montaña, es decir, de la montaña de Santander, famosa por la hidalguía de sus solares, que tan satirizada ha sido por poetas y novelistas. Había llegado en la flota del Perú y comenzó su veloz carrera de nuevo rico, de criado de un mercader de Sevilla. La codicia lo llevó a las Indias, tumba de locas esperanzas; pero según se diera el azar y la fortuna, arca rebosante de piezas de oro, Eldorado fantástico. Aumentó el indiano su caudal a costa de su amo; que esa fué siempre una forma de rápido y fácil enriquecimiento; ya que no todos manejaron dineros ajenos en las Indias con la honradez de la Monja Alférez, administrando los dineros de su amo Urquiza. Al poco trato que tuvo en las Indias le acrecentó a manera que vino a ser mayor cada día y en pocos años se halló poderosísimo. Doblado su caudal volvió a Sevilla en la flota de aquel año con otro de mayor cantidad, donde en Sevilla se deshizo de él, vendiendo sus mercaderías como quiso: de manera que ganó el doble con mucha facilidad.

Era Marquina hombre de cincuenta años, ya cano, el hombre más miserable que crió naturaleza, porque aun el sustento de su cuerpo se le daba con tanta limitación, que ayunaba por ahorrar, porque no tenía en su casa sino lo forzoso para su ser-

vicio: un agente, un muchacho, un esclavo negro, que tenía cuenta con un macho y el ama que le guisaba lo poco que comía y a toda esta familia tenía tan muerta de hambre, que se juzgaba milagro que en Sevilla hallase quien le sirviese.

La condición social del perulero — en su escasa familia — que aquí se entiende por criados, pues, el tal Marquina vivía solo; era como se ve la de un rico avariento, que ayunaba para ahorrar — y que no alcanzaba a obtener la ostentación de otros indianos más dados a vanidades mundanas.

Para engañar al avariento indiano, hurtándole su dinero que con afán, vigilias y ayunos lo había granjeado, pasando mares y conociendo nuevos y remotos climas, Rufina, con la complicidad de un tal Garay ha de fingir una triste historia, comprando con dádivas a la escasa servidumbre del indiano. Marquina — muy bozal en amores, cae en la trampa. Y he aquí como el hechizo del amor puede transformar el carácter: lo trecó amor de manera que hizo un liberal de un mísero y un Alejandro de un Midas.

Resultó de la bien llorada relación de Rufina que a toda rienda Marquina le ofreció su favor, su vida, su alma y su hacienda. Pero esto último era lo que más le interesaba: pues en la pícara Rufina predominaba el espíritu logrero, como en la pícaro Justina, la picardía y no sólo roba a Marquina, sino a su socio en hurtos, el tal Garay.

Tipo del indiano sórdido es Marquina, personaje típico de la novela picaresca, al indiano pródigo, ostentador y generoso lo vamos a encontrar en el teatro. Un escritor indiano nos presentará el indiano en sus comedias.

Ruiz de Alarcón,— gloria del teatro español,— presenta en los rasgos de su carácter, el resentimiento moral del indiano. Nació en 1580 o 1581 en la ciudad de México. Desde muy mozo comenzó sus estudios en la Universidad, pero no llegó a terminar el bachillerato en cánones. Partió para España, en 1600, en la flota de Juan Gutiérrez de Garibay, completando en la universidad de Salamanca el bachillerato de cánones y leyes y durante siete años, ausente de su patria de origen, deambuló de ciudad en ciudad, cumpliendo la etapa menesterosa del estudiante español. Retorna a México en 1608, graduándose de licenciado en leyes por la Universidad nacional. Trata de conseguir el título de doctor, pi-

diendo dispensa de la pompa "por ser tan pobre como constaba a su señoría".

En 1615 se halla otra vez en España y desde entonces comienza para él, una nueva vida de ventura y retraimiento a la vez. Conquistado su bienestar económico, este remanso de seguridad parece compensar sus fracasos literarios. Su deformidad física (era corcovado, pequeño de cuerpo, de pelo bermejo), fué el blanco más despiadado de la sátira de sus coetáneos: "baúl poeta", "camello enano con loba", "Corcovilla porta juanete", fueron las metáforas más amables que le prodigaron sus enemigos literarios: Lope de Vega, Quevedo, etc.

Se observa en la vida de Alarcón un complejo de inferioridad física que lo amarga perennemente y lo llena de un lento veneno: ciertamente no se trata de un complejo de inferioridad moral, como en su rival Lope de Vega: los mismos personajes de Alarcón postulan una moral superior y heroica, algo resignada y trágica, como en "Ganar amigos", el marqués don Fadrique cuando guarda al matador de su hermano, por tenerle empeñada su palabra.

El indiano se le llamó a Alarcón por haber nacido en México, mas no por reunir las cualidades típicas del español que regresa cargado de oro de las Indias. Sin embargo, profundizando en su manera de ser, Alarcón reúne aquellas cualidades que definen al americano que se aclimata en España, en oposición al verdadero indiano, el español que se aclimata en las Indias, pero retorna a su tierra natal, "abominando el lugar donde adquirió estimación, gusto y haberes". La Nueva España imprimió un suave carácter a su poesía, la que puso en las almas soñadoras creadas por él una ternura más dulce y melancólica que lo que expresaban los otros ingenios; una cortesía más blanda, un comedimiento más subrayado en sus galanes y una ingenuidad más amorosa en sus damas. Su mejicanismo, como alguien lo advirtió, no está en el número de citas a Indias, sino en algo más hondo que se refleja en el alma íntima del paisaje espiritual de su tierra de origen.

En el teatro de Alarcón no podía faltar la figura del indiano (1), ya hemos visto todo lo que hay en él de presencia ame-

(1) En el teatro español encontramos al indiano como personaje en el sainete de don Ramón de la Cruz, "La comedia casera". Aparece allí don Fadrique con cierta largueza extraña a la modalidad del personaje. El es el que costea los gastos de la comedia con gran beneplácito de todos.

ricana. En "La verdad sospechosa" encontramos en Don García, en ese delicioso "menteur", al indiano fingido. Don García se finge perulero o indiano para atraer la atención de Jacinta, la bella dama que corteja.

Jacinta le pregunta:

—¿Y sois tan guardoso
como la fama los hace?

La avaricia era —por consiguiente, unos de los rasgos infalibles del carácter del indiano. Su tendencia a atesorar, a no ser dadivoso, en oposición al noble dilapidador que recibe fácilmente su dinero sin trabajar, se explicaba con el esfuerzo que le costaba al indiano ganar el dinero: viajes, naufragios, fiebres, contratiempos de toda especie. Sólo el amor puede transformar al indiano de avaro en dadivoso. Esta curiosa transformación la habíamos observado en Marquina, el perulero de "La garduña de Sevilla" —a quien el amor hace de un Midas un Alejandro Magno.

Dice don García:

Al que más avaro nace
hace el amor dadivoso.

Transformación del carácter que anota Jacinta dirigiéndose a Lucrecia:

"Lucrecia que te parece
del indiano liberal".

Contesta Lucrecia:

"Que no te parece mal
Jacinta, y que lo merece".

Pudo haber dicho Lucrecia, si hubiera conocido la maravillosa transformación que opera el amor en un avaro: Que si lo cambia el amor, merece ser venturoso. Ruiz de Alarcón, escritor llamado el indiano por sus enemigos, es el creador del tipo del indiano fingido —porque no otra cosa es don García. También en "La niña de los Embustes. Teresa de Manazanares" nos volvemos

a encontrar con el personaje del indiano fingido, y el indiano, como otros tipos, abundan en la novela picaresca que no sólo ofrece la autobiografía de un pícaro, más o menos ganapán, más o menos vago o tierno canalla, sino, además, a través de un vasto cuadro, los más variados tipos: Estudiantes, alcabaleros, ladrones, gitanos, moriscos, hidalgos, comerciantes, mendigos, alquimistas, ciegos, etc.

El indiano de "Teresa de Manzanares" — la novela de Castillo Solorzano — como Don Quijote ante las mozas del partido, se presenta, ante la dama que admira, antes de toda sazón: "Yo señora mía, antes que Ud. me pregunte quien sea se lo quiero decir. Me llamo Jorge de Miranda de la calificada casa de los Miranda de Asturias. Pasé al Perú y tal fué mi buena suerte que en cuarenta años que estuve en aquellas partes, traje a España cien mil ducados en barra y pesos. Me casé en Indias, murió mi esposa y me dejó un hijo que murió después en La Habana, a la edad de 25 años, el más gallardo mozo del orbe". Pero toda esta prosopopeya no es más que el disfraz de un fingido indiano, pues, don Jorge de Miranda, que en realidad se llama Berenguel a secas, resulta el vengador de Marquina — el indiano engañado y finge su papel como Don García. Con esta diferencia: en Don García el fingimiento es irresistible móvil de su carácter, en Berenguel, es una premeditada artimaña para robar.

Viejo astuto, sabiendo lo atractivo que resulta la apariencia de indiano y los cien mil ducados, sin necesidad de recurrir a la astucia de Buscón de contarlos infinitas veces los mismos ducados, acabó por conquistar a doña Emerenciana, "a otra más astuta que yo engañara las comedidas razones del fingido indiano, cuanto más a mi que en soñándome Indias pensaba con el talle y la cara del esclavo, que habían de llover reales de ocho en mi casa".

El indiano — como personaje real transportado a la novela o al teatro — parece desaparecer a partir del siglo XVII. El siglo XVIII — siglo de ideas, desconoce al indiano en la literatura: tendremos que llegar al romanticismo para encontrarlo. El romanticismo fué más tradicionalista de lo que uno se figura, y menos innovador de lo que parece, en el teatro romántico se observa esta paradoja: El indiano romántico lo creó el Duque de Rivas y se llamó Don Alvaro.

Fuera del sino trágico de don Alvaro que determina una serie

de muertes involuntarias y catastróficas, el personaje adquiere con su prestigio de indiano un tinte misterioso. No se sabe quien es; pero se le supone audaz, valiente, aventurero. Frente al desprecio del indiano por lo convencional; aparece el marqués de Calatrava con sus prejuicios de clase, con su concepto calderoniano del honor.

Don Alfonso — hijo mayor del marqués — en el último acto del drama, revela el origen de Don Alvaro que hasta entonces había permanecido en el misterio. Hijo de un virrey que casara con una princesa indígena, tuvo éste ambiciones separatistas, "levantando el sacrilego estandarte de la rebelión". Fué preso por traidor y en la cárcel de Lima — en forma asaz desventurada — nace don Alvaro.

Surge al final de la obra la rehabilitación del linaje de don Alvaro y como dice Azorín, comentando este pasaje: "Alguien sabe y lo dice a Don Alvaro que los padres del indiano han sido reintegrados a sus elevadísimos honores y preminencias. Pues ¿por qué no arreglarlo todo pacífica y racionalmente? ¿Por qué no renunciar en lo posible, el daño ya hecho? Juntos pueden dedicarse a buscar a Leonor". Pero ya sabemos en qué termina la catástrofe de la obra: se baten don Alvaro y don Alfonso, muere éste en el duelo, muere doña Leonor y el indiano se mata despeñándose. Trágico final de un personaje que alcanza en "Don Alvaro" o "la fuerza del sino" el tono de la pasión romántica; pero que antes encarnó la codicia que atesora, el afán que triunfa, los trabajos recompensados. El indiano del siglo XVI fué el espejo de la codicia, representó al mercader enriquecido que deseoso de tranquilidad consume su avaricia en luengos años de lento vivir, el que poseyendo el prurito de la vanidad, con el beneficio del dinero buscó la apariencia del título pomposo, e inventó una ascendencia inverosímil en las nobilísimas montañas de Asturias. Mas el español, particularmente el castellano, no siempre representó el papel del indiano, más apropiado a genoveses, judíos, gallegos o andaluces. El castellano que fué a Las Indias, como los hermanos de Santa Teresa, dejó su sangre en las maniguas del suelo americano, o feneció en un lance absurdamente pundonoroso. Si ganó algún dinero lo malgastó sin tasa: no supo preveer como no supo preveer España.

Ya en 1573 y 1574, debía Felipe II a los mercaderes genove-

ses y españoles 37 millones con interés del 22 por ciento que se negó a pagar más tarde, pues se le expuso fundadamente que el contrato por la parte de los comerciantes era "contra la caridad y la ley de Dios, y que si no se procuraba remedio al cabo de un año no le quedará un real para su sustento". Ellos gastan la renta de un año — dice la Gentil de la Barbinais — refiriéndose a los portugueses — en corridas de toros, en comedias, sermones, ornamentos de iglesia y se mueren de hambre el resto del año" y esto bien puede aplicarse a la prodigalidad del noble castellano.

Queda el indiano estereotipado en la novela picaresca o en el drama, como representante del venturoso que regresa al hogar para gozar del prestigio de su oro. Su avaricia se justifica: es la recompensa de trabajos de verdaderos forzados, condenados a galeras por espontáneo deseo, para quien las Indias no fué tumba de esperanzas, sino Jauja o Eldorado: en el indiano o el perulero se cimentó el espíritu conservador de la eterna España, en el conquistador, en el pícaro o en el místico, el espíritu de aventura en el quijotismo. Don Quijote nunca pudo ser un indiano, pero el indiano renace en el gallego conservador y ahorrativo, que vuelve a su solar enriquecido, tipo que existirá mientras España mantenga contacto con sus antiguas colonias y mientras América, sea para el español, tierra de promisión.

CAPITULO SEXTO

EL PICARO Y LA IGLESIA

La sátira antirreligiosa adquiere en la novela picaresca carácter amable. Se nota en la alusión velada la influencia todopoderosa de la Inquisición. Cuando existe una prohibición y una mordaza permanente, lo que no puede decirse con claridad, se disimula en las formas más variadas de la ironía. En "La Pícara Justina" cada capítulo concluye con una moralidad, que es algo así como el hisopo expurgador de lo dicho en forma más o menos disimulada. La venta de las indulgencias, comercio sagrado que en el siglo XV y XVI provocó la indignación de los frailes honestos, encuentra su crítica en un subterfugio digno de la picardía de Justina: en una romería al santuario de Nuestra Señora del Camino halla Justina a un vendedor de avellanas, que él llama indulgencias. De nada vale la suposición, al creer que el vendedor se chancea, de que a todo lo que allí se vende le llamen indulgencias. El tono irreverente para las cosas de la iglesia es frecuente en Justina, que se burla del obispo que acompaña a los estudiantes, y que a propósito de la palabra humilladora se extiende en expresiones livianas.

Más veladas son las alusiones del Primer Lazarillo a las costumbres licenciosas de los clérigos. El clérigo que aparece en el segundo tratado es un tacaño de la estirpe del Licenciado Cabra, aunque no tan sórdido. Si el ciego — su primer amo — era sórdido, el clérigo lo era más y así Lázaro escapó del trueno para dar en el relámpago; porque el ciego comparado con éste parecía un Alejandro Magno (1). A las tres semanas de estar en compañía del clérigo vino a tanta flaqueza que no podía con sus huesos y finara en la sepultura sin el remedio de su ingenio. Los escasos alimen-

(1) Frecuentemente en la novela picaresca Alejandro Magno simboliza la prodigalidad.

tos que el fraile guardaba en un arcaz los roía Lázaro, con hambre ratonil, imitando a tales dañinos animalejos para disimular el hurto. Un día fué descubierto por el silbido que producía su boca en una llave — la llave del arcaz de marras — que imitaba el silbo de una culebra. Pensó el tonsurado amo que bicho de tal especie era el ignorado rapaz, pero al fin Lázaro terminó descubierto y apaleado. La pintura del fraile del Lazarillo no puede ser más sórdida, pero sordidez, avaricia, lujuria, y gula, son vicios generales al clero en el cuadro realista de la novela picaresca.

El fraile de la Merced del capítulo IV aparece como gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seculares y visitas, el más rompedor de zapatos de todo el convento. Este amo obsequió a Lázaro con los primeros zapatos que conoció en su vida. El capellán del tratado VI, transformó a Lázaro en aguatero, con un buen asno y cuatro cántaros y con él subió el primer escalón para alcanzar la buena vida. El arcipreste del último tratado, nos recuerda a Juan Ruiz, en lo picaresco. Con él, Lázaro abandona la vida trajinante de los caminos para sentar cabeza de discreto, casando con el ama del arcipreste, que le enseña el más crudo camino de la resignación.

En el 2.º Lazarillo la crítica es más severa para los clérigos, pero no hay que olvidar un hecho fundamental: Luna escribió su obra desde París, lejos de la censura inquisitorial. En el capítulo IX no encubre por cierto el autor la duplicidad de los clérigos que vacían los bolsillos ajenos con peticiones y se hacen los sordos cuando se trata de retribuir el trabajo de los demás o de ayudar al que llega a las puertas del convento. Lázaro se encuentra con un fraile de la orden de San Francisco, que le pide llevarle su hatillo hasta el convento; lo hace de buena gana Lázaro pensando en el estipendio para resarcirse del bofetón de la doncella y cuando llega el momento de pagar, el fraile se lo agradece en nombre de Dios. Insiste en llamar y el portero le dice que no llame más que es hora de silencio. Un pobre de los que estaban en la puerta, menos bozal, le advierte:

—Hermano, bien se puede ir, que estos padres no tocan dinero, porque todos viven de mogollón.

Sobre las costumbres licenciosas de los clérigos hay abundantes testimonios en el segundo Lazarillo. En el capítulo V resulta grotesco el episodio del clérigo que huye con su manceba, como

un nuevo Noé espantado del diluvio que sobre su cama caía, desnudos como Adán y Eva, pero sin hojas de higuera en sus vergüenzas. En Toledo tenían un nombre especial las mancebas de los clérigos, llamábanse, “Mulas del diablo”. También en el segundo Lazarillo la esposa del ermitaño confiesa que sus tres hijas eran de tres diferentes padres, un monje, un abad y un cura. Y para rematar la censura acerba, pone el autor del Lazarillo en boca de un viejo gitano estas palabras: “respondióme que maldito el que había en España (se refiere a los gitanos), pues que todos eran clérigos, frailes, monjas o ladrones, que habían escapado de las cárceles o de sus conventos; pero que entre todos, los mayores bellacos eran los que habían salido de los monasterios, mudando la vida contemplativa en activa”.

En cambio, cuando se refiere a la Inquisición, el autor del segundo Lazarillo, H. de Luna, cambia de tono y no omite la alabanza al sagrado tribunal: “Como blasfemos que habían osado poner la lengua en los misterios de la Santa Inquisición, gente tan santa y perfecta como la justicia que administra”. En lo que el dicho resultaba dos veces errado, por no ser santa en su totalidad la composición del temible tribunal — puesto que entre sus familiares se infiltraban herejes y delincuentes — y por no ser perfecta, por adolecer entre otros, defectos, sus procedimientos, de falta de publicidad y por ser mortales sus jueces, falibles por consiguiente. ¿Usaba, acaso, Luna un paliativo a sus censuras, al emplear un lenguaje desacostumbrado al referirse al Santo Oficio?

Es más exacto afirmar que la crítica antirreligiosa adquiere en la novela picaresca carácter particular. Ataca, zahiere las costumbres de los clérigos; es contra un clérigo indeterminado, contra una clase especial de mendicantes, contra quien se dirige, no contra los dogmas de la religión católica o contra las altas autoridades eclesiásticas. En el retrato de un clérigo tacaño o amanecido, de un vicario logrero, en la farsa de los ermitaños que simulan devoción para mejor vivir, es cuando se exponen los ataques velados contra la iglesia. En cambio, no se encuentra la crítica a un Cardenal o Primado de tal o cual jurisdicción, ni contra el tribunal del Santo Oficio se dirige una alusión directa, ni siquiera, velada.

Lázaro, como hemos visto defiende al tribunal de la Inquisición, Marcos en Italia es más expeditivo aún: Disputa en la ciu-

dad de Turín con un ginebrino que se expresa despectivamente de la religión católica, trata a Lutero y a Calvino de grandes herejes, y tiene que recogerse en una escalera para no ser acuchillado.

En la Lozana Andaluza, las costumbres de los clérigos son más libres aun. En aquel ambiente de lupanar, donde vive y medra la lozana española, no desentona la presencia de un obispo mujeriego, así, como en la Hija de Celestina, la ingeniosa Helena, de Salas Barbadillo no hay que extrañarse que al referir la historia de su vida manifieste que otorgó sus favores virginales en primer lugar a un rico eclesiástico.

Alonso, el Donado Hablador, se lamenta de la ligereza con que algunos clérigos tratan las cosas sagradas: "Usted anda de suerte algunas veces por la iglesia que más parece correo de a los quince, que persona que está al servicio de Dios. Veo tratar las cosas sagradas no con el merecimiento que se debe, pues en verdad que me acuerdo haber leído que castigó Dios al sacerdote Helí, porque sus hijos sacaban la carne que se cocía para los sacrificios".

Montúfar — como el Tartufo de Moliere — representa la falsa devoción, de la manera más sutil. Tartufo es hijo de Montúfar. El personaje de Salas Barbadillo al salir del templo recibe una bofetada de quien lo desemascara públicamente por hipócrita, pero el falso devoto lejos de indignarse, al ver que sus adeptos se precipitan sobre el agresor, suplica y perdona, se llama así mismo "borriquillo, animalejo, inútil" — y como Tartufo, demuestra ser incapaz de matar una pulga. Todo esto impresiona favorablemente y le crea una fama de devoto entre los imbéciles. El fingimiento del misticismo y de la piedad en forma burda está representado por los ermitaños.

Lazarillo (1) se hace ermitaño para desbalijar a sus feligreses, pues el ermitaño explota la mendicidad. Otro ermitaño ladrón

(1) Ludwig Pfandl, en su "Historia de la Literatura Nacional Española de la Edad de Oro" observa que en el Lazarillo de Luna penetra toda la narración un desagradable tono de odio contra la Iglesia, la Inquisición y el clero, que hace sospechar que el autor no tenía la conciencia demasiado limpia en este aspecto. La observación es verdadera en cuanto al tono general que hemos destacado en la obra de crítica antirreligiosa, pero Pfandl se le pasó por alto en el elogio a la Inquisición del Capítulo XII.

es el Crispín de "La Garduña de Sevilla". Rufina le roba valiéndose de un narcótico. Se quiere vengar Crispín recurriendo a un amigo llamado Jaime; pero éste se enamora de Rufina y ambos terminan, en mutuo consorcio de hurto, por robar a Crispín. Marcos narra a otro ermitaño que tiene su ermita en el Puente de Segovia, su larga historia: el defecto de este ermitaño es cierta propensión a dormir. Alonso termina por hacerse ermitaño, más por tedio y por resignación, que por afán de lucro, el segundo Lázaro, toma el mismo camino de recogimiento, con el fin de explotar en su provecho la mendicidad. Como se ve, no aparecen en la novela picaresca, los ermitaños como ejemplo de piedad y devoción, sino por el contrario, como bribones que disimulan sus vicios, so capa de piadoso recogimiento claustral.

En el vasto cuadro de la novela picaresca no podía faltar uno de los elementos más típicos e indispensables de la sociedad del siglo XVI, el eclesiástico. El clero español unido estrechamente a la acción política de la monarquía absoluta, constituía una fuerza dentro del estado, mas subordinada como un brazo sagrado o un instrumento de su política. Menos díscolo que la nobleza, se encontraba sometido al poder por tres lazos que de hecho suprimían su independencia: el recurso de fuerza y revisión en contra de la jurisdicción eclesiástica, que permitió la revisión por el poder civil de las sentencias de los tribunales eclesiásticos y que en última instancia convertía los fallos de aquellos tribunales en fallos revocables y revisibles por las autoridades civiles; el derecho de nombramiento de las dignidades eclesiásticas, nombramientos que generalmente confirmaba el Papa y pocas veces revocaba. Este sistema de fiscalización del poder civil sobre la iglesia, convirtió al clero español en un colaborador sumiso del poder real, y finalmente el derecho de retención de las bulas y edictos pontificios, que permitía al poder civil impedir que la jurisdicción eclesiástica se extendiera al territorio español, rechazando todo hecho que resultara contrario a los intereses y derechos de la corona.

El tribunal de la Inquisición — o Santo Oficio — fundado en 1478 por los reyes católicos, era el más temido instrumento que se esgrimía contra la libertad de pensamiento y de conciencia. Se creó para combatir a la herejía, a los moros, a los judíos — y extendió su poder de censura a todos los libros que se introducían

en España y que podían ser sospechosos de herejía. Tribunal civil y regio a la vez, en su mayoría se componía de elementos del clero (el gran inquisidor y seis de sus consejeros, por lo menos, pertenecían al estado religioso); pero en el fondo era un elemento de inquisición oficial que conciliaba perfectamente los intereses del Estado y de la Iglesia. La inquisición se hizo temible por su procedimiento secreto, por las torturas que aplicaban a los inculpados, por la extensión que alcanzaron sus familiares. La Inquisición, creada como hemos visto para perseguir a los judíos, moros y herejes protestantes, extendió su acción a la expurgación de libros, instituyendo en 1551 el Index Expurgatorius, debiendo desde entonces, las obras que se publicaban, llevar la declaración oficial: no contiene este libro cosa contra la fe y costumbres cristianas. En este aspecto la Inquisición debía de intervenir — muy particularmente, en la censura de un género realista y crítico como la novela picaresca. Lo más curioso es que la Inquisición pasó por alto las alusiones menos veladas a la religión. No obstante, los autores más adversos a la Iglesia, vedados de decir las cosas en sentido directo, lo hicieron valiéndose de sutilezas. Se escurrieron así de manos de los censores, libros o pasajes harto peligrosos — y anatemizaron, en cambio, obras inocentes, deteniéndose en nimiedades.

La novela picaresca en todo lo que tiene de corrosiva con su sano realismo en el Lazarillo y de pesimismo resignado, en Alonso y otras obras, fué una protesta callada contra la opresión religiosa de la época. No solamente porque puso al desnudo la corrupción de las costumbres religiosas, como hemos visto en los pasajes citados, sino también, por imponer, como ya había acontecido con La Celestina una libertad de lenguaje poco usual en la época. Se ha visto en todo esto la influencia de las nuevas ideas: del erasmismo que influyó en destacados escritores españoles, de la libertad de conciencia, del derecho del libre examen. Por otra parte, el movimiento de reforma de las costumbres del clero, cundió en el seno de la misma Iglesia con la contrarreforma.

Cierto es que la novela picaresca, en su embozada crítica social, no atacó a los dogmas, a los principios básicos de la iglesia, sino a las costumbres corrompidas del clero, sobre las que existió indulgencia plenaria, pues el creyente español se preocupaba ante todo de la conformidad espiritual con Dios, sin preocuparse de la moral corriente, por lo que su tolerancia para la libertad del

clero era grande. La fe española que se expresa tan admirablemente en la ascética y en la mística, tiene un sentido trascendente, que inscrustado en el férreo y sobrio carácter español, convierte al creyente en un ser dado a una elevada espiritualidad, más que a una superstición grosera.

Y si el clero, como hemos visto, a través de la novela picaresca, fué a menudo mezquino y estrecho — modalidad que en parte conserva aún, como se ha podido ver en la guerra civil española — pues, la mayoría de sus miembros, salvo honrosas excepciones apoyaron la política reaccionaria y antiespañola del General Franco — el sentimiento religioso del pueblo español, se elevó con los místicos a una cumbre de perfección espiritual pocas veces superada.

CAPITULO SEPTIMO

ESTUDIANTES Y PICAROS

El estudiante fué en múltiples ocasiones el compañero inseparable del pícaro, y a menudo el mentor de los primeros pasos en el colegio. Buscón junto a los pupilos del Licenciado Cabra o en la Universidad de Alcalá se nos presenta como un novicio, al que se le somete a las más duras pruebas. La picardía del estudiante, como la maestría del ciego, es una escuela no despreciada por el pícaro por su fecundidad en experiencia.

La vida estudiantil antes del siglo XVI se reduce al enclaustramiento del colegio privado. Fué la nobleza la clase más favorecida por lo que entonces se consideraba un verdadero privilegio. El privilegio de ilustración en favor de la nobleza, no impedía que algunos estudiantes pobres, hijos de campesinos o artesanos, recibieran educación junto a los hijos de los hidalgos. Ya hemos visto que Diego Coronel es el tipo del estudiante rico, Buscón, el agregado que ingresa en el colegio para servir a su amo. Los hijos de los nobles y de los burgueses, recibían, por consiguiente, los beneficios de que se privó a los hijos de los campesinos, a los plebeyos en general.

A partir de 1564 abren los jesuitas sus colegios privados a los seglares; los que hasta esa fecha estaban destinados a la preparación de los novicios de la propia orden. Debió constituir este hecho un ensanchamiento del saber, que se hizo extensivo al mayor número. No sólo el clero fué el depositario de la cultura. La estrecha enseñanza medieval, terriblemente teñida de escolastismo, que no abarcaba más allá del trivium y el cuadrivium, que eran algo así como las columnas de Hércules del saber, se vió remozada por el renacimiento de la ciencia, que encuentra en la Reforma un amplio campo de desarrollo. De la pequeña enseñanza del colegio privado, se pasa al gran movimiento renovador de las universidades en el siglo XVI. No deja de subsistir la academia pri-

vada, en la que preferentemente se enseñaba la métrica y los versos latinos, como la de aquel famoso López de Hoyos, maestro de Cervantes.

Las tres universidades más célebres en el siglo XVI fueron las de Salamanca, Alcalá y Valladolid, llamadas las tres universidades mayores.

Existía entonces un tipo de universidad menor, llamada Colegio Mayor, semejante a nuestros actuales liceos de enseñanza secundaria; en ellos se daba hospedaje y se becaba a los estudiantes pobres, permitiéndoseles por excepción, alcanzar una educación superior. Gran importancia tuvo también el Colegio Trilingüe, fundado por Carlos V, en el cual se enseñaban el latín, el griego y el hebreo. De este movimiento trilingüista — que unificaba la cultura clásica greco-latina con la tradición judeocristiana, surge la gran obra erudita y humanista del siglo XVI, la Biblia Políglota Complutense.

Felipe IV fundó una universidad de carácter aristocrático, especie de Oxford española, el Colegio de Estudios Reales de San Isidro, donde se admitía únicamente a los hijos de los nobles.

Entre los estudiantes no predominaba, como es de imaginar, el amor al saber, que los griegos llamaban precisamente filosofía (filo — amor — sofía — saber). Por otra parte, las universidades, como todos los organismos vivos de la España feudal y absolutista de los austrias, fué cayendo en la decadencia de la curva inevitable del poderoso imperio español.

Si en el siglo XVI el movimiento renacentista pagano y el humanismo cristiano, crean una doble corriente de cultura nacional, ostentando como frutos privilegiados, en la poesía a Fray Luis de León, Garcilaso y San Juan de la Cruz, en la novela, a Cervantes, Vitoria, en la teología tomística, junto a Suarez y Cano — los tres pilares del neoescolatismo, a cuyos nombres agregaremos los de León, Vives, Grajales, El Brocense, nombres todos ellos que representan las diversas tendencias del pensamiento español en el siglo de oro. Pero a fines del siglo XVI, con la decadencia de la poesía, con la economía nacional quebrantada, comienza la decadencia de las universidades españolas, decadencia que se hace más sensible a partir del siglo XVII. La influencia de corrientes afrancesadas, con el advenimiento de Felipe V, no podrán contener la decadencia, sino por el contrario, precipitarla, pues, en aquel

siglo, se imitó en España lo más superficial de la cultura francesa. Siglo sin originalidad, de oscuros preceptistas y de retóricos a lo Boileau, fué aquel en el que, excepcionalmente, nos encontramos con un Padre Feijoo o un Don Ramón de la Cruz que penetran en la entraña de la tradición española para conservar su patrimonio eterno.

El estudiante en el siglo XVI encuentra en el pícaro a un hermano menor, al que lo une una afinidad no disimulada por la ostentación del saber. Véase como ya Cervantes en el Quijote nos dice que el oficio de estudiante y paje se aunan en la desvergüenza, y en desvergüenza, el pícaro no le iba en zaga a ambos.

De todos los pícaros es Marcos de Obregón el que más se parece a un estudiante. Como hemos visto, Marcos es un pícaro instruído en lengua latina, compositor de epigramas y experto en música. Estudió en Salamanca. ¿Y quién no recuerda, pensando en estos aspectos del personaje, a su autor, aquel famoso caballero-pícaro Vicente Espinel, guitarrista y creador de la décima, a quien la guitarra le debe el aumento de su poder sonoro?

En el descanso IX, narra Marcos al ermitaño, lo que le aconteció cierta vez en Córdoba con un maleante del lugar —la historia de un ferreruelo, en la que intervienen dos estudiantes. Córdoba era entonces lugar de encuentro de estudiantes y arrieros en camino de Salamanca. Preguntado donde había cursado estudios, Marcos recuerda a su natal ciudad, la escondida y ríscosa Ronda, en la cual ciudad, no obstante no ser centro universitario como Salamanca o Valladolid, conoció a un maestro célebre en la ciencia gramatical, el docto manco, Juan Cansino, humanista y poeta.

Interesante como observación de dos tipos antagónicos, es la historia que nos cuenta Espinel en el prólogo de su novela, de dos estudiantes que iban a Salamanca desde Antequera; uno muy descuidado, otro muy curioso, el uno desaprensivo y frívolo, el otro observador y paciencizado: “Dos estudiantes iban a Salamanca desde Antequera; uno muy descuidado, otro muy curioso; uno muy enemigo de trabajar y saber, otro muy vigilante y escudriñador de la lengua latina; y aunque muy diferentes en todas las cosas, en una eran iguales: que ambos eran pobres.

Caminando un tarde de verano por aquellos llanos y vegas, pereciendo de sed, llegaron a un pozo donde, habiendo refrescado, vieron una pequeña piedra, escrita en letras góticas, a medio bo-

rradas por la antigüedad y por los pies de las bestias que pasaban y bebían que decían dos veces: Conditur unio, Conditur unio. El que sabía poco, dijo: “¿Para qué esculpió dos veces una cosa este borracho?” que es de ignorantes ser arrojados. El otro calló, que no se contentó con la corteza y dijo: “Cansado estoy y temo la sed, no quiero cansarme más esta tarde”. “Pues quedaos como poltrón”, dijo el otro. Quedóse, y habiendo visto las letras, después de haber limpiado la piedra y descortezado el entendimiento, dijo: “Unio quiere decir unión, y unio quiere decir perla preciosísima; quiero ver qué secreto hay aquí”; y apalancando lo mejor que pudo, alzó la piedra, donde halló la unión del amor de los dos enamorados de Antequera, y en el cuello della, una perla más gruesa que una nuez, con un collar que le valió cuatro mil escudos. Tornó a poner la piedra y echó por otro camino”.

En el mesón de Ventas Nuevas, Marcos se encuentra con unos fulleros, y se hace pasar por estudiante, cortejando a una maritornes que echaba un tufo de ajos y vino, bastante a ahuyentar todas las víboras de Sierra Morena; engaña a los avezados engañadores y termina devolviéndole su dinero a unos mercaderes, estafados por los fulleros.

En Marcos de Obregón (Descanso XII) encontramos las referencias más precisas sobre la condición económica y moral del estudiante en el siglo XVII “La falta de mantenimiento, la desnudez, la poca estimación que traen en estos casos, tiene muchos y grandes ingenios acobardados, arruinados y aun distraídos por la privación de sus esperanzas mal logradas”.

Miseria negra pasó el estudiante, al igual del pícaro, pero transitoria, pues, la del pícaro era hambre eterna y reiterada. El estudiante disimulaba el hambre con su alegría juvenil, con el afán de las novatadas, y el gusto de hacer novillos. Como dice Espinel “si los trabajos y necesidades que los estudiantes pasan, no los llevase la buena edad en que los coge, no había vida para sufrir tantas miserias y descomodidades como se pasan ordinariamente; pero con ser en la pericia y adolescencia, edad tan quitada de cuidados y sentimientos, se hace gusto el acibar, risa y pasatiempo de la necesidad, con que se va pasando aquel espacio en que se sazona y hinche de doctrina el entendimiento, que con la esperanza del premio todo se hace sufrible”.

En la aventura con el Corregidor don Enrique de Bolaños con los estudiantes de Salamanca — que andaban errantes por los caminos porque la misma casa de ellos los había echado a la calle — al ordenar este señor “muy gran caballero, cortés y de muy buen gusto” la prisión de los desvergonzados, díjole a Marcos: “Tengo de ver si puedo enseñar crianza a algunos estudiantes”. A lo que contestó sabiamente Marcos: “Con dalles de cenar y quitalles el frío, los hará vuesa merced más corteses que a un indio mejicano”. Ya se ve que estaban más necesitados de alimentos, los pícaros y los estudiantes, que la cortesía la otorgaban de barato, pues no fué condición del estudiante la buena crianza. En todos los tiempos ha predominado en ellos la fatuidad de la adolescencia, el deseo de molestar al profesor, condiciones propias de una alegre y frívola mocedad.

Salamanca fué el centro universitario más importante de la época. En la Universidad se matriculaban por año alrededor de cinco mil estudiantes. A ella se refiere repetidas veces Marcos de Obregón y Alonso, mozo de muchos amos. Y William Lithgow, que viajó por España en 1620 recuerda que “Salamanca es la Universidad sacerdotal de España, de donde derivan esos rebaños de estudiantes que infectan la tierra con sus bellaquerías, hurtos y pordioseos”.

Poco amiga de estudiantes fué la pícara Justina. En camino de Arenillas se encuentra con una cuadrilla de escolares, disfrazados de canónigos y arcedianos. Farándula alegre que recorre caminos en busca de burlas y aventuras. Justina quiso ser burlada por los estudiantes y al fin se burla de ellos. Después de una juerga fantástica caen borrachos los estudiantes y ella guía las mulas del carro hasta Mansilla. El Obispo que los acompaña sale destituido de su cargo y Justina, la pícara incorregible, gana fama de discreta: “De todos fuí alabada por casta, más que Lucrecia, por astuta más que Berecinta, por valerosa más que Semíramis”. La descripción de la fiesta corresponde a una de las tantas diversiones de los estudiantes, que tenían sus mascaradas propias: “Ya venía la noche, queriendo sepultar nuestra alegría en lo profundo de sus tinieblas, cuando ví a somar una cuadrilla de estudiantes disfrazados, que venían en ala, como bandada de grullas, danzando y cantando a las mil maravillas. Eran siete de camarada, famosos bellacos, que por excelencia se intitulaban la Vigornia, y

por este nombre eran conocidos en todo Campos, y por esto solían también nombrarse los Campeones. Estos traían por capitán a un mozo alto y seco, a quien ellos llamaban el obispo don Pero Grullo, y cuadrábale bien el nombre. Cuadrólo Justina para ser feligresa, y enderezó la proa a someterme a su jurisdicción, y así hiciera, si mi industria no me hiciera exenta. Este venía en hábito de Obispo de la Picarazona. Traía al lado otro estudiante vestido de picarona piltrafa, a quien ellos llamaban la Boneta, y cuadraba el nombre con el traje, porque venía toda vestida de bonetes viejos, que parecía pelota de cuarterones. Los otros cinco venían disfrazados de canónigos y arcedianos, a lo picaral. El uno se llamaba el arcediano Mameluco, el otro el Alacrán, el otro el Birlo, el otro el Pulpo, el otro el Draque. Y las posturas y talles decían bien con sus nombres”.

Fiestas estudiantiles fueron también la procesión del animal que pedía limosna el día de San Marcos y las numerosas de tomar posesión de cátedras, conferir grados, etc.

La Pícara Justina conoce a los estudiantes de pasada; Alonso y Marcos, aproximadores de pícaros y estudiantes, nos permiten asomarnos — en la detallada narración de sus aventuras, al interior de la vida de colegios y universidades, de cuya amargura tétrica y magra pitanza, es ejemplo el hambre de Buscón, quien tiene que pasar por muchas pruebas preparatorias para convertirse de novato en experto.

Alonso padece en Salamanca las pruebas de su noviciado, como Buscón en Alcalá: le escupen y le preguntan qué hace su madre y hermanas, y si lloró al dejarlos o si se ha traído algo consigo.

En la 2.^a parte del Lazarillo de Tormes, capítulo XVIII, se nos presenta un cuadro exagerado sin duda, con tendencia a la caricatura, de las costumbres universitarias de Salamanca.

Buscón sufre una prueba más dura aún: le dan de puñadas y le escupen nevándole de pies a cabeza. Lo encuentra su amo —Diego Coronel— durmiendo e ignorando éste la vergonzosa aventura de su criado, enojose y comenzó a darle repelones. Lloró Buscón su desventura y su amo no encontró otro consuelo a su desgraciado estado, que estas palabras zahorís: “Pablos abre el ojo, que asan carne, mira por tí, que aquí no tienes otro padre ni madre”.

Narra Buscón su experiencia en la escuela; donde recibe nombres de sus condiscípulos que le recuerdan el humilde oficio del padre, más en lo tocante a la madre, la reacción de Pablos fué digna. No había sido más próspera su vida de pupilaje con Diego Coronel. Pintura tétrica nos ofrece Quevedo de como trataba a sus pupilos —condenados a eterna hambre— un dómine como el Licenciado Cabra. Miseria y avaricia que lleva al amo y al criado a la convalecencia de su inanición, hasta que llegan, como a puerto seguro, a la Universidad de Alcalá. Tiene que soportar Buscón, en sus nuevas aventuras por los caminos de España, a un poeta necio que había compuesto cincuenta octavas a cada una de las once mil vírgenes; pero ningún recuerdo evoca imágenes más negras que las de aquellos días que pasara en el pupilaje del Licenciado Cabra. Cuadro exagerado, pero no muy alejado de la verdad de la vida del estudiante del siglo XVII llena de poco estudiar, de mucha hambre, de alegres farándulas y burlas crueles a los novatos.

CAPITULO OCTAVO

EL PICARO Y EL AMOR

No fué el pícaro sujeto de grandes pasiones. El amor “que mueve el cielo y las estrellas”, y que es capaz de despertar en el espíritu una pasión ideal, que empieza por el amor de la belleza corpórea, que se siente hermanada a la vez con la hermosura de los otros cuerpos, de manera que todos los cuerpos hermosos son objetos de amor. La belleza del alma será más digna aún de veneración que la belleza corporal, y siendo virtud, lo bueno es hermoso. Siendo la belleza del alma un reflejo de la belleza de Dios, su perfecta posesión permite alcanzar el amor de la divinidad. El alma, impulsada por el amor, se halla en camino de alcanzar la identidad con Dios. Este es el camino para subir desde uno a dos y desde dos a todos los cuerpos hermosos y desde estos a la hermosura candente de la vida y desde ella a las hermosas nociones de las cosas y de ellas, finalmente, al conocimiento de la hermosura misma. Tal era la concepción del amor platónico que vulgarizó en España Fray Cristóbal de Fonseca en su “Tratado del amor de Dios”.

Mayor difusión adquiere en España el platonismo místico y amoroso a través de “El Cortesano” de Baltasar Castiglione, la Biblia del amor platónico, devocionario erudito que leyeron los poetas del platonismo amoroso: Herrera, Garcilaso, Boscán y que éste último tradujo en exuberante estilo de pasión. Castiglione reproduce la teoría de Platón sobre la belleza, adapta, perfecto humanista, las ideas y el lenguaje de la antigüedad clásica al ambiente renacentista; sabe crear a su alrededor un mundo de cortesanía y sus personajes son nobles eruditos, humanistas y poetas cultistas, que platican en un elevado lenguaje, la duquesa Isabel Gonzaga, Pedro Bembo, Juliano de Medicis, etc., Castiglione piensa como Platón que lo bueno y lo hermoso en alguna manera son una misma cosa, en especial en los humanos, de la hermosura de los

cuales la más cercana causa es la hermosura del alma, la que como participante de aquella verdadera hermosura divina, hace resplandeciente y hermoso todo lo que toca, especialmente en aquel campo donde ella mora no en tan baja materia que ella no pueda imprimirle su calidad. Así que la hermosura es el verdadero trofeo e insignia de la victoria del alma, cuando ésta con la virtud divina señorea a la naturaleza material y en su luz vencen las tinieblas del cuerpo.

León Hebreo amplifica a Platón y a Castiglione exponiendo su teoría del amor que va desde lo más alto a lo más bajo y viceversa, en tres diálogos (y el diálogo por imitación platónica es la forma predilecta del Renacimiento): de la naturaleza y esencia del amor, de la universalidad del amor y del origen del alma, que corresponde al concepto de la belleza y de Dios.

Tal concepción de la belleza y del amor no podía formar sino héroes y santos. Sea que se tradujese en amor a Dios, buscando ardentemente la última morada, del desposorio del alma con Dios, como en la doctrina teresiana; sea que se transforme en misticismo pantéista como en Fray Luis de León, o se convierta en el culto a la mujer amada, ascendencia medieval, a través de la forma abstracta y pasional a la vez de una Laura o Beatriz, en la poesía de Garcilaso y Herrera. El amor platónico, que encuentra su expresión más elevada en el culto caballeresco y en la novela pastoril, idealización de una vida arcádica, donde se trata de ocultar la fealdad y el realismo, en el amor sublime de Don Quijote por la dama de su ideal, Dulcinea del Toboso, se expresó en un lenguaje de fineza y dió a las variadas formas de la vida renacentista un sentido delicado y elegante.

El pícaro no conoce, ni puede siquiera interpretar o alcanzar estas formas elevadas del amor humano o divino. En "La Celestina", ya se encuentran separados y divididos esos dos mundos incompatibles: el mundo ideal de Calixto y Melibea — y el mundo realista y picaresco de la Celestina, al que pertenecen Sempronio, Parmeno Crito, Elicia, Areusa y Centurio.

El pícaro, incapacitado para sostener una pasión ardorosa y desinteresada, por su condición de ganapán y de perpetuo andariego, toma el amor como una experiencia secundaria en su agitada vida, es el verdadero pasajero del amor, que pasa y apenas se detiene — que ni siquiera posee ese afán de gozar de Don Juan

— un pícaro más voluptuoso y apasionado. Cuando el pícaro galantea lo hace con el propósito de comer, o de sacar algún provecho pecuniario de su enamorada. Marcos, en el mesón de Ventas Nuevas, galantea a la fea mesonera con el fin de ganarse su voluntad para ayudar a los mercaderes a recuperar su dinero — y momentáneamente traduce el lenguaje picaresco en prosa de caballero. Así, escasísima experiencia amorosa es la del Primer Lazarillo: un muchacho que no piensa más que en comer y a quien el hambre lo persigue de amo en amo. Cuando ya cansado de su trajinada vida, se asienta con el Arcipreste, Lázaro acepta por comodidad casarse con la sirvienta de su amo, amor de resignación y de cansancio, primera y única experiencia amorosa de este ingenuo pícaro. Luna no ensanchó el horizonte amoroso del segundo Lazarillo. Este segundo Lázaro no es más ducho en mujeres. Encontrándose prisionero de unos pescadores — que lo exhiben como pescado raro — llega a curiosarlo su esposa, a la cual mujeres parleras llamaban la Arcipresta. Lázaro medita sobre sus cuernos y padece la ingratitud de su esposa, que hace como que no lo conoce, no así el Arcipreste, que testimonia en su favor. Torna con algún dinero, producto del proceso a los pescadores, busca a su mujer y ésta le rechaza, reclama a su hija y el Arcipreste le revela no ser hija suya, con cuya noticia se le cae el alma a los pies. Bien ingenua resulta esta crédula experiencia del pícaro, que no piensa en abandonar a su mujer, sino en rescatarla — y desea retornar al hogar con su hija como un honesto caballero!

Y de Scila iba a caer en Caribdis. Pleitea contra su mujer por consejo de malintencionados y sale del pleito peor de lo que entró: "desnudo nací, desnudo me hallo, nada he perdido". Esta resignada confesión es uno de esos razonamientos afectivos — que consuelan engañando a la razón, pues, en realidad había perdido mucho: el dinero ganado a los pescadores, un hogar y una hija.

Dura fué también la experiencia de Lázaro con la esposa del ermitaño. Aquí, como casi siempre, el pícaro sale burlado de las mujeres, al extremo de parecer el mismo diablo.

Alonso se casa en Zaragoza y enviuda. Su experiencia del amor y del matrimonio no es menos amarga; su esposa es viuda, vieja, y con dos hijos mayores que su padre. La muerte de su esposa lo libera del yugo matrimonial y termina su vida convirtiéndose en

ermitaño. Lázaro se hace ermitaño por codicia, Alonso, por resignación.

Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños, dedica los últimos años de su vida al amor. Como su creador, Quevedo, satiriza al amor y a las mujeres y trata de aprovecharse de ellas. Primero corteja a la hija de la mesonera, finge ser su señor principal, cuenta y recuenta repetidas veces los mismos ducados, pero en el preciso momento en que parece va a realizar su aspiración aprovechada, su mala suerte lo conduce a prisión; sale de ella con la ayuda de un hidalgo portugués. En Buscón no se encuentra la ingenuidad amorosa que abunda en Lázaro o Alonso; no trata de enredarse en casamientos pegadizos; sino, estima en más las uniones pasajeras. Da en cortejar a dos hermanas, ricas herederas, que resultan ser primas de don Diego Coronel, su ex-amor. Pasea la calle como un gran señor y es reconocido por don Diego, que bajo el disfraz de caballero, desemascara al mísero ganapán, y se propone jugarle una mala pasada.

Un cambio de capas permite la confusión de las dos personas y Buscón paga culpas ajenas con palos propios, resignándose una vez más con doloroso estoicismo a su mala suerte. Luego ingresa de farandulero amancebándose a una comedianta para terminar en hampón. Se une a la Grajales e intenta probar fortuna en las Indias, sin pensar que el cambiar de lugar nada cambia cuando la mudanza no es de costumbres.

Quevedo, en tratándose del amor y de la mujer es tan zumbón como su personaje. Cuando traza el retrato de una mujer lo hace en forma de caricatura: "Moza rubia y blanca, miedosa, alegre, a veces entrometida y a veces entresacada y salida. Ceceaba un poco, tenía miedo a los ratones, preciábase las manos y por enseñarlas, etc." No gusta Quevedo de las sabihondas bachilleras, ni de las burlonas sin causa: "Pero yo no quiero a las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas y si son feas y discretas es lo mismo que acostarme con Aristóteles o Séneca o con un libro".

No menos amigo de las mujeres resulta ser Marcos de Obregón. Caso raro es encontrar a un pícaro predicador de la virtud, sin embargo, Marcos, salva a la esposa del Dr. Sagredo de un extravío amoroso, conduciéndola por el buen camino de la honradez. Agradecida, la esposa del médico quiere casar a Marcos con

una jóven parienta de ella. ¿Era acaso Marcos un valetudinario? A cuya proposición contesta Marcos intuyendo el problema biológico del matrimonio desigual: "El que casa viejo tiene el mal del cabrito, que o se muere presto o viene a ser cabrón".

Al preguntarle doña Mergelina de Agrerla, la esposa del Dr. Sagredo, de cuya virtud fué salvación Marcos, si no ha amado, a éste no se le ocurre otra respuesta que asociar el amor a las coplas, como asunto propio de la inexperta juventud. "Y tanto, dije yo, que he compuesto coplas y reñido pendencias, que la mocedad está llena de mil inconvenientes y disparates. Pero Marcos no es como Buscón o Lázaro, pícaros legos, Marcos es un pícaro muy leído que recuerda a su autor, el caballero-pícaro Espinel, que encuentra solaz en los libros y exclama: "Oh, libros, fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento, maestros del alma, etc.", instruído en lengua latina, que compone epigramas y es experto en música. Pícaro raro que recuerda a un poeta y hace pensar en el propio autor. Recuérdese que Marcos es el único pícaro que no cuenta su humilde origen y en Córdoba le dice un maleante: "Vuesa merced es gran latino, poeta y músico".

Estebanillo González — el soldado pícaro y hombre de buen humor, generoso sin vocación, valiente por necesidad, después de trajinar por todos los campamentos, busca el amor como un descanso a su fatiga. Como él lo dice: no busca pecadores en este mundo, sino dineros en serena calma, sin sirtes ni bajíos, pues, es archigallinas de gallinas. Aficiónase a una doncella de una señora y dama, pues pícaro tan inferior no puede aspirar a señorías. Era ella muy dada al aseo y cortesana en guardar fe, tenía pocos años y muchas astucias. Llevaba toda su dote y ajuar a cuestras y el testamento en la uña.

Las pícaras parecen destinadas, como las sacerdotisas de Venus, al amor, con un tanto de inconveniencias eugénicas algunas, que eligen marido o amante por interés; ingenuas las más, engañadas por las apariencias otras, virtuosas y predestinadas al matrimonio, o bien rindiendo culto al amor venal, como La Lozana Andaluza.

Esta es la más desenfadada de todas las pícaras. Tiene ribetes de Celestina y es maestra y discreta como pocas en su arte, flor de las cortesanas. Conoce a los hombres, explota sus vicios, pero vive sin engaño. Practica dentro de su mundo de lupanar

una altiva moral: "ni me soy metida entre hombres casados para que sus mujeres me hagan desplacer, sino de mi oficio me quiero vivir".

Comparada con La Lozana Andaluza, Teresa de Manzanares, es una pícaro honesta. Su vida amorosa es compleja y larga. La madre de Teresa, al morir su esposo Pierres, se asocia con un arbitrista, que la abandona robándole los pocos reales que tenía ahorrados. Al morir su madre, Teresa se va a vivir con dos hermanas, sus maestras de labor. Una de ellas, tenía una hija llamada Teodora, que era cortejada por tres galanes: un médico, un estudiante y un gentilhombre.

Sirviendo de tercerista, hace sus armas Teresa en el amor: "Era yo acariciada de todos tres, deseando trabar conversación y tener conocimiento conmigo. Unos días anduve muy severa con ellos, en las ocasiones que salía fuera de casa por lo necesario para ella, más como era inclinada a la travesura me pareció traer embelesados a estos tres amantes. Yo le respondí, al médico, que esotro día le tuviere escrito, que yo haría fácilmente el oficio de intercesora suya y que le aconsejaba regalar a su dama, que siempre había oído decir que los regalos eran eslabones de que se hacía y forjaba la cadena del amor".

El licenciado era un almacén de palabras; fué el preferido de Teresa por tener gallardo entendimiento. Excusó con estas palabras de caballero andante su imposibilidad de ser dádivo: "El verdadero amor, señora Teresa (si hemos de seguir la opinión de muchos que trataron de él) ha de ser sin interés alguno; desnudo lo pintaron los antiguos por eso, que amor vestido ya deja de serlo y es interés. Si la señora Teodora mira bien esto con los ojos de su prudencia, yo sé que seré preferido a mis dos competidores sin dádivas de por medio. No digo que no las diera con más generoso ánimo que esos caballeros; pero un hijo de familias, estudiante por un lado y poeta por otro, mire v.m. qué caudal podrá tener para ofrecer a las arcas de la señora Teodora lo que merece su deidad. Resuélvome en que no siendo la dádiva igual a la persona que se da, que antes es desprecio que estimación suya. Grande cantidad de finezas haré yo por su servicio, menos las que tengo reservadas por mi imposibilidad; gran suma de encomios oírás de mi boca, destilados de este ingenio, a costa de muchos desvelos, que dilatados por la corte no la harán menos cele-

brada que lo fué la hermosa Laura del Petrarca. Esto la ofrezca v.m. de mi parte y una perseverancia firme en quererla, y de lo demás no se trate si v.m. gusta", Con decir estudiante, se hubiera ahorrado el galán toda esa retórica amorosa, que empleaba el hidalgo pobre para disimular su miseria — que es un cuadro elocuente de la pobreza que en el siglo XVII padecían los hidalgos de mediana condición (como aquel escudero del Lazarillo) y los estudiantes, hijos de tales medianos nobles.

Para librarse de la codicia de los viejos, se casa Teresa con uno de setenta años, llamado Lupercio de Saldaña. Muere el viejo y le deja algún dinero y ella pasa a servir a una condesa. Deja la casa de la condesa, despedida por su complicidad con una de las hijas en un matrimonio secreto. No puede olvidar Teresa sus complicidades amorosas y de nuevo la encontramos en la experiencia del matrimonio, casándose en segundas nupcias con el licenciado Sarabia, al que convierte en farandulero, causándole la muerte, esa nueva afición. Escribió Sarabia un entremés burlesco contra un matasanos de Sevilla. Tomóle por agravio el ofendido, y con cuatro amigos cogieron al segundo marido de Teresa y lo dieron por muerto.

Su tercer marido fué un perulero de cincuenta años, entrecano y enjuto, buena estatura y andar lucido, aunque no tanto como pudiera con más de cincuenta mil ducados que había traído de Lima. Era guardoso, como todo perulero y así dice Teresa: "Escapé de un celoso y dí en un jugador, y en el tercer empleo hallé un indiano que era la misma miseria y los mismos celos". Y termina la historia con el último casamiento de Teresa con un primo de su antigua ama, Teodora, de cincuenta años, con dos hijos y una hija tan mísera como el padre. La tercera pícaro, Rufina, la Garduña de Sevilla, es burladora de hombres y su afán es el lucro. Se casa con un tal Sarabia. La galantea un mozo llamado Roberto" y el mozo era de buen talle, y ella puso su afición en él, correspondiéndole engañada de la primera información que le hizo diciéndole que era muy rico. Era Rufina codiciosa y creyóle, porque deseaba tener dinero ya que por la miseria de su esposo oclusión de bolsa, carecía de él. Roberto se vale de una treta para gozar de sus favores. Galantean a Rufina dos jóvenes: Feliciano y Roberto. Hay una pendencia entre los dos galanes debajo de la ventana de la casa de Sanabria, por donde se entera éste de

sus cuernos y muere de pesar. Enviuda Rufina. Viuda y pobre se reúne con un antiguo amigo de su padre, un tal Garay y roban juntos a un indiano llamado Marquina.

Se reúne la pícaro ladrona con un ermitaño no menos amante de Caco, llamado Crispín, a quien roba Rufina valiéndose de un narcótico. Crispín quiere vengarse de Rufina por intermedio de Jaime, pero éste se enamora de la pícaro y ambos roban a Crispín y se marchan a Madrid, donde se casan. Rufina y su esposo roban finalmente a un autor de comedias, pero terminan sus arrastradas vidas en Zaragoza, como honrados comerciantes.

Pícaros y pícaras no convierten al amor, como se ve, en una ficción ideal de la vida. Pasan por el amor por el atajo de la codicia o de la baja sensualidad. Ni cree el pícaro en las dulcineas, ni imagina que el hombre puede detenerse en la vida contemplativa. Su vida es acción y movimiento. Y el dinamismo del pícaro lo crea la necesidad. En su pesimismo estoico de la vida no ve en el matrimonio una atadura permanente, porque el matrimonio resuelve su problema económico, que es más cuestión temperamental, pues el pícaro no nació para sedentario.

Tampoco el pícaro gusta detenerse a gozar del amor libre y desinteresado, en este aspecto el pícaro es casi una víctima. Ni Don Juan, ni Quijote, el pícaro no ama, ni con pasión sensual, ni con pasión ideal. Simplemente es un pasajero del amor que apenas se detiene, como la abeja, a gozar su dulzor superficial y prueba más frecuentemente el acíbar que la miel. Víctima de las mujeres las rehuye con gesto satírico como Buscón, o con tendencia de moralista — y las pícaras — como mujeres se sienten atraídas al matrimonio y la vida honesta. El pícaro sólo puede mirar con desprecio al caballero que consume su vida en búsqueda de aventuras para ofrendarlas a su dama, aunque el árnica tenga que oficiar más tarde de calmante. El pícaro que es cobarde por naturaleza o por conveniencia, no busca pleitos, ni se mete a redentor. Mira al caballero como a loco suelto, con ese gesto de conmiseración con que contempla Marcos al hidalgo de la Puente Segoviana. Su buen sentido realista, un tanto sanchopansesco, le enseña a rehuir aventuras imposibles. Sólo busca llenar su estómago, pues, sabe que el que poco come sueña... y el pícaro no quiere soñar.

CAPITULO NOVENO

PICAROS CERVANTINOS

En los pícaros prodiga Cervantes sus más altas cualidades de creador. Pastores, como Galatea o Erastro de "La Galatea", y reyes, como Policarpo de "Persiles y Segismunda", pertenecen a un estilo convencional, imitado de la novela milesia o pastoril. Cervantes, genio realista, como Velázquez o Quevedo, solo puede crear lo más grande dentro de lo convencional, una sola vez en su obra: en Don Quijote; pues, el mismo Sancho está concebido dentro de un realismo que tiene su abolengo, al decir de A. Bonilla y San Martín, en el estilo sentencioso de Lucio Anneo Séneca y su precedente inmediato en los apotegmas del Ribaldo que acompaña al caballero Cifar. Pícaros de escuela fueron Rincón y Monipodio, El Carriazo, de "La Ilustre Fregona", el sacristán de "Los Baños de Argel", Pedro de Urdemalas, El Lugo, de "El Rufián Dichoso"; Buitrago, de "El gallardo español", el Madrigal, de "La Gran Sultana", "Trampagos, el rufián viudo", además de gitanos, rufianes de toda laya, rústicos, graciosos y truhanes.

El Carriazo, prefirió a la vida holgada, la de pícaro. Llevado por su inclinación picaresca a los trece años desertó de su casa paterna, y tan contento de la vida libre que para él "ni el andar a pie le cansaba, ni el frío le ofendía, ni el calor le enfadaba; para él los tiempos del año le eran dulce y templada primavera; tan bien dormía en parvas como en colchones; con tanto gusto se soterraba en un pajar de un mesón, como si se acostara entre sábanas de Holanda".

Como dice Cervantes, salió tan bien con el asunto de pícaro que pudiera leer cátedra en la Facultad del famoso Alfarache.

Pero no fué un pícaro descompuesto y sucio, porque en él vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto: pasó todos los grados de pícaro, hasta que se

graduó de maestro, en las Almendrabas de Zahara, donde es el finisbustierre de la picardía.

Cervantes recuerda los distintos tipos de pícaros que él conociera tan de cerca: pícaros de cocina, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa.

Carriazo, después de vagar de pícaro vuelve a Señor. Regresa a su casa paterna como un caballero que es (no hay novela en la picaresca en la que se vea mejor la tramutación de caballero en pícaro). Antes de hacerlo, convence a su amigo Avedaño de ingresar en la cofradía de los pícaros. Usando de sus recursos, convence a sus padres que deben costearle los estudios en la Universidad de Salamanca, y so pretexto de visitar la fuente de Argules, truecan sus trajes de caballeros por el sayo de pícaro, vístense a lo payo, y dejan al sirviente una compungida carta. Y helos aquí convertidos en Rinconetes y Cortadillos, buscando aventuras por los caminos de España y sin temor a la horca, ni al conde de Puñorostro, fantasma de malhechores y holgazanes.

La cueva de Monipodio, es, en cambio, del mesón de la fregona ilustre, el mundo de la picardía en pequeño. No llegan a ella, nobles en busca de hijas abandonadas, de princesas convertidas en fregonas, y si alguno arriba a sus orillas — es en son de queja por unas cuchilladas mal distribuidas. Hay allí por lo menos, diecisiete pícaros, cada uno en su oficio bajo férrea disciplina. Es el mundo de la holganza y del latrocinio, disciplinado por el interés.

Y como en los grandes imperios, no faltan los anales y los libros sibilinos, donde se consignan con miucioso cuidado los trabajos y los días de la cofradía de ladrones y rufianes. Los pícaros de "Rinconete y Cortadillo" tienen nombres pintorescos y oficios variados. Hay pícaros y pícaras, como en las novelas de Castillo Solórzano, viejas y jóvenes. La vieja Pipota, es el tipo bien caracterizado de la vieja borracha y a la vez devota que se encomienda a Dios en sus oraciones "porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de justicia"; Chiquiznaque y Manifero son bravucones, el último bravucón mano de hierro que la llevaba así en lugar de otra que le habían cortado por justicia; Juliana, la Cariharta, Escalanta, la Gananciosa, son mujercuelas que tanto sirven para un fregado como para un barrido; Ganchoso, Silbatillo, Renegado, Centopiés, el Concorvado, Tagarote,

Repolido, el Desmochado son rufianes secundarios, ladrones o apalearores que tienen funciones definidas en los libros de Monipodio, entre otras, cuchilladas, palos, redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos, y cuchilladas fingidas, publicación de nibelos, etc. Y entre todos ellos, Monipodio ejerce la jefatura de la escuela de latrocinio con el respeto y la obediencia que se merece un rector: el rasgo cómico de presentar con tanta compostura y orden el mundo desordenado del hampa, es uno de los más felices de la novela, de la ironía cervantina. ¿Y quién podía observar mejor que Cervantes la vida de los hampones de Sevilla? Tal vez Mateo Alemán o Espinel. El tenía, sin embargo, títulos más encumbrados para observar de visu a los ladrones y fulleros de Sevilla. Estudiante en su mocedad, recaudador de impuestos más tarde, jugador a los naipes, conoce a la perfección el lenguaje de germanía, y anduvo tan cerca de fulleros y ladrones, como si lo hubiera sido de verdad, y hasta de dudar para quien ignore su vida.

En este cuadro pintoresco y variado del mal vivir sevillano, visto con estupenda ironía por Cervantes, donde se mueven las negras figuras de Repolido y Chiquiznaque, dos muchachos pícaros, hermanos de Lazarillo, son apenas aprendices, tristes novatos, no obstante las picardías aprendidas en el camino desde la venta del Molinillo a Sevilla. ¡Ángeles de ingenuidad se convierten en tiznados demonios al llegar a la escuela de Monipodio! Porque nada significan las inocentes picardías de ganar a las cartas con malas artes, algunas monedas a un arriero, o las camisas hurtadas a un francés, comparadas con las cuchilladas de Monipodio!

Rincón y Cortado cuentan su vida con desenfado. Rincón es de Fuenfrida, su padre es persona de calidad, porque es Ministro de la Santa Cruzada; Cortado, es de Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo. Su origen es más humilde. Su padre es sastre. Le enseña su oficio y él lo ejercita a maravilla, porque no pende relicario de toca, no hay faltriquera tan escondida, que su dedos no visiten, ni sus tijeras no corten, aunque lo estén mirando con los ojos de Argos.

Rincón y Cortado recuerdan a Carriago y Avedaño de "La Ilustre Fregona". Como ellos no son pícaros por vocación, sino por destino, por hastío o por deseo de conocer mundo. Porque en ellos puede más el deseo de la aventura que soportar a una mala

madrastra o a un padre excesivamente severo. Cervantes, deseoso de enmendarlos, y de que sus ejemplares novelas sean ejemplos de moral — y no de la vida, como en realidad lo son, hace que Carriazo y Avedaño retornen a su vida de antes. Tomás Pedro Avedaño, de mozo de cebada, se convierte en don Tomás de Avedaño, y se casa con Constanza, y Diego de Carriazo, de aguador pasa a yerno del Corregidor. Se despiden de sus aventuras, de sus picardías y a penas si el “daca la cola, asturiano, asturiano, dacala cola” por el que fuera tan conocido en Toledo torna a la memoria de Avedaño como recuerdo de mocedad.

La enmienda de Rinconete y Cortadillo se presenta al final de la novela. Rinconete, el muchacho de buen entendimiento, y de un bien natural, que sabía algo del buen lenguaje se reía de los vocablos mal pronunciados que había oído en boca de Monipodio, y propúsose aconsejar a su compañero que no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta.

Los pícaros cervantinos son de dos clases: los verdaderos pícaros: Monipodio, Chiquiznaque, el Lugo, Buitrago, el Madrigal, que viven y mueren en olor de picardía y delictuosidad, y los pícaros conversos: que salen de una buena crianza, pasan por un estado intermedio de pícaros de ocasión, y vuelven al redil como la oveja descarriada: tal es el caso de Carriazo y Avedaño, de Rincón y Cortado.

Pedro de Urdemalas, es el pícaro cervantino más ingenioso, más hábil, más astuto. ¿Pero es una creación de Cervantes, como Monipodio y Rinconete? No. Urdemalas pertenece al pueblo: es una creación folklórica. Cervantes tan sagaz en asomarse al pueblo: ya sea a las capas corrompidas, como a las más sanas: no olvidó de recoger uno de sus personajes que vive en la tradición y se conserva a través del tiempo. Urdemalas emigró a América y se llamó Malasartes o Urdimales. Personaje vivo en la imaginación popular, chispeante en la conversación y en sus dichos; pícaro en sus acciones, se convierte en la comedia de Cervantes en el hábil consejero de un alcalde ignorante. Pícaro e ingenioso parece en la solución del pleito de los seis reales que resuelve el alcalde Crespo por consejo de Urdemalas. Urdemalas o Pedro de Urde, como también se le llama, cuenta su origen y su vida azarosa.

Dice que es hijo de la piedra, porque padre no conoció, ni

sabe donde lo criaron: sólo sabe que es uno de esos niños de doctrina, sarnoso que andan por ahí. En esa vida desastrada aprendió sus oraciones. Aquellas que en la jornada le sirven para impresionar a los crédulos con caudal de supersticiones populares: la oración del ánima sola, la de San Pancracio, la de San Quirco y Acacio, y la de Olalla, y las otras que sin ser santas, son curativas: para curar los sabañones, para curar la tericia y para resolver lamparones.

Con estas argucias de pícaro hábil, cínico, astuto, engatusa a una vieja avara, haciéndose pasar por alma del purgatorio enviada sobre la tierra para recoger las ofertas de los vivos y ascender al cielo a sus muertos.

Reúne el Pedro de Urdemalas de Cervantes los requisitos del gran farsante; buena memoria, suelta lengua, buen talle, no poner mengua de gastos, etc. En esta comedia de Cervantes, además del personaje, espejo de pícaros, interesan al folklorista, los ritos populares de la noche de San Juan.

Trampagos, el rufián viudo del entremés: “El rufián viudo llamado Trampagos”, es personaje de la escuela de Crito y Centurio, como Repulida y Pizpita, recuerdan a Elicia y a Areusa. ¿Cervantes, al crearlos tuvo presente en su memoria a los pícaros celestinescos de Fernando de Rojas? No olvidemos, sin embargo, que Cervantes elaboró estos personajes con modelos vivos, los del hampa sevillana.

En el entremés de Cervantes se repiten algunos recursos de Rinconete y Cortadillo, Chiquiznaque y la Repolida. El entremés “El rufián viudo” es posterior a la novela ejemplar: Rinconete fué escrita, según las mayores probabilidades antes de 1606. (En el Quijote de 1605 se cita su título). Los entremeses — según la más segura probabilidad, son de 1612. También se encuentran personajes de las jácaras de Quevedo, como Escarramán.

Tenemos fundadas razones para creer que Escarramán era un tipo popular. La coincidencia entre Quevedo y Cervantes parece probarlo. Las coplas — intercaladas por Cervantes, en “El rufián Viudo” son de cuño evidentemente popular:

“ya salió de las gurapas
el valiente Escarramán
para asombro de la gura
y para bien de su mal”.

En el entremés de Cervantes se repite algunos recursos de Rinconete: la falsa alarma cuando se cree que llega la justicia, y cierta ironía contra la venalidad de la misma.

En Rinconete y Cortadillo — y en el Rufián Viudo, se observa la gran variedad del cuadro picaresco: las primeras escenas de Rinconete trasuntan la perspectiva de la picardía ingenua de Rincón y Cortado: ingenuos por la autocreencia en su empirismo y en su capacidad para el mal y en la cueva de Monipodio, el ambiente de ladrones consumados. En "El rufián viudo" el hampa rufianesca es presentada en los siguientes cuadros: 1.º Presentación de Trampagos y de su criado Vademecun, y su lamentación por la muerte de su querida, la Pericona. 2.º Entra Chiquiznaque, Rufián. 3.º Presentación de nuevos personajes: la Repulida, la Pizpita, la Mostrenca y el rufián Juan Claros. 4.º Falsa alarma sobre la llegada de la justicia. 5.º Espectacular llegada de Escarramán que cuenta su historia y cautiverio. 6.º Epílogo. Música y cantos (como en las églogas de Encina).

Buitrago, el pícaro cervantino de "El Gallardo Español", es el soldado lleno de bravatas:

"que Buitrago apagó
con fuerte acero
del moro infame
la amorosa llama".

Hace burlas de quienes le niegan la blanca, de tal manera que Vozmediano, le dice:

"Esa es manera de hacer sacar la espada
y no el dinero".

Se presenta con la espada sin vaina, atada con un ovillo, tiros de sogas, finalmente muy mal parado, trae un tablilla con demanda de las ánimas del purgatorio y pide por ellas.

Es un soldado fanfarrón que recuerda a Estebanillo González, hombre de buen humor. El traje es entre pícaro y salvaje, pero él dice que ese sayal envuelve a todo un linajudo personaje. Como todo soldado aventurero y fanfarrón, no teme a nada, menos al hambre:

"Yo señor, bien puedo
hablar, pues, soy soldado.
Tal que al hambre sola
tengo miedo".

Como el verdadero pícaro, se ignora el hambre que pasa, pues, sabe disimular ocultando su pobreza.

El sacristán de "Los baños de Argel" es personaje más pintoresco que Buitrago. Dice llamarse, Tristán, porque al fin los pícaros nunca se sabe como se llaman. Su tierra no figura en el mapa. Es de Mollondo, un escondido lugar de Castilla la Vieja. Ante Baxi, finge ser músico, y se da a conocer en su oficio por el tañer, toco el din, el don y el dán. Es humorista y bufón. ¿No sabrás tirar un remo? No señor, porque temo reventar que soy quebrado. Así, graciosamente, rehuye todo trabajo, hurta a un judío con las mismas mañas de Rincón. Es la ruina de la judería. Así se queja un judío de sus latrocinios. Es tipo pintoresco, burlón, ladrón, desvergonzado:

"Echadle fuera a este loco.
No, señor,
Que cuanto dice es donaire
y es bufón el pecador".

El madrigal de "La Gran Sultana", como otros graciosos y pícaros de las comedias cervantinas, es cautivo español en tierras de la morería, y muestra su inquina contra herejes judíos, haciéndolos frecuentemente víctimas de sus diabluras.

Madrigal echa un pedazo de puerco en un guisado que llaman boronía, que preparan los judíos, estropeando la cazuela. Llueven las maldiciones de los judíos contra el cautivo:

"Ah, perro
El Dio te maldiga y te confunda
jamás la libertad amada alcances".

Pero Madrigal no se conforma con estropear el succulento plato del judío, lo hace agachar y le quiebra las sienes:

“¡Hay sin ventura!
¡Que entreambas sienes me ha quebrado!
¡ay triste!

Es Madrigal tan sagaz que hace hablar a un elefante ante el asombro de un Cadí, y le enseña el vizcaíno y es capaz de hacerle hablar todas las lenguas romances.

Después Madrigal se transforma en sastre, sin saber puntada, en músico sin conocer las notas, y al fin, después de muchas picardías, se libera de educar al elefante, y se embarca para España, libre de cautiverio y con mil hazañas que narrar.

En el Rufián Dichoso — cuya acción se desarrolla en Sevilla — se repite la misma escenografía del Rufián Viudo llamado Tram-pagos: alguaciles y corchetes sobornados, ambiente del hampa rufianesca.

Lugo — muestra su destreza de pícaro en una de las escenas de “El rufián dichoso”, engañando al esposo de la dama, que disfrazada, y en presencia del esposo y de Lugo, teme por su vida, si es descubierta.

El alguacil — frente al amo, el Licenciado Telles de Sandoval, lo presenta, como el más desenfadado pícaro rufián que vieron las Españas:

“Otras cien mil diabluras.
Esto de valentón le vuelve loco;
aquí riñe, allí hiere, allí se arroja,
Y es en el trato airado el rey y el coco;
con una daga que le sirve de hoja.
Y un broquel que pendiente tray al lado,
sale con lo que quiere o se le antoja;
Es de toda la hampa respetado.
Averigua pependencias y las hace.
Estafa y es señor de los guisados.
Entre rufos él hace y él deshace,
El Corral de los Olmos le da parias
Y en el dar cantaletas se complace”.

Lugo, es rufián que desata pasiones de amor: la dama embozada y Antonia, mujer del trato, se mueren por él. Esta última teje su elogio de buen varón:

“Que el mancebo es de manera,
que puede llevar do quiera
Entre mil bonatos palma.
Verdad es que él es travieso,
matante, acuchillador;
Pero en cosas del amor
por un leño le confieso”.

Se trata de justificar ante sí mismo y ante los demás, con devociones retaceadas, mostrando con picaresco desdén que tiene por futilidades las barrabasadas que hace:

“Que todas son liviandades
de mozo las que me culpan,
Y a mi mismo me disculpan,
Pues no llega a maldades.
Estas son, cortar la cara
a un valenton arrogante;
una matraca pirante
aguda, graciosa y rara;
calcorrear diez pasteles
o cajas de diacitrón;
sustanciar una quistión
entre dos jaques noveles.

Procurar que ningún rufo
se entone do yo estuviere”.

Cristóbal de Lugo se transforma más tarde en Fray Cristóbal de la Cruz. Su antiguo compañero de hampa se hace monje también, pero sus recuerdos lo transportan a sus buenos tiempos de rufián, los que añora. No así el padre Cruz que se ha transformado

en un santo varón, abominando de todo su pasado de ignominia. La escena se transporta de Sevilla a México. El padre Cruz, en trance de muerte, socorre a doña Ana Treviño, gran pecadora. La convence que salve su alma cargando a su cuenta todos sus pecados, y por fiador pone a la virgen y a su hijo. Accede la dama y el padre Cruz carga con sus pecados. Muere leproso y en olor de santidad. Así termina esta comedia de santos, donde un rufián se convierte en santo por milagro de la fe. La grandiosidad del tema es digna de "El Condenado por desconfiado" y de "La devoción de la cruz". Cervantes capta con más ingenio y verdad la picaresca vida de los rufianes que las devociones de la cruz; por ello su comedia es un cuadro realista aún en los momentos más devotos.

CAPITULO DECIMO

EL PICARO Y DON JUAN

Llamamos a Don Juan, en el capítulo "El pícaro y el amor", un pícaro voluptuoso y apasionado. Y es en verdad, lo picaresco de don Juan, no sólo uno de sus aspectos inéditos, sino uno de sus más fundamentales.

¿Don Juan, un pícaro?

Lo hemos admirado como héroe, o mejor dicho, lo han admirado millones de mujeres en el mundo como el arquetipo caro a ellas por su audacia, por su pasión incontenida, por la fulminante rapidez con que resuelve las situaciones más difíciles. No se ha visto en don Juan al anti-héroe, al pícaro disimulado, al vago ambulatorio. La admiración deslumbra en exceso para permitirnos la percepción del fondo, admiramos la fotografía retocada, no observamos el negativo.

¿Quiénes han conocido mejor a don Juan? ¿Sus víctimas — los duques Octavios, los don Gonzalo — las mujeres o sus criados?

Creo que el secreto de don Juan sólo lo conocieron sus lacayos: Catalinón, Sganarel, Hussein, Leporello, Ciutti. Ellos pudieron trazar el mejor retrato de don Juan. ¡Don Juan a través de sus criados! He aquí un cuadro picaresco, despojado del perfume legendario de don Juan, como si el héroe se quitara la gola, el espaldar y el coselete, y quedara en ropas menores.

Oh, sublime don Quijote, también tú mostraste tu lado ridículo, cuando Cervantes te representó en el capítulo XXXV de tu novela, desenvainando la mohosa espada, y en ropas menores, dando de cuchilladas a unos tristes cueros de vino tinto, de los que a borbotones saliera el negro líquido que a ti te pareció sangre. Veamos, como ejemplo, el retrato de don Juan trazado por el pintor Sganarel, su criado infiel y arrepentido. En él vislumbramos a don Juan como un pícaro, nunca como un héroe legendario:

"Un casamiento no le cuesta nada; no utiliza otras trampas

para atrapar a la hermosa que esa, y es un hombre que se casa a plenas manos. Señora, señorita, burguesa, campesina, nada hay ni demasiado caliente, ni demasiado frío para él, y si te dijera el nombre de todas las que se casaron con él en diversos lugares, sería un capítulo que duraría hasta la noche.

Te sorprendes y mudas de color por lo que oyes, no es este más que un esbozo del personaje. Y para terminar el retrato buena parte le harían más pinceladas. Baste con que hace falta que la cólera del cielo lo abruma algún día; que me valdría mucho más pertenecer al diablo que a él. Y que me hace ver tantos horrores que desearía estuviese no se donde. Pero un señor malvado es cosa terrible: tengo que serle fiel a pesar de todo, mi temor hace lugar al celo, pone riendas a mis sentimientos. Y me reduce a menudo a aplaudir lo que mi alma odia”.

Sganarel no es un pícaro como don Juan, sino un moralista arrepentido de servir a su amo... ¡Si pudiera sentir remordimientos!... Aquí agudamente define a don Juan. Lo trágico del personaje, o del hombre de conciencia, es no poder sentir remordimientos.

Por eso Baudelaire, lo representa en los infiernos:

“mais le calme héros, courbé sur sa rapiere
regardait le sillage et ne daignait rien voir”

En esta expresión “El calmó héroe” no acierta Baudelaire con el pathos de don Juan. Don Juan no es serenidad: es pasión, instinto.

“Nada puede contener la impetuosidad de mis apetitos”, dice el Don Juan de Molière.

No obstante, Sganarel demuestra ser un pícaro cuando abandona a Don Juan:

Don Juan:

¿Como pícaro huyes cuando me atacan?

O en la escena IV, del acto II, al cambiar de táctica en presencia de don Juan:

Sganarel:

Mi amo es un astuto, sin otro propósito que abusar de vosotras y ya se ha abusado de muchas; es el desposador del género humano y... (ve a don Juan). Esto es falso y cualquiera que diga semejante cosa ha mentido. Mi amo no es el desposador del género humano...

Cuando Sganarel dice que don Juan es el desposador del género humano, nos demuestra que Molière ha tocado un punto esencial en la psicología de don Juan y es el de ser el marido universal de las mujeres ajenas —el macho en sentido superlativo— lo que no es obvio para que don Juan tenga también sus perfiles feminoides.

No podemos imaginarnos que el instinto, la pasión brutal de don Juan de poseer a todas las mujeres sea femenino; pero su espíritu tortuoso, lo verdaderamente picaresco de don Juan, sus intrigas y sus coartadas, las concebimos como feminoides.

La sensualidad de don Juan es, por consiguiente, masculina: su espíritu enuocido, es femenino.

Ciutti, criado romántico, como romántico es su amo (el don Juan de Zorrilla), (no olvidemos que los don juanes románticos, el de Zorrilla y el de Byron), son los únicos que vacilan y se enamoran, contempla a don Juan a través de una idealizada visión:

Ciutti:

“No he visto hombre
de corazón más audaz;
no halla riesgo que lo espante
ni encuentra dificultad
que al empeñarse en vencer
le haga un punto vacilar.
A todo osado, se arroja;
de todo se ve capaz;
ni mira donde se mete
ni lo pregunta jamás
“Allá hay un lance, le dicen
¡y él dice: “Allá va don Juan”!

Ciutti no se muestra moralista como Sganarel; su lenguaje revela la admiración por el valor y la audacia de su amo.

Don Juan, sin embargo, no es siempre valiente, a menudo como el pícaro, muestra su cobardía.

En el Don Juan de Goldoni, el protagonista tiene actitudes indignas del valor de un héroe. Así en la escena II-III-IV, del acto IV, don Juan viola la hospitalidad y amenaza con la espada a doña Ana para poseerla y luego mata al comendador.

El aspecto más interesante de don Juan como pícaro es el de burlador. Captando este aspecto como fundamental, Tirso de Molina llamó a su Don Juan "El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra". Toma al burlador como tema principal y le agrega la leyenda de la estatua o el convite. En cambio Puskin, tituló a su Don Juan "El Convidado de Piedra", porque en realidad lo esencial en su drama es el convite y no el burlador.

Don Juan practica todos los métodos del pícaro para engañar a las mujeres. En esto es un personaje inferior aún a sus criados.

Leyendo los distintos don juanes, vale decir siguiendo la temática universal de don Juan, nos hemos preguntado muchas veces: ¿Es un verdadero seductor?

Usar procedimientos como los que emplea Don Juan en la obra de Tirso, cuando engaña a la duquesa Isabela haciéndose pasar por el duque Octavio, es emplear en la seducción ardid de pícaro, no agudeza de varón.

Al terminar la función la grandeza de don Juan se desploma. Si como dijo alguien: no hay grande hombre para su ayuda de cámara, no hay héroe donjuanesco para sus lacayos. Sin embargo, hay algo de sublimidad en don Juan que lo eleva sobre sus aspectos infrahumanos: don Juan ha sido concebido como una creación artística más que como tipo humano, la poesía lo ha revestido de prestigio legendario: existen mucho don juanes en la realidad, pero sólo uno, tiene vida inmortal, el de Moliere o el de Tirso. La creación artística es superior al ente real: Cervantes es inferior a su héroe, y don Quijote supera a cualquier persona que se le parezca en sus rasgos físicos o morales.

Para analizar a don Juan, por razones de método, lo vamos a descomponer en sus tres encarnaciones: en el folklore, en el drama y en la realidad.

El folklore es el génesis de don Juan. Del folklore nació el personaje, materia prima ideal; ya que antes de pasar al drama anduvo errante en la leyenda que algunos suponen gallega o andaluza, aunque no falta quien sostenga que don Juan era italiano. ¿Italiano don Juan? Ni italiano, ni español, cosmopolita en todo caso, sin patria, sin raza y sin religión.

Don Juan abomina de la religión, es incrédulo y blasfemo. Ningún episodio cuadra mejor a su blasfemia, que aquel del Don Juan de Moliere, cuando don Juan quiere obligar a blasfemar al mendigo por un Luis de oro, y luego se lo brinda por amor a la humanidad... e incrédulo, cuando ante la amenaza de los castigos divinos, exclama con Tirso, tan largo me lo fiais!

Si se empeñan tanto los españoles que sea español, como también lo afirma Byron, admitámoslo: pero con sangre semita.

Don Juan en el drama de héroe local, pasa a ser personaje universal, héroe embellecido por la poesía. Desde el don Juan de Tirso, el más fiel al tipo humano que nos hemos forjado a través del arte, hasta las modernas creaciones de Bernard Shaw y Lenormand, don Juan ha pasado por una escala interminable con matices variadísimos.

Algunos de estos creadores no han visto en don Juan más que al disoluto. Goldoni titula a su drama: "Don Juan Tenorio o el disoluto", y en verdad es el suyo un don Juan libertino, un don Juan italiano en muchos aspectos.

Ese mismo defecto se ha querido ver en el don Juan de Moliere. Se ha dicho de él, que difiere del don Juan tradicional, del don Juan de la leyenda o del don Juan de Tirso: pero en verdad, el Don Juan de Moliere es genial como todo lo creado por Moliere. Y es una de sus obras más serias. Moliere descarta los aspectos del burlador para ver en don Juan no a un simple libertino, sino a un blasfemo empedernido, algo así como un genio demoníaco. Sganarel, encarna en cierto momento, las ideas religiosas de la época que se sublevan contra el espíritu de negación, ese espíritu de negación que en cierto momento recuerda a Mefistófeles. Goethe decía de Mefistófeles: que es la fuerza que, queriendo hacer el mal, hace el bien. Y en Don Juan encontramos la misma antinomia. Don Juan es la negación del sentimiento religioso, porque es la afirmación del instinto sexual.

Y en Don Juan ambas cosas se repelen: religión y sexo. De

ahí, los dos polos de don Juan. Don Juan blasfemo es una consecuencia natural de don Juan gozando los placeres de la carne sin espiritualizarlos, como en el personaje de Tirso, sin sublimar el acto sexual como hacen los donjuanes románticos.

Don Juan en la realidad cotidiana puede pasar por buena persona: no así en el drama. Recuérdese el "Don Juan buena persona" de los hermanos Quintero. En todo caso es una de las tantas formas de su mimetismo. A veces se encuentra reprimido en la personalidad moral. Ese don Juan escondido puede volver a la superficie, para convertirse en una vejez decadente en motivo perenne de burla.

El *viejo verde* es el tipo más popular de un don Juan que vuelve a la superficie, después de pasar por un estado intermedio de sosiego, de calma voluptuosa, en el que el recuerdo satisface, en el que se vive de la añoranza de la juventud pasada: pero el instinto exige a menudo que se pague al contado: y vuelve el don Juan de los cosméticos a sus antiguas andanzas.

El arte de seducción de don Juan, su *ars amandi*, ya olvidado, se transforma en erotismo venal. A veces, estos don juanes superan en la vejez sus cualidades juveniles, raras excepciones, que han sido motivo de creaciones artísticas acertadas, como el Marqués de Bradomín, el personaje de Valle Inclán, aquel don Juan que era feo, católico y sentimental, somáticamente un viejo rejuvenecido por una pasión otoñal.

En el don Juan real predomina como en el don Juan ficticio el engaño del pícaro, porque su seducción es más que encantamiento, engaño, engatusamiento. Don Juan halaga fácilmente, porque emplea un lenguaje melifluo para engañar a la mujer, sus palabras son aquellas que su amante natural no supo decirle al oído, y así despierta la instintiva vanidad de las damas; dama o pescadora, Isabela o Tisbea, tanto le da a don Juan. En el conocimiento profundo del alma femenina, don Juan es un maestro. En el don Juan de Moliere se encuentra admirablemente expresado ese engaño intencionado de don Juan con Maturina y Carlota, y la forma habilísima como don Juan engatusa a las dos ingenuas mujeres.

Hay en don Juan aficiones de cazador. Tiro hecho pieza cobrada. Don Juan mide el amor por el número de víctimas, como un general sanguinario que se regocija por las hecatombes que provoca. Manera de sentir el amor superficial y frívolo. Con ra-

zón, dijera Unamuno que don Juan es un trasto, un pobre diablo, con la cabeza vacía, ni siquiera fuertemente sexualizado como el carnero. Como forma o símbolo del instinto de la conservación de la especie, don Juan representa la esterilidad. Es estéril, no es un garañón. Su instinto, no tiende a un fin, la perpetuidad de la especie, sino a un medio, satisfacer sus placeres carnales. No hay en él holocausto. Unamuno, en "La agonía del cristianismo" postula el ejemplo del padre Jacinto, renunciando al sacerdocio para perpetuarse en la carne para asegurar la resurrección.

Caso opuesto al de don Juan, que no quiere perpetuarse y odia la paternidad, y que no renuncia a la vida mundana para acercarse a Dios. Don Juan penitente o don Juan converso no es concebible, lo que no implica, negar su catolicismo, reconocido en el drama de Tirso. Desafía el infierno creyendo en él. Pero se es asceta o se es don Juan. El claustro no existe para don Juan sino para violarlo o profanarlo (acto II del don Juan de Zorrilla).

Don Juan arrepentido es tema interesante para una ficción, pero inaceptable en la realidad. Es más lógico imaginar a don Juan en los infiernos como lo hace Baudelaire, que la salvación de Enrico en el "Condenado por Desconfiado" de Tirso, o la del rufián dichoso, en la comedia de santos de Cervantes.

En la vida de don Juan no hay lucha, agonismo, como dijera Unamuno, todo en ella es triunfo fácil. Con él lleva a la muerte y a la desventura, las dos amigas fieles de don Juan: su ruta está sembrada de cadáveres y de infelices.

El pícaro es en don Juan profundidad, el caballero superficie, exterioridad, simulación. Don Juan, como el pícaro, tiene que pasar muchas veces por caballero para medrar. Simula lo que no posee hidalguía, y vence más fácilmente porque da con incrédulos que dan fe a sus palabras. Don Juan engañaría a don Quijote, como el pícaro engaña siempre al hombre de honor.

En Don Juan cuando todo es acción y no palabras melifluas, asoma el pícaro que estaba escondido, el criminal frío y calculador, que podría sentarse en el banquillo de los acusados. Jiménez de Asúa en una conferencia sobre "Don Juan ante el Derecho Penal y la Sociología" se preguntaba: ¿Podemos sentar a don Juan ante un tribunal de jueces y enjuiciar su conducta en referencia a los artículos de un código? Yo prefiero reunirlos junto

a su afines Lázaro y Buscón, en las andanzas de la picardía, sin dejar de reconocer sus rasgos singulares.

Don Juan no duda como Hamlet, tampoco piensa, obra, se hunde en la acción como en su propio instinto para llegar a la integral perfección del goce físico. Ver en don Juan un idealista que perfecciona el amor en cada mujer que ama, es reproducir el romanticismo de don Juan: preferimos concebirlo como la expresión más intensa del instinto, como la negación del misticismo y del ideal.

CAPITULO DECIMO PRIMERO

PIRATAS, BUCANEROS Y OTROS AVENTUREROS EN AMERICA

El pícaro llegó a las Américas en una zumaca, de contrabando, a veces disimulando su condición bajo la apariencia del caballero, más a menudo como simple piquero, coselete o mosquetero, en la clase de las gentes de mar o casa real. Oculta su ralea por temor a la represalia, no tanto el pícaro, como el hampón o mozo de germanía; pero en América encuentra congéneres que lo sobrepujan en intenciones dolosa: los pirata y bucaneros de toda laya. (1).

Tres tipos de distinta condición social, pero de oficios afines se le parecen: piratas, bucaneros y aventureros fantasiosos, capaces de crear estos últimos en incontenida fantasía, imperios irreales y monstruosas criaturas.

Los exploradores fantasiosos, que buscaron en América afanosamente un Eldorado fantástico, la isla de las amazonas o el país de la canela, en la escala de los valores morales, son los que más se acercan a la imaginación del pícaro.

Los piratas infectaron todo el mar Caribe, y eligieron, la isla Tortuga, por su estratégica posición, como punto de partida de sus depredaciones. Algunos de ellos hicieron famosas sus hazañas en puertos más lejanos o en ciudades no alejadas de la costa, como Arica, La Serena, Coquimbo, y hasta el Río de la Plata. Sea porque las islas del Caribe ofrecieran un refugio más seguro, lo cierto es que los piratas no se aventuraban en tierras lejanas, llenas de mayores peligros y propicias a un descalabro.

Uno de los más famosos piratas, el francés L'Ollonois, dirigió sus expediciones rateras contra Maracaibo, San Jaime de León, Puerto Cabello y el golfo de Honduras.

(1) A los pícaros que venían escondidos en las bodegas de los barcos de vela se les llamaban "los eloridos".

Cartagena de Indias, fué una de las ciudades españolas en América más castigada por las expediciones de los piratas, no obstante ser aquella plaza, plaza de armas bien guarnecida. Desde 1543 a 1627 soportó ocho asaltos de corsarios y piratas, entre ellos uno de Drake, costando al tesoro español tales incursiones la apreciable suma de 100.807.000 de pesos oro.

La imaginación romántica iluminó al tipo del pirata de resplandores legendarios. Se hizo de él un arquetipo de "Out law", se le animó de una sensibilidad amorosa que no poseía, de un desinterés inconciliables con la avaricia, de un respeto a la mujer incompatible con su sensualismo: "Que no se ultraje a una mujer bajo pena de muerte, dice Conrado, el pirata byroniano. Recordad que somos esposos, y que la venganza espera al culpable. Nuestro enemigo es el hombre: es al hombre a quien debemos castigar: respetemos a la mujer más debil..." Los poetas románticos olvidaban que quien amaba la libertad al extremo de no reconocer leyes ni pragmáticas, esclavizaba al prisionero o lo condenaba irremediamente a la muerte.

Byron, y Espronceda, su imitador español, son los principales culpables de esta idealización peligrosa del pirata.

Cierto es que Conrado no es un verdadero pirata, es un Byron con trabuco y espadín.

Para Espronceda el corsario es tan feliz como el mendigo, y no menos libre que el cosaco:

"Que es un barco mi tesoro
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento
mi única patria: la mar".

No menos idealista es el retrato — no ya ficción, que siglos antes — en 1526, trazara el cronista Joan de Castellanos, del más famoso de los corsarios ingleses: Sir Francis Drake:

"Hombre bajo de gracioso gesto
menos de estatura que mediano;
más en sus proporciones bien compuesto
y en plática, medio cortesano,
respuestas vivas, un ingenio presto
en todas cuantas cosas pone mano,
en negocios mayormente de guerra
muy pocas o ningunas veces yerra".

Hasta aquí la poesía; veamos ahora la realidad...

Los piratas, corsarios y bucaneros fueron los más encarnizados enemigos de los españoles. Si en aquella época las naciones hubieran creado de común acuerdo una policía internacional (semejante a la utilizada por Inglaterra en el siglo XIX para perseguir a los barcos negreros) desapareciera a no dudarlo la piratería en poco tiempo de los mares del sur.

Intereses de otras naciones enemigas de España, Inglaterra, Francia y Holanda, llevaron a reconocer la piratería como actividad legítima.

Los reyes ingleses, especialmente la reina Isabel, otorgaron a los piratas como Drake o Morgan, calidad de héroes y honores inmerecidos, y se asociaron a sus empresas percibiendo la sexta parte del botín. El negocio, como el de la venta de esclavos, era pingüe y ofrecía perspectivas grandiosas a costa del tesoro español: para los holandeses "el español era su indio", y lo mismo para el inglés, el genovés o el francés, que todos sangraban el fardel español.

La única defensa de los españoles contra las excursiones de los piratas consistía en enviar sus cargamentos de oro y plata escoltados por navíos de guerra, verdaderos convoyes, como los que se usaron con excelente eficacia en la segunda guerra mundial, o bien expediciones defensivas que no siempre resultaron victoriosas.

La incuria de la corona española en materia de defensa de sus costas, era grande. Cuando los piratas de Olonés se apoderaron de Maracaibo, no encontraron allí una fuerza mayor de cuatrocientos hombres armados.

Sólo Cartagena de Indias, la más codiciada plaza del imperio español; puerto de salida de todas las riquezas del Perú y de Chile, emporio de las esmeraldas de Nueva Granada y de las perlas de la isla Margarita, del cacao de Venezuela y del añil de Nicaragua, se encontraba bien guarnecida.

Felipe II quiso convertir a Cartagena en ciudad inexpugnable, rodeando a la ciudad de potentes muros de piedra y de temibles murallas, en cuya construcción se empleó un siglo, millares de brazos y cuantiosas sumas: pero todo fué en vano. Ni los quinientos millones de pesos que se gastaron, ni la leyenda de un rey español "queriendo atalayar desde la villa y corte de Madrid, la costosísima fábrica de piedra levantada en torno a su muy noble

y leal ciudad de ultramar" (1), salvaron a Cartagena de la codicia de los piratas. A diez años de fundada en 1543 — Roberto Baal, aprovechándose de la oportuna boda de una hermana del capitán Mosquera, asaltó a la ciudad conquistando un botín de doscientos mil pesos oro.

Los piratas demostraron en sus frecuentes correrías por tierras de América, los sentimientos más inhumanos, castigando bárbaramente a sus prisioneros. Para inquirir el paradero de los tesoros ocultados lejos de las ciudades asaltadas, se valían de las torturas, del hierro candente, o bien, a los que no delataban a sus compañeros, los condenaban a una muerte lenta despedazando sus cuerpos. Inigualado en barbarie fué Francis L'Ollonois, natural de la provincia francesa llamada Les Sables D'Ollones, o sea las Arenas de Ollones, que en su juventud había sido esclavo, ascendiendo a capitán más tarde por la estimación que le cobrara Monsieur de la Place, gobernador de la isla Tortuga, quien, sin duda, se engañó por las apariencias e ignoró la verdadera naturaleza de aquel hombre cruento. L'Ollonois se apoderó de Maracaibo, asaltó varias ciudades de América Central, y murió cumpliendo la sentencia de aquel refrán que dice: el que a hierro mata a hierro muere.

A los indios del Darién les tocó ejecutar la sentencia a muerte que el destino le había reservado al mayor asesino de hombres. Los indios hicieron pedazos al cuerpo vivo aún de L'Ollonois, cuenta John Esquemeling — y arrojaron sus miembros a una hoguera que habían encendido para el efecto. Así no quedó ni el más leve despojo de aquel hombre sin entrañas, de aquella criatura terrible y maléfica.

Hubo piratas con rasgos de caballeros, como Morgan o Drake; pero los más no fueron mejores que L'Ollonois, no faltando quien lo superara en crueldad y codicia.

Esos rasgos caballerescos no eran a menudo nada más que simulación, para dejar al descubierto la codicia o la sensualidad, como el caso que cuenta Esquemeling de una bella dama cortejada por Morgan en Panamá: "Las atenciones de Morgan con la dama no se limitaron al alojamiento excelente que le hizo dar, sino que la hacía servir de los alimentos de su propia mesa.

Como la dama había escuchado siempre mil historias crueles referentes a los piratas, a quienes se imaginaba empedernidos malhechores que vivían maldiciendo el santo nombre de Dios, quedó atónita ante las atenciones de Morgan, quien con pretensión de conquistar su corazón, hacía lo imposible por mostrarse gentil a sus ojos. Su desearo llegaba hasta invocar el nombre de Jesucristo ante la dama y es muy seguro que jamás aquel hombre creyó en la santidad del Mesías. La dama cada vez más engañada parecía arrepentida de haber tenido en tan mal concepto a los piratas; ya no veía a Morgan como el monstruo sanguinario que le habían pintado y llegó a la conclusión que también aquellos ladrones eran seres humanos como ellos, los españoles.

Pero la dulzura del capitán no duró más que tres o cuatro días porque al surgir las primeras dificultades en la realización de sus propósitos, tornóse de amable en cruel... Cuando Morgan vió agotados todos los pedidos convincentes, montó en terrible cólera y comenzó a amenazarla con castigos crueles y tormentos inenarrables. Mas la dama no cejó: aquel mismo día hízole llegar un billete en que decía al pirata: "Señor: Mi vida está en vuestras manos; pero habés de separar mi alma de mi cuerpo antes de conseguir lo que de mi pretendéis, pues ninguna violencia ni ningún tormento me harán llegar voluntariamente a vuestros brazos".

Tan pronto como Morgan recibió aquel mensaje, dió orden de que se le quitaran sus ricos vestidos y que se la encerrara en el más oscuro y malsano de los calabozos que hubiera en la ciudad y que se le diera por todo alimento un pan y el agua suficiente a fin de que no pereciera de hambre y de sed. Ya en su oscura prisión la dama no cesaba de pedir al cielo paciencia y fuerza para resistir su cautiverio. Convencido Morgan de que aquella mujer era inquebrantable y enterado de que algunos de sus capitanes le criticaban, compadecidos de la bella señora, propaló la noticia de que la prisión de la dama obedecía a que se había comprobado que trató de enviar un mensaje a los españoles dándoles noticias sobre los piratas y pidiéndoles que atacasen la ciudad.

Y agrega Esquemeling: "Como testigo ocular que fuí de aquellas escenas puedo certificar que jamás presencié en la azarosa vida de aquellos piratas, un caso más excepcional de virtud en ninguna de las mujeres que caían en manos de aquellos foragidos".

(1) Piratas, Corsarios y Bucaneros. Alberto Miramón. Revista de las Indias, pág. 370.

La anécdota demuestra que Morgan estaba muy lejos de ser o parecerse al dulce y compasivo Conrado que nos describe Byron; sin embargo, algún rasgo caballeresco se ha consignado en los anales de la piratería. Cuando el corsario Pointis en 1627 atacó a Cartagena de Indias con una poderosa escuadra de veinte barcos y diez mil hombres, se encontró en el castillo de Bocachica con un defensor encarnizado de los fueros españoles: el valiente militar Sancho Jimeno. Acosado por Pointis, tuvo que rendirse ante la superioridad numérica de sus enemigos; sus palabras revelan el indomable carácter español: "¡Señor, ni me rindo ni pido cuartel! No entrego yo la plaza sino los infames que no han tenido valor de morir en su defensa".

Asombrado el pirata francés ante el valor del jefe español, se desoiñó la espada ofreciéndosela al héroe, rogándole la aceptara como obsequio de él y sus hombres en admiración a su extraordinario valor.

El hecho está consignado en el informe que a la Real Audiencia presentara el heroico defensor de Bocachica.

Los piratas, como los ladrones de la escuela de Monipodio, tenían sus reglamentos a los que se ajustaban estrictamente, haciendo cuestiones de pundonor el cumplirlos, aunque en la práctica no faltara un jefe que se alzara con todo el botín...

Una especie de contrato colectivo establecía las condiciones a que debía someterse cada tripulante, y ellas se cumplían en la práctica, ya que tanto los jefes como los subordinados, demostraron raro celo en el cumplimiento de las estipulaciones.

No reñían para repartirse el botín: lo hacían equitativamente, cumpliendo aquel precepto latino: *suum cuique tribuere*.

Celebraban sus asambleas, sus consejos de guerra, en las que decidían el rumbo a tomar, consignando por escrito las reglas que se debían cumplir. En las estipulaciones se establecían los salarios del capitán y del médico; las indemnizaciones que deben pagarse por los daños y perjuicios con tanta prolijidad como lo puede hacer un banco de seguros o un juez: por la pérdida de un brazo 600 piezas o seis esclavos; si el brazo era el izquierdo sólo se reconocían 500 piezas o cinco esclavos y por la izquierda 400 piezas o cuatro esclavos, y un ojo o un dedo tenían un valor de 100 piezas o un esclavo. Las indemnizaciones se cobraban del fondo co-

mún. Y si no había botín no había paga: un texto lo establecía: "No presa, no paga".

El pirata rara vez se encuentra animado de la psicología del pícaro, antes que usar el engaño o la astucia, prefiere mostrar al desnudo su instinto bárbaro y sanguinario. Sin embargo, existen en los anales de la piratería algún caso que demuestra lo contrario.

Cuando don Alonso de Campo y Espinosa tenía bloqueado a Morgan y sus piratas en el lago de Maracaibo, había enviado a éste un ultimatum concebido en términos perentorios.

El pirata inglés convocó a sus capitanes en el mercado de Maracaibo y dice el cronista, que Morgan leyó en inglés y en francés el bando del jefe español y les preguntó a sus compinches si estarían dispuestos a devolver lo que tanto trabajo les había costado adquirir. Todos protestaban, pero ninguno proponía una fórmula para salir del atolladero. Cuando uno de ellos inesperadamente, dijo: "Dadme doce hombres y el buque que hemos quitado a los de Gibraltar y yo me comprometo a volver la suerte contra el español que nos tiene cercados".

Y aquel pirata de fértil imaginación, que poseía el ingenio de Lazarillo o de Buscón, transformó aquel buque en un formidable navío de guerra, haciendo montar maderos en forma de cañones y dándole por otros medios al mísero barquichuelo la apariencia de un gran navío, y aprovechando además un golpe de viento los piratas lanzaron contra el mayor de los navíos españoles el barco que tenían preparado lleno de materias inflamables y habiéndoles previamente prendido fuego, el barco incendiado se acostaló al navío de guerra que no pudo eludirlo, y como era una sola llama, prendió fuego en la obra muerta del navío español que en pocos momentos se incendió todo a pesar de los esfuerzos que hicieron los españoles para salvarlo, pereciendo muchos de los hombres de su dotación.

De esta ingeniosa manera vencieron los piratas al orgulloso jefe español, demostrando que en sus tácticas de guerra fueron tan taimados, como ricos en inventiva. En ellos, a pesar de ser en su mayor parte ingleses o franceses, aparecía alguna vez el ingenio industrioso del pícaro español.

No obstante, hay algo fundamental que diferencia al pícaro del pirata y es la inhumanidad. El pícaro por su mucho sufrir fué humano, y no llegó nunca a la inhumana crueldad del pirata.

Los piratas se reclutaban entre la hez de la sociedad, y sólo la imaginación romántica pudo vestir al pirata con el hábito del caballero. Si el estoicismo fué una cualidad del pícaro, no lo fué menos del pirata; basta saber las penurias y trabajos que pasaron para obtener sus pingües beneficios, con mejor resultado que el pícaro que a menudo daba con sus huesos en la cárcel. Se dirá que para el pirata no existía otra penalidad que la horca; pero para el pirata dispuesto a jugarse por entero y sin disimulo (sin la simulación del pícaro) la vida tenía escaso valor (la propia y la ajena), y menos el dinero: las cuantiosas sumas que robaron a los avaros y burgueses de su época, las dilapidaron en locas orgías.

Junto al corsario y al pirata, aparece en América, teniendo como centro de acción, a la Española, el bucanero, a quien se le confunde a menudo con el pirata, y al que se le aplica un nombre derivado de una palabra inglesa: filibustero.

En las empresas de los piratas contra los puertos españoles de Tierra Firme y Panamá, encontramos a los bucaneros participando de tales empresas.

El bucanero no se aventuraba en el mar sino en contadas excepciones: prefería vivir comerciando con ellos, suministrándoles uno de los elementos esenciales de su avituallamiento: la carne salada. Cazaban toros y bestias salvajes y curaban su carne por un procedimiento llamado "Boucan", palabra caribe, que dió origen al nombre de bucanero, y que significaba carne ahumada.

El nombre por extensión se aplicó a piratas y corsarios, pero el decir de Haring — el más autorizado de sus historiadores, debe circunscribirse "a los cazadores de ganados del oeste y noroeste de La Española que curaban la carne de los animales cerriles por un método aprendido a los indios caribes. Cortaban la carne en largas tiras, la colocaban en una parrilla o zarzo hecho de varas verdes donde se secaba a un fuego lento de leña, alimentado con huesos y relieve de cuero".

El pirata sin dejarse arrastrar por quiméricos Eldorados no fué nunca a la búsqueda de tierras de indios que revestían sus cuerpos de polvo de oro, espejo de abundancia y alucinante imagen del codiciado metal: fué a lo positivo, a lo inmediato, allí donde estaba depositado el oro en arcas, no donde hubiera que buscarlo

dejando el cuerpo entre las zarzas o entre las flechas untadas de curare o las mordeduras de las serpientes.

Fué el pirata un aprovechado, un vivo; con más de Sancho que de Don Quijote. No se dejó deslumbrar por el espejismo aventurero del explorador fantasioso, fué aventurero a lo seguro, que antes de atacar inquiría las fuerzas del adversario; y no lo hacía sino allí donde podían luchar cinco piratas contra un español. Se valía de la astucia, del engaño, y se agazapaba en la sombra como cobarde para atacar mejor. Asesino y ladrón a la vez, el pirata no tuvo nunca ambición de mando y de gloria: le interesaban las piezas de a ocho, los toneles de vino o las bolsas de harina que podía hurtar para la provisión de sus barcos. Terminada su exitosa hazaña huía a su refugio para emprender una nueva, de corto alcance, porque el pirata no tuvo nunca un plan general. Plan general de piratería se puede llamar a los proyectos de los ingleses de apoderarse de las colonias españolas en América, a los que no fueron extraños los Morgan, los Drake y los Raleigh. Sabido es que los jefes de los piratas reunían a sus compinches de aventuras para planear una campaña de piratería; pero ésta nunca iba más allá de apoderarse de Maracaibo, Portobello o Cartagena de Indias.

Tiranos hubo entre los conquistadores españoles, como Ordaz y Lope de Aguirre; pero ninguno llegó a la ferocidad y a las torturas crueles de un L'Ollonois para los infelices cautivos a quienes condenaba a una muerte lenta.

Quijotes buscando el reino ideal de la aventura lo fueron Ordaz, Orellana, Federman, González de Quesada, que encontraron en la ruta de El Dorado o del país de la canela más arrieros, yangüeses, cabreros, cuadrilleros que Don Quijote en los caminos de España, convertidos para ellos en indígenas hostiles, en purulentas enfermedades tropicales, en hambres, o picaduras de serpiente o de rayas, y a todos vencieron sin obtener más recompensa que la esperanza siempre prometida del país del oro, tal como Raleigh, que después de perder sus barcos, y la mitad de su tripulación, llegó a Trinidad con sólo algunas piedras, de las que llamaban los españoles "madres del oro".

Walter Raleigh fué quizá el más fantasioso de los aventureros que exploraron las fuentes del Orinoco. Cuarto hijo de Sir Walter Raleigh, señor de Fardel, se hizo famoso en su época por ser el

precursor del colonianismo inglés; por introducir en Inglaterra, según parece, la patata y el tabaco, por sus amores con la reina, por sus hazañas en las costas de los Estados Unidos. Fundador de "Virginia", colonizador de aquellas tierras — una ciudad lleva hoy su nombre — fué propagandista acérrimo de El Dorado. Su muerte bajo el hacha del verdugo, digna fué de ser cantada por un poeta de las veleidades humanas: el Alvaro de Luna de un poeta inglés, como ejemplaridad: la musa melancólica de Manrique como coexistente realidad poética.

Raleigh fué acusado por el representante del rey de España ante el rey Jacobo de haber "Robado, saqueado, quemado, matado y traydo con que hazerse rico y a sus amigos y validos, el que por respeto a la real licencia no le llama pirata".

Raleigh, Raleigh o Ramley, que así y de otras maneras era grafiado el apellido por los ingleses, como españolizado fué Guaterale, Regali o Reali, no era un pirata, sino un caballero aventurero y fantasioso, galante y audaz, a quien la historia no puede acusarle de otros delitos que el de querer ensanchar el imperio de su reina; de ir, como tantos otros tras la quimera del oro, y el haber abierto la ruta del Orinoco a los ingleses, holandeses y pichilingues: "que impunemente se entraban río arriba como en hormiguero, a rescatar tabaco y madera finas, micos, y papagayos, que traían como curiosidades y pagaban a los caribes en machetes, anzuelos y chucherías".

Su imaginación de aventurero fantasioso no lo salvó del hacha del verdugo; pero dejó en sus páginas de "The Discoverie of the large, rich and beautiful Empire of Guiana" un semillero de ilusiones. La Guayana era almacén de los metales ricos, y una sola mina daría oro para cubrir toda Inglaterra e inventó otras leyendas doradas que no convencieron a los accionistas que financiaron sus viajes que vieron evaporarse su dinero sin la recompensa de las talegas de oro de los galeones de Drake y Hawkins; a los maldicientes que esperaban el mínimo pretexto para abatir al jactancioso desventurado; a las esposas de los tripulantes que los veían retornar más pobres que nunca, cuando no rotos y desamparados; a los cortesanos deseosos de quebrar la influencia del aventurero que había abandonado los halagos de la corte y el favor de la reina para salir tras la quimera mientras la murmuración trabajaba como araña en el silencio.

Y el temor y la locura mística lo llevaron a crear seres paradójales y fabulosos de los que en los libros españoles ya habían salido al mundo de los sueños. Las Amazonas que vivían en una isla del Orinoco; serpentones de extraordinaria dimensión, y los ewaiponanas, u hombres sin cabeza, con los ojos en los hombros y la boca en medio del pecho.

El Dorado no sólo había atraído a Raleigh, fantasiosos exploradores españoles creyeron llegar mucho antes a sus contornos, o como en un espejismo lejano contemplaron el esplendor de sus ciudades: "veían bien cerca un pueblo de disforme grandeza, tanto, que aunque estaban bien cerca, no lo veían cabo todo junto y puesto por su orden; en medio del cual estaba una casa que en grandeza y altura sobrepasaba mucho las otras: y preguntado aquel principal que por guía llevaban, que casa fuese aquella tan señalada y eminente sobre las otras, respondió ser la casa del principal, o señor de aquel pueblo, llamado Qvarica, el qual, aunque tenía cierto simulacro o ydolos de oro del grandor de muchachos y una mujer que era su diosa, toda de oro y poseyera otras riquezas él y sus vasallos, que eran muchos, abía, más adelante muy poco trecho, otros principales y señores que en número de basallos y en cantidad de riquezas excedía a quel y a su gente. Y que aunque de allí para adelante no había menester guya que los guyasen, porque siempre, silos dejaban bivos, andarían y caminarían por grandes poblaciones, pero para mejor se ynformar de las riquezas de los omeguas, que así dixo llamarse aquella gente, procurasen tomar un indio de los que de aquellos buhíos abían salido, para que mejor los advirtiese de todo, porque él se quería volver a su pueblo". (1)

Si existió El Dorado, si llegaron hasta sus ciudades fabulosas los exploradores que de él hablaron, fué cosa que nunca se pudo saber a ciencia cierta. Surgió la leyenda en la creencia de un imperio de incas transandinos: una provincia añadida al imperio de los hijos del sol, que al derrumbarse la monarquía de Cajamarca, quedó en pie; de los relatos de los primeros exploradores, y del hecho de que en el territorio de los muiscas existían lagunas sagradas, como la de Guatavita, a donde los indios arrojaban, como ofrendas a sus dioses, grandes ídolos de oro.

(1) Aguado "Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada". — Libro III, cap. 5.

Y hasta algún historiador atribuye al mismo Colón, con sus fábulas del Cipango — y a su concepto equivocado del globo terráqueo que le impulsó a sus descubrimientos por tierras ignoradas, la apertura de las rutas de El Dorado para los nuevos descubridores, basados en la creencia de países maravillosos y de hombres fabulosos: gigantes, amazonas, ewoidoponanas, etc.

Si no existía en la realidad, por lo menos en los mapas geográficos de la época se indicaba como El Dorado, a regiones muy vastas, a grandiosas regiones selváticas que se extendían desde Venezuela al Chaco; pero más vivo aún era El Dorado en el mentidero de Madrid, en boca de los pícaros y engatusadores, en las recámaras palaciegas, en los vivac de los conmitones, en las plazas donde los desocupados y charlatanes adobaban sus charlas con el condimento de las quiméricas expediciones; allí donde se reclutaban los aventureros que iban a morir entre las selvas o las frías montañas, sin nunca alcanzar la ínsula soñada.

Porque se malgastó más oro en todas las expediciones de los Orellana, Ordaz, etc., que el oro que pudo encontrarse allí: “que el hombre que llega a mezclarse a ellas, aunque sea ligeramente y por modo de ensayo, queda viciado y dispuesto a hacer el sacrificio de cuanto caudal posee, por el deseo de disfrutar sus riquezas”, dijera Juan y Antonio de Ulloa.

Y entre estos expedicionarios reclutados en todos los caminos de España, donde junto al español se mezclaban en camaradería de sinsabores y hambres eternas, el genovés, el flamenco o el alemán, llegaba el pícaro hasta América, disimulado de conquistador, de quimerista o de herbolario, cuando no de arbitrista que componía planes para gobernar o administrar los nuevos imperios.

Pícaros eran los gobernadores o adelantados que gozando tranquilamente de sus riquezas en seguras ciudades como Lima o el Cuzco, enviaban a sus enemigos o a los malquistos, a una muerte segura, inventando una expedición a El Dorado o al país de la Canela. Así lo cuenta Agustín de Zárate en su Historia del Perú, cap. 12, de Hernando Pizarro “porque vió que no tenía posibilidad de satisfacer a los que le habían servido, porque cada uno pensaba que, con darle toda la población, no quedaba pagado, acordó de deshacer el ejército, enviando la gente a nuevos descubrimientos... con lo cual hacía dos cosas: la una remunerar a sus amigos, y la otra, desterrar a sus enemigos. Y aún en-

vió al capitán Pedro de Candia”... Procedimiento de picardía que se utilizaba a menudo para eliminar a soldados o vagabundos indeseables, cuyo abuso debió provocar la reacción del Consejo de Indias contra los cuentistas del El Dorado, que aprovechaban las ilusiones de aventureros y vagabundos para deshacerse de ellos, enviándolos a expediciones donde la muerte asechaba en cualquier recodo.

Entre las avanzadas del El Dorado se encuentran también los alemanes, Federmann, Spira y Utere, como antes Alfinger, padeciendo no menos penurias y tropiezos que los españoles. Tomaron la Tierra Firme por su cuenta por las larguezas de los banqueros germanos con Carlos V, financiadores de su título imperial, que éste pagó con creces con tierras de la corona de España.

Spira volvió a Coro en 1539, después de cinco duros años de peregrinaje por tierras calientes; de 400 gallardos soldados que de Coro salieron regresaron apenas 90: “desnudos, enfermos y del todo derrotados sin lograr otro fruto de su viaje que “haber llegado a probar lo que puede aguantar el sufrimiento de los hombres para tolerar desdichas y dejar aterrorizada la memoria de la infeliz jornada de los choques. (1)

Y Federman debió luchar con una dificultad que otros no conocieron: el cambio de clima, del calor tropical al frío de los Andes; sin abrigos, con las ropas deshilachadas, cayeron sus hombres convertidos en pedazos de hielo y hasta dieciseis de sus caballos murieron de frío y cuando pasó recuento de sus tropas no debió sorprenderse si de 400 hombres había perdido 300.

Muchos hallaron inútiles sus afanes y fallidas sus esperanzas cuando encontraban huellas de caballos que anunciaban que otros conquistadores habían pasado por aquellos lugares; y si las besaban alborozados de saber que no sólo con indios se las veían, sus esperanzas se desplomaban, pues no podían reclamar para sí la tierras ya conquistadas: ninguna hazaña titánica y ninguna más casual, que el encuentro en Nueva Granada, de Jiménez de Quesada, Federman y Bernalcázar, que partiendo los tres grandes de la conquista de distintos lugares, Bernalcázar del Perú, Federman de Venezuela, y Jiménez de Quesada de Santa Marta, se encontraron en el corazón de Nueva Granada, atraídos por el ce-

(1) Oviedo y Baños. — Historia de Venezuela. Libro II, cap. 8.

bo de El Dorado y los tres se embarcaron para España simultáneamente para reclamar la posesión del nuevo reino ante el Emperador.

Empresas inauditas la de los conquistadores españoles que superaron con épico heroísmo las hazañas de los bucaneros y corsarios; su norte fué la aventura y la codicia del oro los enceguació a tal punto que en la expedición de Ordaz, según cuenta Castellanos, cuando llegaron los expedicionarios a cierto recodo del río los indios repetían muchas veces: bum-bum, bum, bum, que ellos en su ceguera interpretaban como el golpear del martillo en el yunque y pensaron en las fundiciones de oro, siendo la realidad muy otra, y el bum-bum no significaba otra cosa que la proximidad de una cascada, que por poco no da con todos ellos en el fondo del río.

La imaginación desorbitada de los buscadores de la tierra del oro pobló a América de hombres-monstruos: hombres sin cabeza o con dos caras, o con hocico de perro o con cuernos, o con piernas rematadas en pezuñas de avestruz y los autamuchas" que tienen las orejas tan largas que le arrastraban hasta el suelo y debajo de una de ellas cabían cinco o seis hombres o los jamacohuicas, sin órganos digestivos.

Esta desorbitada mitomanía llevó a muchos a la muerte, a muy pocos a la conquista del codiciado oro, pues, aun los que llegaron más cerca de Manoa, debieron abandonar la codiciada plaza sin tocar sus orillas, perdidos en el inmenso lago sobre el que se asentaba la deslumbrante Manoa; de los más quedaron los relatos fantásticos que salieron a luz en Inglaterra, Holanda o Alemania.

Muchas esperanzas murieron en el fondo de los ríos; el oro almacenado en Gutavita o en Manoa no apareció sino en pequeñas piedras que distaba mucho de tener el valor de los gigantes de oro de los templos; la fantasía se desvaneció no sin antes embaucar hombres y voluntades hacia la quimera soñada; de aquellos países de la fantasía quedó la realidad de nuevas rutas geográficas que explotadas con el trabajo de los indios dieron sus frutos de oro a largo plazo y no a la manera de las manzanas de oro del jardín de las Hespérides que bastaba alargar el brazo para recogerlas.

CAPITULO DECIMO SEGUNDO

UN PICARO AMERICANO: PERIQUILLO SARNIENTO

El pícaro español sale a correr aventuras por las Indias; es Alonso, Marcos o Buscón; pero como ya lo expresamos estos pícaros son lo que fueron en España: buscones o alonsos. Si quereis encontrar a un pícaro americano, nacido en la Nueva España, heredero de los alfaraches y los obregones, tipo de mestizo, nieto de España más hijo de América, lo hallaréis en Periquillo Sarniento, el antihéroe de la novela del Licenciado José Joaquín Fernández de Lizardi, el Pensador Mexicano.

El personaje de la primera novela picaresca americana, es un pícaro al cual se le reconoce una ascendencia no disimulada en aquellos arrastrados vagabundos de la España de los felipes, mas en él se notan los rasgos distintivos de un ejemplar de las tierras calientes. Hay desde luego una diferencia inicial entre los pícaros españoles y éste que ostenta una manera propia. Ya señalamos en el primer capítulo el origen humilde del pícaro. Nace en una aceña, o en algún otro mísero lugar, sin más educación que la de la calle, o la de algún instructor avezado en sutiles engaños. Periquillo es hijo de padres acomodados, que se ufanan de descender de Ponces, Velascos y Bundiburus y como hijo de tales padres no le falta su honrilla. Claro está que no hace cuestión de ella para sacar la espada, como la Monja Alférez. Recibe una educación completa — pese a la falsedad, teología, bachillerato en artes y educación de tal clase jamás la tuvo el pícaro español. Además nuestro pícaro no tiene la altanería y la parlera ostentación del castellano truhán, se acomoda a una humildad y resignación que sabe salvar con la socarronería que al decir de Henríquez Ureña, el mexicano guarda, bajo concisa fórmula, para lanzarla en oportunidad inesperada.

En el Periquillo Sarniento encontramos un desacuerdo casi absoluto entre el héroe y su creador. Marcos de Obregón se con-

funde en ocasiones con Espinel. El autor siente simpatía inconfesada e instintiva por su creación. Periquillo es un pícaro desaprovechado, Lizardi un moralista severo que si no muere en olor de santidad, deja un testamento que no da lugar a duda sobre sus principios morales y religiosos: "Digo yo el capitán Joaquín Fernández de Lizardi, escritor constante y desgraciado, conocido por el Pensador Mexicano que, hallándome gravemente enfermo de la enfermedad que estaba en el orden natural que me acometiera, pero en mi entero juicio, para que la muerte no me coja desprevenido, he resuelto hacer mi testamento en la forma siguiente: "Declaro ser cristiano católico, apostólico y romano y como tal, creo y confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia, en cuya fe y creencia protesto que quiero vivir y morir; pero esta protesta de fe se debe entender acerca de los dogmas católicos de fe que la Iglesia nos manda creer con necesidad de medio. Esto sí creo y confieso de buena gana y jamás, ni por palabra ni por escrito, he negado un tilde de ello".

El que esto escribe "in artículo mortis" había nacido en la ciudad de México el 15 de Noviembre de 1776. Pocos aspectos pintorescos ofrece la vida de Lizardi. Cursa el bachillerato en el colegio de San Ildefonso y de allí pasa a estudiar teología en la Real y Pontificia Universidad de México. Estudiante irregular, manifiesta una vocación más decidida para el periodismo y funda en 1812 un periódico muy personal, "El Pensador Mexicano". En esta época Lizardi abandona sus estudios de leyes y de teología. Probablemente practica el derecho en el bufete de algún notario. Su novela "El Periquillo Sarniento" revela familiaridad con la técnica profesional. Conoce allí de cerca la pequeñez humana y la codicia devoradora, se hace erudito en martingalas de escribanos y cobra como Quevedo inquina al oficio. Como Balzac aprende de hombres y vicios en una notaría y al pergeñar a su personaje Chanfaina descubre la entretela de la picardía legalizada y descubre sin ambages la verdad sobre la vida interior de la cárcel.

El auténtico pícaro americano, Periquillo Sarniento, nace en México como su creador, de unos no opulentos padres, pero no constituidos en la miseria y al mismo tiempo que eran de una limpia sangre la hacían lucir y conocer por su virtud. Al nacer Periquillo ya tiene que luchar contra los prejuicios de unas tías supersticiosas y solteronas. Fué dado, como la mayor parte de los

niños, al cuidado de una "chichigua", el ama mexicana, ocasión que aprovecha el autor para moralizar sobre las madres que dan a pechos mercenarios la crianza de sus hijos: "porque es una cosa que escandaliza a la Naturaleza que una madre racional haga lo que no hace una burra, una gata, una perra, ni ninguna hembra puramente animal y destituida de razón". Bautizado con el nombre de Pedro, lleva el apellido Sarniento, que era el de su padre. Rebautizado en el colegio con el nombre de Periquillo Sarniento, debe este mote a una chaqueta verde y un pantalón amarillo que usara como vestimenta habitual, y por haber adquirido en su primer año de escolaridad, una molesta sarnilla.

Comienza la educación de Periquillo en manos de un maestro inocentón e ignorante, que al loar cierto día en una cuarteta vulgar a la virgen María, equivoca una coma, cometiendo involuntario sacrilegio:

"Tení una hermosa imagen de la Concepción y le puso al pie una redondilla que desde luego debía decir así:

Pues del Padre celestial
Fué María la Hija querida,
¿No había de ser concebida
sin pecado original?

Pero el infeliz hombre erró de medio a medio la colocación de los caracteres ortográficos, según que lo tenía de costumbre, y escribió un desatino endemoniado y digno de una mordaza, si lo hubiera hecho con la más leve advertencia, porque puso:

¿Pues del Padre celestial
Fué María hija querida?
No, había de ser concebida
sin pecado original.

La madre de Periquillo, descendiente de la ilustre sangre de los Ponce, Tagles, Pintos, Velascos, Zumalacarregui y Bundiburis no anhelaba para su hijo un oficio manual, considerando, imbuida de los prejuicios de un hijodalgo del siglo XVI, indignas de un buen nacer, tales manualidades. Periquillo había nacido para el horóscopo personal que le preparara la inocente señora, eclesiás-

tico de nota o doctor en leyes. El padre, con mejor sentido práctico quería que su hijo aprendiera un oficio. ¡Cuanto le hubiera agradecido Periquillo a su padre si éste hubiera insistido en proporcionarle un oficio manual! Pero, prevaleció para su mal, la opinión de la madre. Periquillo tendrá que hacer de barbero desollando perros, de farmacéutico equivocando recetas, de médico ignorante curando con latinajos, de tahir sin vocación, y simulará todos los oficios apurado por la necesidad, sin ser diestro, ni verdadero en ninguno.

No es Periquillo un verdadero pícaro y eso ya lo presentimos desde sus primeras aventuras. El pícaro auténtico es Januario, maestro de Sarniento en malas artes, que lo inicia a éste en el mundo de los tahures y lo lleva a los "arrastraderitos", donde Periquillo se siente zurdo en el arte de los "cócores", especializados en desplumar a los "pichones".

Januario es el pícaro que muere pringado porque muere en su ley y como maestro en picardías, no puede ser más hábil.

Viéndose Periquillo solo, huérfano y pobre, sin casa, hogar, ni domicilio como los "maldecidos judíos", no era extraño que cayera en el cepto de Januario.

Januario adoctrina a Periquillo como el ciego a Lázaro, en los primeros lances de la vida. Las novatadas a que somete a su amigo en la Hacienda de sus padres, ponen en contraste dos educaciones: la de la vida y la de la escuela. La experiencia recogida por Periquillo en el hogar y en la escuela fué letra muerta; Periquillo, como todos los pícaros, se adoctrina en la vida y la experiencia fué su gran maestra.

Dos maestros le ofrecen su saber empírico: Januario y Don Antonio. Dos escuelas, dos doctrinas distintas. La primera influye en sus primeros años de picardía; la segunda, moralizadora y honesta, enderezaba su destino hacia un fin normal.

Como la mayor parte de los antihéroes de la novela picaresca, como Lázaro de Tormes, como Rufina, Periquillo muere honradamente. El pícaro ha recorrido su camino de perfección.

Lizardi, como todos los moralistas, y el "Periquillo Sarniento" es un ejemplo de novela en la que abunda la prédica moral en perjuicio de la amena narración, no podía conducir a su héroe a un final lógico y necesario: la horca. Justificaríase este final sólo por el hecho de que, Periquillo, como ya lo hemos dicho, no es

un pícaro profesional como Januario o el Agilucho. La necesidad lo llevó a la picardía, último refugio del pobre; y dentro ya del oficio para el que no había nacido, siente el remorder de la conciencia hasta el extremo de querer abandonar a cada instante el delito.

Se justifican así ciertos hechos que podrían interpretarse como traiciones; el abandono de la cofradía de los mendigos y la delación de sus compañeros por escrúpulo de conciencia. Donde mejor puede observarse la inadaptación de Periquillo a la delincuencia es cuando éste abandona al Agilucho y a su banda de salteadores. Periquillo quiere vivir sin trabajar, pero sin peligros y sin temor al estigma de la delincuencia, por eso prefiere hacer de médico sustituyendo al Dr. Purgante, pues su responsabilidad la puede salvar con unos cuantos latines.

En la trayectoria vital del personaje de la novela de Lizardi puede observarse tres etapas: la primera es la de un aprendiz de pícaro que no se adapta al oficio; la segunda, en la que éste se convierte en un pícaro diestro en toda clase de engaños, Periquillo se ha adiestrado a fuerza de golpes y utiliza el embuste con frío cinismo o cuando después de la muerte de su primera esposa se da a una serie de aventuras que terminan en Filipinas; y la tercera y última, la de su vuelta a México — y de su segundo matrimonio, es una etapa de conversión y de abandono total de su pasado en la que Periquillo se transforma en un personaje cabal y honesto. El autor parece manifestarse satisfecho de la transmutación de su héroe, ya que de esa manera toda la prédica que encierran las páginas anteriores tiene su justificación.

Como en todas las novelas picarescas, en el Periquillo que remozza el género después de dos siglos de olvido, aparece una caterva de personajes de las más diversas categorías sociales. Su autor tiene por momentos el don magistral de Cervantes de mover personajes pintorescos en un medio de truhanes y logreros y muchas de sus páginas nos recuerdan las mejores escenas de Rinconete y Cortadillo.

Se palpa en Lizardi a un asiduo lector de Cervantes; pero lo fué también y más a menudo de Lesage a través de ese galicismo de la novela picaresca que fué el Gil Blas de Santillana y de Estebanillo González, el hombre de buen humor. El torpe aprendizaje de Periquillo en casa del barbero, nos recuerda las

aventuras de Estebanillo González, cuando tuvo que cumplir el fingido papel de rapabarbas.

Alrededor de Periquillo se mueve un mundo de personajes tomados de la vida real con una exactitud que puede parecer fotográfica. En ningún escritor se mezcla, sin embargo, en una forma más visible el acervo de la erudición y la observación real. La erudición y la intención moralizadora, desmejoran a cada instante a una novela viva, humanamente conmovedora que requiere un ambiente de aire puro alejado del asfixiante ambiente libresco. Desfilan ante nosotros los personajes más pintorescos, pero no por eso menos reales. El payo de la cárcel es un payo auténtico, que habla su jerga característica. Lo estamos observando en plena instantánea sin retoques, porque en estas figuras, como la del Agilucho, la de Juan Largo, en donde Lizardi rebosa un naturalismo sano y en donde encontramos al escritor popular por excelencia que fuera él.

El "catrín" no es personaje familiar a Periquillo; tiene ambiente más propicio en "Catrín de la Fachenda", la otra novela picaresca de Fernández de Lizardi, en la que se cuenta la vida azarosa de un pícaro lechugino en la época colonial de la Nueva España; pero Juan Largo, el doctor Purgante, el escribano Chanfaina, el chino, son personajes inolvidables que cruzan por la obra acompañados de una caterva de léperos, de indios, de ladrones, representantes de las clases más bajas de aquella sociedad.

La nobleza es la clase menos prestigiada en la novela. El único noble que aparece en ella, aquel marqués que pretende seducir a la esposa de Don Antonio, es un bribón de categoría inferior.

Se acerca más a nuestra simpatía cualquiera de aquellos personajes menores de la novela, el Andrés, que se convierte en una especie de escudero de Periquillo; Roque, el amigo y consejero fiel; el Coronel, abogado por vocación y persona honrada a carta cabal, protector y casi padre de Periquillo.

Lizardi sin quererlo, o queriéndolo, nos pone en contacto con el pueblo; nos hace vivir las vicisitudes de centenares de personajes, cuadro vastísimo, monumental, que para mayor semejanza con la novela picaresca de tipo amplio no falta en ella la aventura fuera de la patria.

Lo que tiene la novela de nacional es válidamente auténtico.

El Méjico de la colonia revive en cuadros exactísimos: calles, iglesias, el rastro, pequeñas escenas de la vida callejera.

El hombre más que el paisaje atrae la atención del novelista, no obstante, cuando el paisaje apunta lo hace lozanamente. Véase si no esa visión lejana del puerto de Acapulco, rodeado de tamarindos y de una frescura atrayente de pescados. Como observa Luis G. Urbina, Fernández de Lizardi no es minucioso para sus descripciones, es por el contrario, sobrio, breve, simple. Minucioso es, en cambio, en los sermones moralizadores, en las reflexiones sobre el engaño y el mal.

Se ha dicho que Fernández de Lizardi era un revolucionario. Lo fué, sin duda, para su época y no en forma moderada. Atacó los abusos de los gobernantes, la mala administración y nos cuenta sus desventuras de desterrado en "Noches tristes y día alegre", una imitación de "Las noches lúgubres" de Cadalso, ejemplo de una de las primeras obras de prosa romántica en América; pero lejos estuvo de sentir la desigualdad y la pobreza del indio, aunque justo es decirlo, de su pluma salen páginas conmovedoras para combatir la esclavitud de la raza negra.

Un aspecto final se observa en la obra del Pensador Mexicano: la ironía. Ironía terrible y humana la de Periquillo cuando no es reconocido por Anselmo; ironía política la del Tután cuando explica el gobierno de su isla, mientras hermandad desbordante hay en el chino que no por reconocer a Periquillo como falso conde deja por eso de estimarle; como ironía terrible es la que hace de aquel tío de Periquillo un majadero que desconoce un parentesco incómodo cuando está en la cárcel su sobrino y cambia de maneras al imaginar a Periquillo rico, sólo porque hace ostentación de serlo. En la vida lo humano verdadero aparece encubierto. El autor de esta novela es como Cervantes el que nos dice la miseria de la apariencia, enseñándonos la verdadera esencia de lo humano.

Por eso esta obra como el Quijote se leerán siempre con interés, aunque en el Pensador Mexicano haya un escritor menos cuidadoso que Cervantes y menos universal en la creación de símbolos humanos.

CAPITULO DECIMO TERCERO

EL VIVO, EL PICARO Y EL GRACIOSO

El pícaro, personaje novelesco y realidad social de una época, mediados del siglo XVI hasta fines del siglo XVIII, tiene supervivencia y actualidad en otro personaje afín: el vivo. El pícaro abandona su no disimulada delincuencia leve, su sinceridad, su espontánea y cálida vivacidad, su afán de gozar, para transferirle a su congénere, el vivo, una disimulada caparazón que le permite escurrirse en forma aprovechada, ganando hoy una posición, mañana otra, ascendiendo merced a su pericia y conocimiento de la ajena credulidad. El vivo no es un delincuente. El estafador profesional no cae bajo la clasificación del vivo, a menos que eluda siempre a la justicia, lo que resulta imposible. No así el vivo que sale airoso de sus aprovechadas andanzas por el mundo.

La benevolencia popular lo cobija bajo graciosa tolerancia, cuando en cierto modo, crea a su favor una ley biológica, similar a la que establece la supervivencia del más fuerte, cuando dice: "El vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo".

Al vivo se le encuentra en todas las capas sociales, y en todos los lugares. Mi observación personal me permite establecer una serie de categorías del vivo.

El aprovechado.

Es el que abusa de la confianza de sus amigos. Bajo la apariencia de la amistad y de la simpatía, usufructúa al amigo, usando su influencia o sus bienes en provecho propio. El aprovechado viaja a costa de su amigo rico, se hace pagar sus vicios y es el que, cuando vaca un cargo público es el primero en presentar su candidatura, a sabiendas de sus escasos méritos. Para conseguirlo se vale de todos los medios: usa la influencia de los políticos, compromete promesas, y llega primero que nadie a la meta, porque el vivo es un galgo para disparar.

El pechador.

Vive también de sus amigos explotando una mendicidad disimulada. Ser mendigo puede parecer indecoroso; pero practicar la mendicidad abusando de la amistad o de la benevolencia, no le parece al vivo deshonroso, por el contrario, se convierte en un modus vivendi. El pechador es un personaje temible e indeseable; él no lo ignora, pero lo disimula lo mejor que puede. Su imaginación es fértil en inventar formas de pechar. Para el pechador cada amigo es un guarismo.

El colectorero.

Esta clase de vivo suele explotar la generosidad pública inventando una colecta con fines de beneficencia. Aparentemente es un apóstol, un sacrificado. Esta forma de viveza la cultivan los dos sexos: es frecuente que señoras o señoritas de la sociedad realicen colectas con fines de beneficencia pero se sabe que los fondos nunca llegan a los desamparados.

El vago disimulado.

Este tipo de vago hace un modus vivendi de la simulación del trabajo.

En todo vivo profesional — hay escondido un vago constitucional u ocasional. La viveza es la forma disimulada del trabajo — es la forma exterior, la careta del vago.

El vago disimulado sintetiza todas las formas de la viveza; en el colectorero, en el pechador, en el aprovechado se encuentra la fisonomía moral del vago, con sus instintos anti sociales, su tendencia parasitaria, su inclinación a la mentira, a la intriga, desviaciones múltiples del sentido moral y del carácter, que lo convierten en un inadaptado, viviendo continuamente en la antesala de la criminalidad.

Pero hay otras formas de la vagancia disimulada. El Dr. Ariosto Licurzi, en su brillante estudio: "La vagancia disimulada" describe algunos tipos originales de vagos — algunos con cierto carácter de localismo, como el foguero: este es un vago que vive a expensas del trabajo de su esposa — generalmente empleada o maestra. La necesidad de un trabajo exterior de la mujer, con-

vierte a este tipo de marido en un tipo doméstico, especializado en pequeñas tareas de la casa, cebar mate, cocinar, etc. El hecho de que sea la mujer la que tiene la responsabilidad del mantenimiento de la casa, convierte al foguero — que ya tiene predisposiciones congénitas para la vagancia, en un tipo inferior: la necesidad de extirpar su complejo de inferioridad, lo arrastra a menudo a la delincuencia pasional.

Otro tipo, no menos interesante, es el vago de la farándula, verdadero explotador de mujeres, disimulado bajo la necesidad de regentar la actividad artística de su esposa o concubina; en este caso se establece una falsa sociedad comercial, en la que uno sólo aporta trabajo, y el otro, una justificación de su vagancia. El vago de la farándula no podría admitir que un empresario administrara las entradas de su esposa; ello implicaría la necesidad para él de dedicarse a una actividad diferente.

Entre los vagos hay un tipo que tiene más afinidad con el pícaro: es el vago migratorio.

Entre ellos existen distintas variedades: los exploradores, los globe trotter, los raidistas.

Uno de ellos, nos interesa por su afinidad con el pícaro; el linyera.

Licurzi señala como características del linyera su individualismo, y su despreocupación por disimular su condición. Su arquitectura psicológica es muy compleja. Aparentemente, es un sentimental, casi un incomprendible romántico, que vive una especie de ansiedad imprecisable; un dinamismo psíquico en tono menor, tono gris de cansancio, monótono como ensueño de puesta de sol interminable. Pero tiene bajo esta envoltura sentimental, una masa de egoísta, y sobre todo, de incapacidad de adaptación, no sólo al trabajo, sino al ambiente social, al suelo, a la naturaleza, a los grupos humanos que mira con la desconfiante acidez de un artista. Diríase que el linyera anda constantemente abstraído tras de un ideal inaferrable, un panorama añorado, fuyente, lejano, cuya imagen lleva grabada como un negativo entre los pliegues de su alma sin amor y sin ambiciones. Es ciertamente, un introvertido, que en vano se busca y busca el mundo fuera de sí mismo”.

El pícaro clásico — o mejor dicho, su actual representante, el vivo — no es un inadaptado como el linyera, sino un super adaptado. No es un introvertido, sino un extravertido. La necesi-

dad de extraer del mundo una cosa concreta — el provecho o el beneficio inmediato, lo convierte en un ser no siempre incapaz al trabajo; no es un contemplativo, sino un activo, no se abstrae como el linyera, ni muestra indiferencia por la vida, se hunde en ella para extraer el fruto de su provecho a costa del trabajo ajeno, como consecuencia de su viveza o picardía.

Tiene como el linyera el mismo desprecio por los demás, cierta ironía que no disimula, y el gozarse de sus hazañas, con la satisfacción de quien, como el caso del linyera, ve en la sociedad y en sus órganos legales, la indiferencia por enjuiciar su conducta, o la seguridad de encontrar quien los aplauda como “viveza”.

La viveza criolla adopta también la forma criminal colectiva, en lo que se ha dado en llamar: la patota. La responsabilidad individual desaparece en la patota criolla para adoptar una máscara de irresponsabilidad colectiva. La responsabilidad, por consiguiente, se transforma en irresponsabilidad, y lo que no es capaz de ejecutar un individuo (el acto criminal), lo ejecuta la masa.

En la patota no hay un jefe. El valor se volatiliza y no es necesario el empuje director, del más valiente. Parecida a la “mazorca” rosista — sin la criminalidad y la barbarie de aquélla, la patota transforma la viveza en delito, y hace perceptible la metamorfosis del gracioso en criminal, en forma inconsciente, pues, la patota no sabe lo que hace y hasta dónde puede llegar su delictuosidad.

El gracioso es un pícaro inofensivo e ingenuo, que a veces puede dañar, con perfecta inconsciencia de lo que hace, al no medir las consecuencias de sus actos. El chiste es una enfermedad y Freud ha tratado profundamente el problema psicológico del chiste.

Una enfermedad profesional, porque el ser chistoso es también profesión. En nuestra vida de relación el chistoso es una especie de bufón profesional, que si no sirve ya para divertir a los príncipes como los juglares de antaño, es el bufón de sus amigos.

En los convites, en la rueda del café o en los corrillos, el chistoso tiene siempre a flor de labios un cuento nuevo que narrar. Su memoria es prodigiosa: vive casi para la retentiva del chiste y se solaza con el papel que desempeña en la sociedad. El chistoso se cree indispensable. Nunca se percata del ridículo que

hace, ni aún en el caso en que en su memoria, una fisura, una falla inevitable en ella, inconscientemente lo lleve a la repetición del chiste contado en la semana anterior, a las mismas personas. Como payador de la gracia a veces inventa, pero más a menudo repite o cuenta lo que lee: su imaginación se decora de una pobreza franciscana.

Uno de los más insoportables profesionales del chiste, es el parecidista, el que busca los parecidos de todas las cosas; para este sujeto, tan vulgar en nuestro cotidiano conocimiento, todas las cosas se parecen: el mundo es un paralelo. Su pobre imaginación se exprime en un retorcimiento de buscar absurdos parecidos.

Lamentable caso de perversidad intelectual nos ofrece el cuentista pornógrafo. Es el hombre del cuento verde. En él se observa la perversión sexual o el masoquismo, ya que las imágenes mentales del acto sexual se movilizan ante su imaginación, haciendo del abuso de esta clase de cuentos verdes un caso claro de sexualidad pervertida, que se presenta a menudo en impotentes o degenerados, ya que una sensualidad normal no requiere esa constante excitación imaginativa de la libido.

Se atribuye la creación del gracioso, como personaje dramático a Lope de Vega, que sazónaba sus dramas con alguna escena cómica, o con algún personaje que, como el gracioso o la graciosa, determinan los efectos grotescos de la escena, llevando la atención de lo trágico a lo cómico. Antes de Lope, en el teatro latino, en las comedias de Plauto popularizaron los tipos del gracioso, como el soldado fanfarrón o el parásito.

De allí el gracioso, pasó al teatro de Lope de Rueda, quien en sus pasos y comedias llevó a escena al vizcaino y al negro, que en realidad fueron los embriones del gracioso lopesco, en sus deformaciones coloquiales.

Con el teatro de Lope de Vega el tipo del gracioso queda acabado, perfeccionado. Se convierte en una parte indispensable de la comedia, parte secundaria, pero que no debe faltar nunca.

El tipo del gracioso es elegido entre las gentes del pueblo: es el zafio socarrón, el parlanchín desmedido, el soldado fanfarrón. El pueblo se veía representado en los graciosos lopescos o calderonianos, y el personaje era amigo, siervo, consejero e incondicional entretenedor de su señor.

Se diferencia del bufón por ser menos trágico y grotesco; es

humano y profundo conocedor de la vida. No es el tipo del loco, sino del gracioso discreto, prudente a menudo, con cierto patetismo y una socarronería que lo hace simpático. No es frío ni calculador. Y frecuentemente arriesga su vida para defender a su señor. Es un estoico como el pícaro: los palos de la comedia los recibe frecuentemente él, pero la vida le enseña a recibirlos con una sonrisa. No tiene la tendencia del pícaro a la holganza, no quiere simular el trabajo o vivir del trabajo ajeno; porque tiene un cargo permanente, es el servidor de su señor o su consejero o amigo; y jamás lo abandona en un peligro; lucha a la par de su amo en los innumerables enredos de las comedias lopescas.

No tiene esa tendencia del pícaro de caer frecuentemente en una delincuencia benévola, ratera o aprovechada; cuando mata o hierre lo hace por razones de pundonor; defendiendo a su amo, o su propia honra en un lance trágico, de los que abundan tanto en las comedias de capa y espada.

Aventaja al pícaro en generosidad, en buen humor, en el sentido benévolo de comprender las situaciones más apremiantes y de salir airoso de todas ellas. A veces cae en la tontería, o es víctima de sus propias armas ingeniosas. Ciertó es que el pícaro es víctima también de sus tramoyas; pero las del gracioso son siempre menos peligrosas.

El gracioso cae frecuentemente en la tontería; cuando su ingenio se agota, o cuando su gracia no es eficaz. Del gracioso al tonto no hay más que un paso; por lo que es muy frecuente que al gracioso se le tome por tonto. Sancho Panza, el más gracioso y donoso hablador de la ficción, fué tomado por tonto por el eclesiástico en la casa de los duques.

Y es Sancho Panza — con su antecesor Ribaldo — un antecedente del gracioso en la novela.

El vivo encuentra en la política un amplio campo para medrar. Desde el diputado o senador — que se aprovecha de su cargo público para traficar, o el presidente o administrador de Aduanas, que entra pobre y sale rico del período en que le toca actuar, hasta el tipo de Comité — presidente o secretario, que encuentra la manera de disimular su vagancia, armonizándola con un lucro seguro, la política ofrece los más variados y ricos ejemplares de la viveza.

La forma más frecuente de lucrar del vivo político consiste

en aparecer ante sus electores como apóstol o un sacrificado. Los discursos son el medio más eficaz de realizar su auto-propaganda; un vivo político es generalmente un buen orador — no académico sino de barricada o barriada. Debe poseer una buena voz, de timbre robusto, gestos y maneras eficaces — y un don de convencer — sin el cual puede darse desde el primer momento por un fracasado político.

El vivo político es un amigo de sus amigos — o cómplices. Porque, como dijera Rafael Barret — en política no existen amigos, sino cómplices. Debe prometer muchas cosas, aunque no cumpla ninguna. Si no fuera así, no sería el vivo que abusa de la confianza que en él se deposita; no sería el estafador de la fe y la moral pública, el arribista que llega rápidamente de los más bajos peldaños a los más altos cargos. Cuando se reúnen muchos vivos eligen a un vivo para que los represente. Por lo que no es extraño que la elección de un presidente de la República, como aconteció una vez en los Estados Unidos, sea una maniobra de los vivos para llevar a un vivo a la primera magistratura.

Para la opinión pública del país y para la prensa extranjera, aquel presidente fué electo por el pueblo en elecciones correctísimas — pero sólo los vivos que están en el secreto — el comité de vivos — saben que aquella elección es fraudulenta, y que aquel presidente defenderá sus intereses, y nos los de la nación o los del pueblo.

En cierta asamblea política en el Uruguay en la que un orador prometía a su electorado aprobar las leyes que favorecieran al trabajador campesino, ante la exclamación de un tonto oyente que dijera: “¡Este sí que luchará por nosotros, debemos votarlo!”, un caudillo que oyó lo que se dijera del orador, le expresó en voz baja a uno de sus amigos: “Pero si precisamente este candidato está pagado por nosotros para que no vote las leyes que promete”.

He ahí — condensada en esta anécdota, las cualidades del vivo de la política: la simulación tanto en el caudillo como en el candidato. Cada uno es un actor que representa muy bien su papel. El caudillo ante sus correligionarios — el diputado en el parlamento — el presidente ante el gabinete. Y así se ve formada la cadena de la viveza, que va desde el más insignificante tipo de comité, hasta el político de mayor cuantía.

Lo que se llamó el caciquismo en España es un mal de la

política criolla — donde el vivo triunfa sobre el honrado, el hábil sobre el inhábil, el elegido sobre el elector.

El vivo de Comité, es también un vago disimulado. Funda un club político y se rodea de otros vagos — candidatos todos ellos a puestos públicos — a los que les promete empleos que nunca llegan — o si el influyente de arriba, cede cuatro o cinco empleos para el Club, el vivo-vago los reparte entre sus familiares o amigos. Así quedan defraudadas muchas esperanzas.

Mientras el candidato aunque no salga electo, paga los gastos del comité, él, sin desembolso de ninguna especie y halagando la vanidad ajena, ha podido vivir durante meses, el tiempo necesario para ubicarse en un puesto bien rentado. Si fracasa el candidato, el vivo buscará otro zongo, porque su carrera no se frustrará con un fracaso. En la próxima elección encontrará otro “candidato” — o se pasará al bando contrario. Lo que caracteriza al vago político es su falta absoluta de convicciones; sus aptitudes para el engaño, y su vocación para convertirse en un traidor cuando se presente la oportunidad.

Este vago no tiene capacidad ninguna para ser un tipo influyente — pertenece a la hez de la sociedad, es frecuentemente un borracho, o un pechador, que vive a expensas del político vanidoso.

Por encima de este tipo de vago que explota la política, y casi a su mismo nivel, se encuentran dos tipos de vividores políticos, que se distinguen — al decir del Dr. Ariosto Licurzi — según se trate de individuos con alguna cultura o carentes de ella.

En el primer caso, se trata de un fracasado en la Universidad o en otras tareas — que encuentra en la política el único ambiente en que “su haraganería patológica y su deficiencia moral pueden adquirir algún valor. Se convierte por sus brillantes cualidades sobre otros vagos más inferiores en caudillo político”. Frecuentador de los comités y de los clubs, agrega el Dr. Licurzi — participa por acción de presencia en los chismoteos directivos de los corrillos políticos, aunque en realidad no está en condiciones de ofrecer algún aporte o colaboración eficaz en las organizaciones electorales. Carece de capital electoral. Pero el largo tirocinio de “oyente voluntario”, con el tiempo le da cierto adiestramiento práctico en el “metier” de los teje-maneges de la politiquería. Esto tiene una evidente ventaja fuera de los corrillos; porque la opi-

nión de los elementos detríticos del partido, lo juzga como una prueba de influencia real en las esferas directrices”.

El otro tipo de vago-vivo procediendo de la clase llamada inferior, tiende hacia lo social. Su terminología huele a revolución y a masas. Es el tipo — por ejemplo — del anarquista o socialista profesional, al que no se le conoce hábitos de trabajo fuera del comité. Aparentemente es un abnegado — y posiblemente lo fué en sus comienzos. Ha perdido su empleo en una huelga; pero después adquirió el hábito de la vagancia. Leyó unos cuantos libros; se formó autodidactamente una cultura unilateral, a la que la rodeó del odio de clase indispensable, y se largó con pasión a la lucha obrera. Un buen día sabemos de boca de un obrero honrado, que el mártir, el apóstol se vendió al capitalismo: es un rompe huelgas o un caudillo de comité. Este es el más despreciable de los simuladores y arribistas, porque se eleva a costa de su propia clase social.

CAPITULO DECIMO CUARTO

EL GAUCHO PICARO

En todo el poema de Hernández donde abundan las notas, trágicas, sentimentales y humorísticas, sólo un personaje de tercer orden, inferior a Vizcacha y a Martín Fierro, Picardía, por su nombre y sus hazañas, puede señalarse, establecidas las indispensables diferencias, como el hijo americano de Buscón o Lazarrillo de Tormes.

Veamos, la pintoresca presentación que hace Hernández de su personaje:

“En ese mismo momento
 uno que vino de afuera,
 a tomar parte con ellos
 suplicó que lo admitieran.
 Era un mozo forastero
 de muy regular presencia,
 y hacía poco que en el pago
 andaba dando sus güeltas.
 Aseguraban algunos
 que venía de la frontera,
 que había pelao a un pulpero
 En las últimas carreras,
 Pero andaba despilchao
 no traía una prenda buena,
 Un recadito cantor
 daba fe de sus pobrezas
 Le pidió la bendición
 al que causaba la fiesta
 Y sin decirles su nombre
 Les declaró con franqueza
 que el nombre de Picardía

es el único que lleva
 Y para contar su historia
 a todos pide licencia,
 Diciéndoles que en seguida
 Iban a saber quien era.
 Tomó al punto la guitarra
 La gente se puso atenta
 y así cantó Picardía
 En cuanto templó las cuerdas”.

Como el pícaro español, Picardía “andaba despilchao”, vale decir, pobre de ropas y mal vestido, roto y deshilachado. Y agrega, Hernández: “no tenía una prenda buena”. Y un recadito cantor, daba fe de sus pobreza. El recadito cantor, es lo que queda de un buen apero de otro tiempo, y es cantor, porque a la legua está diciendo de la pobreza de Picardía.

Pobre y desamparado, como el pícaro español, es el personaje de Hernández. No conoce otro nombre que el de Picardía: así todos lo llaman y así él mismo se nombra: sólo más adelante, y al finalizar su relato, se entera Picardía que es hijo del valiente sargento Cruz. Perdió a su madre “antes de saber llorarla”. Huérfano y pobre, se encontró sin saber a quien llamar madre y sin saber quien era su padre. Trasunto del gaucho pobre y desamparado que tantas veces nos describe Hernández en su poema, preparado fácilmente para convertirse en el gaucho malo.

Para él son también las duras prisiones, y sus campanas son de palo, como las campanas de los pobres. Viene huyendo, porque había “pelao” a un pulpero en las últimas carreras.

Está encuadrado el personaje dentro del ambiente mísero de la picardía: ya se ve desde los primeros versos, que Picardía no es un favorecido de la fortuna, sino un mísero ganapán, que aprende muy pronto los vicios del juego, y se transformará rápidamente en tahir.

Conoce el arte de los “cócores”, se especializa en desplumar a los pichones, conoce los “arrastraderitos” y el mundo de los tahures, tal como Januario, maestro de Periquillo — el antihéroe de la novela del mexicano, Lizardi. Haciendo alarde de su experiencia, Picardía nos ofrece su máxima lección de tahir.

Las reglas que los fulleros emplean para desplumar incautos

son expuestas por Picardía en su extensa relación, que es una larga enseñanza sobre juegos prohibidos y tretas de ganadores tramposos:

“Comete un error inmenso
 quien de la suerte presume,
 Otro más hábil lo fuma,
 En un dos por tres, lo pela; —
 y lo larga que no vuela
 Porque le falta una pluma”.

Quien se fía solamente en el azar, en la suerte, perderá siempre, pues frente a lo contingente triunfa la trampa preparada de antemano, trampa que requiere incautos y confiados, “zonzos” en el verdadero sentido de la palabra criolla, como Picardía, les llama. Las trampas de los fulleros requieren un “socio” que vigile o haga las señas:

“Con un socio que lo entiende
 se arman partidas muy buenas
 Queda allí la plata ajena,
 Quedan prendas y botones; —
 siempre caen a esas riuniones
 sonzos con las manos llenas”.

Picardía enseña en poética lección todas las tácticas usuales de ensartar al incauto, como aquella de “que la sombra le dé al adversario”, etc.:

“Al monte las precauciones
 no hay de olvidare jamás —
 Debe afirmarse a demás
 los dedos para el trabajo
 Y buscar asiento bajo
 que le dé la luz de atrás”.

En todos los juegos criollos: el nueve, el monte, el truco, la taba, es hábil Picardía. A cualquier zonzo que cae al rodeo lo despluma con su arte de fullero: pero el personaje de Hernández en quien esperábamos encontrar a un auténtico pícaro criollo con

las ricas variedades psicológicas de un Buscón o un Guzmán de Alfarache, nos resulta un pobre diablo que después de sufrir orfanidades y prisiones, se convierte en tahir o fullero.

Exageraron los gauchófilos panegiristas de Hernández al considerar a Picardía como un retoño de la picardía española; es un pícaro monocorde, como Enero, con una sola modalidad, la fullería; tan equivocados, como los que al estudiar la "estética" del poema recordaban a la *Ilíada*. En el afán de crear una epopeya argentina, se hizo extensivo el gauchismo fabricado en Buenos Aires, o en el Brasil, según afirman algunos, como expresión colectiva de las virtudes de un pueblo.

El personaje del Fausto de Estanislao del Campo, Anastasio el Pollo, no es el prototipo del gauchito pícaro, sino del gauchito zongo o ingenuo que relata la representación de la ópera *Fausto*, a su manera. Su autor, que conocía muy bien la picardía criolla, la pone en el diablo, el Mefistófeles goethiano, quien a la postre obra como un paisano vivaracho y sobrador.

Porque Anastasio el Pollo, que penetra en el teatro como en un corral, a fuerza de "arrempujones", a quien le roban el puñal de la cintura sin sentirlo, es un tonto, no un pícaro, y el libro entero, sin las sensiblerías hernandianas, es una fina tomadura de pelo al gauchito y a Gounod.

Otro pícaro hernandiano es el viejo Vizcacha. Ejemplo de tacaños y de avispados — su moral es la síntesis de la picardía gauchesca. Reúne todas las condiciones peores del gauchito viejo, curado por los años, desconfiado de los hombres, que en todo ve una traición porque mucho ha traicionado en la vida, nunca tiene un gesto generoso ni da ni prodiga un consejo saludable; sus proverbios están inspirados en un aprovechado utilitarismo; el interés inmediato inspira todas sus acciones; es zalamero cuando es necesario serlo y aconseja acercarse al que manda; predica la economía, la impasibilidad ante las desgracias ajenas, la soltería como medio de evitar mayores males; su filosofía popular es como la de Sancho Panza, con menos idealismo que la del escudero de don Quijote, por lo menos aquel tenía un contagio directo de quirotización a su lado.

El Viejo Vizcacha es el personaje mejor bosquejado por Hernández dentro de lo picaresco con más propiedad que Picardía, fullero solamente, mereciera llamarse así.

Pícaro por instinto, no ve en la vida sino la ocasión de medrar. Tipo ladino y experimentado, buen consejero para esquivar los escollos de la vida, vivaracho y avispado extremadamente, consejero y tutor del hijo de Martín Fierro, guarda todo lo que encuentra, es el prototipo del avaro, pero al mismo tiempo tiene toda la picardía del gauchito. Es un tipo realmente curioso. Tiene algo de Sancho Panza por su filosofía popular, condensada en sus refranes y algo del pícaro español, y del Tío Lucas, el personaje del "Diablo Mundo", de Espronceda. (1)

Con personajes como Picardía, Vizcacha o Martín Fierro, no se pueden sentar las bases de nuestra personalidad nacional como pretenden los exagerados martinfierristas. Serán todo lo pintorescos que se quieran, y ellos pueden servir de estudio a un criminalista que quiera rastrear las formas de delincuencia de los gauchos malos; pero hacer de Martín Fierro un angelito, de Vizcacha, un consejero y un moralista, y de Picardía, un desventurado, es exagerar la tendencia idealizadora del tipo del gauchito.

El lenguaje de Martín Fierro es ignorado en diez provincias argentinas, sus costumbres no son imitadas felizmente por los mal llamados gauchos — y entre los campesinos norteros, la palabra gauchito tiene un sentido peyorativo. Absurdo es pretender hacer del lenguaje de Martín Fierro y de las costumbres de sus gauchos — que en todo caso pertenecen a un período anárquico de su historia, el trasunto de las costumbres rurales de una nación, en la que el tipo campesino ha sido uno de los factores esenciales del progreso.

El mismo error cometen los que quieren hacer de una poesía popularizada, escrita en la ciudad, por personas cultas, la expresión de nuestra poesía folklórica. Martín Fierro tiene muy poca vigencia de tradicionalidad, y el valor folklórico de esta obra y de Santos Vega, es muy escaso. La verdadera poesía popular es la recogida por Juan Alfonso Carrizo en Tucumán y Salta, por Di Lullo, en Santiago del Estero, por Dragui Lucero, en Mendoza, la recogida por mí en los departamentos de Cerro Largo, Durazno, Canelones y Montevideo.

Más de veinte mil coplas recogió Carrizo en las provincias

(1) Véase en "El negro rioplatense" nuestro ensayo "Martín Fierro y José de Espronceda".

nortefías, cantidad que comparada con las diez mil seleccionadas en España, demuestran la riqueza de esta poesía que crea y canta el pueblo, con un entronque hispánico tradicional, pero tamizadas por trescientos años de adaptación al medio. El lenguaje que se emplea en estas coplas, relaciones, glosas, etc., no es la jerga gauchesca de Martín Fierro, sino un lenguaje puro y tradicional.

La historia rioplatentes abunda en anécdotas que nos hace ver los aspectos más variados de la picardía criolla. Pícaros fueron la mayor parte de los caudillos criollos: Quiroga, Rosas, López. Sin el conocimiento del ambiente y de los hombres no hubieran sojuzgado a las multitudes. Algunos caudillos, como Rivera, sobresalieron porque reunían cualidades extraordinarias de viveza y experiencia, como el ser baqueanos o rastreadores.

De Quiroga, cuenta Sarmiento en "Facundo" una anécdota que es ejemplo de su picardía criolla. Entre los individuos que formaban una compañía, dice Sarmiento, refiriéndose a Quiroga, habíase robado un objeto y todas las diligencias practicadas para descubrir al raptor, habían sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamaño cuantos soldados había; hace en seguida que se distribuyan a cada uno y luego con voz segura dice: "aquel cuya varita amanezca mañana más grande que las demás, ese es el ladrón".

Al día siguiente, fórmase de nuevo la tropa y Quiroga procede a la verificación y comprobación de las varitas. Un soldado hay empero, cuya vara aparece más corta que las otras. ¡Miserable!, le grita Facundo con voz aterrante, ¡tú eres! Y en efecto él era; su turbación lo daba a conocer demasiado.

El expediente es sencillo: el crédulo gaucho, creyendo que efectivamente creciese su varita, le había cortado un pedazo. Pero se necesitaba cierta superioridad y cierto conocimiento de la naturaleza humana para valerse de estos medios.

La anécdota contada por Sarmiento nos revela al mismo tiempo dos aspectos de la psicología del gaucho: la picardía y la credulidad. Pues si Quiroga desempeña en esta conseja el papel del gaucho pícaro, del zorro; el gaucho de la varita, es el personaje tonto.

El General Fructuoso Rivera en la batalla del Rincón hizo alarde de picardía criolla engañando a los brasileños. Arrojó al

galope sus caballadas, haciéndole creer al enemigo que contaba con un numeroso ejército.

Otro ejemplo de picardía criolla, lo hemos leído en un raro libro que pasó por nuestras manos. Se trataba de una anécdota de la abuela de Rosas. Con ocasión de una revuelta el comisario del lugar, recorría las estancias requisando caballos. Supo que la señora de Rosas tenía una buena tropilla y se los mandó pedir. Ella le contestó que podía venir por los caballos. Cuando llegó el Comisario a la estancia, encontró los caballos degollados, la matrona le pidió al Comisario que retirara a los animales del corral, porque despedían muy mal olor.

En el folklore de todos los pueblos, la viveza ha sido encarnada en un animal, pero no en todos los pueblos es el mismo. En el Sudán Central el animal de los cuentos es la liebre, en las costas de Guinea, el antilope, en el Bajo Níger, la tortuga (awon), o la araña, en otras regiones de Africa, el elefante, la hiena, el codrilo; entre los malayos, Pelandok, el ciervo enano, y en la Argentina y el Uruguay, el zorro.

Los caracteres somáticos lo predisponen a ser el elegido por la imaginación popular para simbolizar en él, la picardía criolla.

Su cuerpo alargado, su larga y espesa cola, su hociquillo en punta dan la impresión de la picardía. Sus ojos negros y penetrantes parecen mirar con socarronería. Sus orejas se hallan siempre en acecho, y sus patas, largas y finas, le permiten correr rápidamente. El zorro (*canis vulpes*, *Vulper*, *vulgaris*) — que pertenece al orden de los carnívoros, se alimenta especialmente de pequeños mamíferos y de gallinas, su actividad es nocturna — pues duerme de día para iniciar sus correrías, aprovechando la oscuridad de la noche. Sus ojos son de pupila oval, muy vivos, y el color es marrón claro o gris, y su cuero, es muy apreciado, como su cola, para confeccionar pieles y tapados. Se destaca por entre los demás animales por su astucia, su socarronería, y su habilidad. Conocida es su tendencia de hacerse el muerto, cuando se ve cercado. Estira las patas, se pone tieso, y aparentemente parece muerto. En cuanto desaparece el peligro comienza a revivir; abre un ojo para percatarse de que nadie lo observa, luego otro, y escapa rápidamente a su cueva. De ahí la superioridad del zorro sobre otros animales, el tigre, el caballo, superioridad de inteligencia, de astucia, que se traduce en el folklore nativo por el triunfo del zorro. No

obstante, no siempre vence. Demostración práctica de que la astucia, vence a la astucia, o la justicia, a la habilidad. El zorro en el folklore tucumano, es vencido por el quiquincho, por el sape o por la chufia. En el folklore norteno argentino, al zorro se le llama Don Juan, y es sobrino del tigre, don Ildefonso. En el fondo es un desventurado, como su homónimo, el legendario personaje de Tirso de Molina. Al don Juan santiagueño, Orestes di Lullo, lo identifica con el alma popular: "Trasciende en su desgracia un humorismo hecho de gracia, de ridículo y dolor. Tiene raíz humana. Es sin duda, el intérprete prototipo del alma popular: maliciosa, vivaz, pero agobiada al fin por el alma del infortunio. (1)

Cuando nos encontramos con un viejo malicioso y socarrón, con un político taimado, o un comerciante ladino, nos representamos por las coincidencias de los rasgos somáticos y morales, al zorro de la fábula popular, al inefable personaje del folklore venciendo con su astucia y su fino olfato de vividor.

No se agota con el zorro las posibilidades de la picardía en el folklore. La imaginación popular ha creado otro personaje, esta vez un hombre, para simbolizar en él la picardía criolla. Si el mismo diablo sufriera una transformación humana, diríamos que Pedro Malasartes, lo representa en la tierra, mejor que nadie.

Malasartes — como su nombre lo dice, es diestro en todas las malas artes; pillerías, engaños, judierías, artimañas de toda clase. No tuvo maestro, ni tutor. Aprendió en la experiencia y acaso a fuerza de golpes, para convertirse en el más gracioso y pícaro de los paisanos. Así lo ve la musa narrativa popular, a través de todos los cuentos traviosos y picantes que le atribuye. Descendiente del viejo tronco español, en la península ibérica se le conoce con el nombre de Pedro de Urdemales. Cervantes toma el personaje del folklore para llevarlo a su comedia "Pedro de Urdemalas".

En el folklore americano se le conoce con otros nombres: Pedro de Urdemales, Urdimalas, etc. Con distintos nombres, en España o en América, siempre es el mismo: diestro en todas las picardías, hábil como ninguno, fecundo en engaños como Odiseo, el Pedro de Urdemalas de la Grecia de Homero.

¿Y quién sabe si no existió el personaje en la imaginación popular de los griegos primitivos, y se le atribuyeron sus hazañas

a Odiseo? Porque Homero simplista psicólogo atribuía a cada personaje una virtud: el valor a Aquiles, la prudencia a Néstor, la fidelidad a Penélope, y la astucia a Odiseo, robándole tal vez al Urdemalas griego las hazañas de Polifemo y otras consejas populares.

Síntesis de la picardía criolla, Urdemalas o Malasartes, representa mejor que los personajes de Hernández, Vizcacha o Picardía, la viveza, la astucia, y la locuacidad del gaucho.

(1) Orestes Di Lluto. — Cancionero popular de Santiago del Estero".

CAPITULO DECIMO QUINTO

BUSCON POETA

El poeta anduvo, también, confundido con el pícaro. De la unión del pícaro y del poeta, nace Buscón poeta, síntesis expresiva que debemos acreditar al brillante escritor uruguayo, Eduardo Dieste.

El tipo más antiguo del pícaro-poeta fué cierta clase de juglar. Entre los juglares, algunos llegaron a ascender hasta la categoría de trovadores, los más inteligentes, los más refinados; otros, los truhanes, desclasados amigos de troteras y danzaderas, cayeron en bufones y remedadores.

Entre los juglares de mayor afinidad con los pícaros, encontramos a los remedadores, que imitaban donosamente el canto de los pájaros, o el rebuzno de los asnos. Eran diestros en toda clase de imitación, la voz humana y la gesticulación no tenían para ellos secretos; a los juglares cazurros, hábiles en toda clase de cazarería, y a los bufones, estos últimos tenían más afinidad con los graciosos que con los pícaros. Los truhanes o albardanes, nos parecen en toda esta escala de juglares, los que llegan a un plano más inferior.

La condición social inferior del juglar, su oficio ambulatorio, el tener que recurrir muy frecuentemente al favor del poderoso, el trajinar de mesón en mesón, hizo del juglar cuando no se amparaba en las cortes de los reyes o príncipes con afares de Mecenas, o cuando no llegaba a competir con el trovador en su destreza para recitar o tañer instrumentos, un tipo muy afín al pícaro, cuando en los tinglados de la farsa, sólo lucía sus bufonías, o sus destrezas de escamoteador, o de saltimbanqui.

Entre los pícaros que, sin ser poetas, difundieron la poesía tradicional, encontramos al ciego.

La novela picaresca nos ofrece un retrato único del ciego, el ciego del Lazarillo: es un ciego pícaro. Porque el personaje del

ciego no siempre es un pícaro: en la realidad, como en la ficción, el ciego es un desventurado que más despierta la compasión que la desconfianza.

Lo picaresco del ciego consiste en la simulación del oficio, o sea, el pseudo ciego, el explotador que finge la ceguera y es un Argos para ver y un lince para engañar.

Con ser un ciego auténtico, el ciego del Lazarillo, el primer maestro de Lázaro, es un ciego pícaro. Confiar la tutela de Lázaro a tan avezado maestro en astucias, era condenar a pícaro a quien tal vez no fué destinado a serlo — y en ello hay tanta ingenuidad y desconocimiento del mundo, como el juez que nombrara tutor a un ladrón, o como confiar la tutela del hijo de Martín Fierro al Viejo Vizcacha. ¿Qué otra cosa se podía aprender con el ciego de Lázaro o con Vizcacha, que astucia, desconfianza, malicia y delincuencia?

Veamos, como presenta al ciego-pícaro el autor del Lazarillo: "En su oficio era un águila; cientos y tantas oraciones sabía de coro; un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende desto, tenía mil formas y maneras para sacar el dinero; decía hacer oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisieran bien: echaba pronósticos a las preñadas, si traían hijo o hija. Pues en caso de medicina, decía Galeno no supo la mitad que él para muela, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión, que luego no le decía: haced esto, hareis estotro, coged tal yerba, tomad tal raíz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto le decían creían: destas sacaba él grandes provechos con las artes que digo y ganaba él en un mes más que cien ciegos en un año. Mas también quiero que sepa vuestra merced, que con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento, ni mezquino hombre no vi, tanto que me mataba a mi de hambre, y a mi no se remediaba de lo necesario".

El ciego se vincula a la poesía medieval en su carácter de juglar o trovero; — así vemos al ciego vagar por los caminos de España — con su lazarrillo y su bordón. Creando ciertas formas de la

poesía vulgar (que arrancadas probablemente del tronco tradicional y vinculada a los cantares de gesta), terminan por constituir un género especial: los cantares de ciegos.

De ellos, tenemos una antigua muestra arcaizante — en los cantares de ciego a que alude el monje andariego y juglar — Juan Ruiz — Arcipreste de Hita y de las que reproduce en su forma, a penas dos — no sabemos si propios o tomados de la tradición:

“Varones buenos e honrados
queretnos ayudar;
a estos ciegos lazrados
la vüestra limosna dar.”.

La condición de juglar no le quitó al ciego su carácter mendicante. Los instrumentos típicos de estos ciegos mendicantes eran la zampoña y el violín.

Buscón poeta se confundió con un personaje medio pícaro, medio viajero, Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo.

Entre los viajeros que recorrieron América en la era colonial los hubo de varias clases: viajeros curiosos, viajeros pícaros y viajeros fantasiosos. Entre los de la primera clase, se encuentra Azara, D'Orbigny — y el pintoresco Dom Pernetty — entre los pícaros, los tantos anónimos que recorrieron el continente cambiando postas en busca de la fortuna; entre los últimos, La Condamine.

Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, mezcla de viajero y pícaro, publica su “Lazarillo de Ciegos Caminantes”, título que prelude una novela picaresca, con licencia, en Gijón, en la Imprenta de Rovada, en 1773. Se presume por la ausencia de la autorización en el texto que pudo haber sido impresa en Lima. Lo cierto es que esta curiosa obra se refiere a las andanzas de su autor por América; es un ejemplar raro dentro de la pesada literatura colonial: se puede leer con agrado.

Se ha pretendido ver en ella la primera tentativa de novela picaresca en América.

Pero Concolorcorvo es más viajero que pícaro. Al “Lazarillo de Ciegos Caminantes” le falta para ser novela la estructura del género, aunque algunos episodios — muy pocos — no dejan de tener interés novelesco, el cuento de las mulas (pág. 194) y lo

que aconteció a cierto obispo de Durango en la Nueva Vizcaya, del Virreinato de México, con cierto coayuctor.

Como “guía de caminantes”, el Lazarillo de Ciegos, no encuentra par. No era frecuente en aquella época la publicación de una guía de forasteros, Baedeker familiar. Hoy una obra concebida y escrita en forma amena, sería delicia del lector y agrado del viajero.

Recorre Bustamante un itinerario largo y fatigoso, desde Buenos Aires a Lima: las dos capitales de los dos virreinos más importantes de América del Sur. Visita las principales ciudades del norte argentino, Tucumán, Salta, Jujuy — del Alto Perú y de todas ellas anota impresiones de curioso viajero, tipos y costumbres, al que no se le escapa detalle en lo que a la ciudad y a sus habitantes se refiere.

Curiosidad por el paisaje no existe nunca en Concolorcorvo. No es de extrañarse en obras clásicas: el sentimiento de la naturaleza es una preocupación moderna, data apenas del siglo XVIII. Es un legado romántico. No quiere decirse, al afirmarlo, que no existiera la preocupación del paisaje en los escritores clásicos; este afán emotivo queda reducido en ellos a una minúscula preocupación. A Rousseau, a Chateaubriand se le deben las primeras miradas curiosas sobre la naturaleza.

En la novela picaresca, a excepción de una fragante impresión de Málaga, que debemos a la pluma de Mateo Alemán, no se encuentra un solo atisbo sobre el paisaje. Y cuando existe, es un paisaje inventado, artificioso y absurdo. En este género el interés humano ahoga toda otra preocupación circundante.

A Concolorcorvo, continuador de la aventura y del género, le interesan los hombres y las costumbres, más que el paisaje. Anota en cada ciudad los detalles más minuciosos sobre edificios y personas. De Córdoba nos dice: Que hay muchas casas buenas y fuertes, tres conventos y dos colegios. Observa la indecencia del desnudo interior de las iglesias que causa irreverencia entrar en ellas. No fué la desnudez de los templos característica de las ricas regiones de América — Nueva España o Perú — sino el boato, la riqueza prodigada en bellas obras decorativas, en sillares artísticos, en artesonados suntuosos, en copones áureos, en finos encajes, en casullas deslumbrantes. ¿Pero qué podía encontrar Concolorcorvo en nuestras pobres iglesias? No obstante, comparadas aquellas igle-

sias de Córdoba con nuestras capillas, estas últimas debieron parecer pobres al viajero casi pícaro. Pobreza más bien por contraste que por verdadera pobreza.

Anota de paso la cantidad de esclavos negros que hay en toda la ciudad. Las religiosas de las teresas tienen en su convento trescientas a su servicio, y hay particulares que tienen no más de cuarenta.

La iglesia por lo visto no sólo toleraba la esclavitud, sino que la practicaba. No obstante el aprovechamiento industrial de los negros esclavos, sabemos que la iglesia, negaba sepultura sagrada al esclavo.

Tal mezquina explotación — más censurable en quienes decían practicar el cristianismo, que no admitía la condición del esclavo — o por lo menos trató como doctrina de dulcificar el sistema, no mereció ninguna observación a Concolorcorvo. No olvidemos que el autor prodiga escasas simpatías a la raza negra: “Nadie puede dudar —dice— que los indios son muchos más hábiles que los negros para todas las obras del espíritu. Casi todos los años entran en el reino más de quinientos negros bozales, de idioma áspero y rudo, y a excepción de uno u otro bárbaro, o por mejor decir fatuo, todos se entienden o se dan a entender lo suficiente en el espacio de un año y sus hijos con sólo el trato de sus amos, hablan el castellano como nuestros vulgares. Los negros no tienen intérpretes, ni hubo necesidad de ellos. Los españoles los necesitaron en los principios de la conquista para tratar con los indios o informarse de sus intenciones y designios.

En lo tocante a los ritmos negros y a las diversiones que acostumbra, no puede ser más desagradable la impresión: “Las diversiones de los negros bozales son lo más bárbaras y groseras que se puede imaginar. Su canto es un aullido. La quijada de un asno bien descarnada, con su dentadura floja, son las cuerdas de su principal instrumento, que rascan con un hueso de carnero, asta un otro palo con que hacen unos altos y triples tan fastidiosos que provocan a tapar los oídos o a correr a los burros que son los animales más estériles y más asustadizos. En lugar del agradable tamborileo de los indios, usan los negros un tronco hueco.”

Los ritmos disonantes y ruidosos de los negros producen en Concolorcorvo desagrado. Más dado por temperamento y por atavismo de la sangre, a escuchar sus palabras, que hablan de su proce-

dencia nativa: “No es mucho, señor Alonso, porque yo soy indio neto. Dejemos lo neto para que lo declare la madre que lo parió, que esto no es del caso”. Mestizo, pues, por su propia confesión.

En Tucumán, describe el paso de unas carretas, único medio de locomoción conocido, salvo la mula, y da a los caminantes muchos alivios sobre la forma de eludir la pesadez de los caminos. Aconseja que se informen sobre las circunstancias de las carretas, porque estas se dividen regularmente en tres clases: la primera comprende a los hombres más distinguidos de Mendoza, San Juan de la Frontera, Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán. Los primeros establecieron este género de trajín para dar expendio en Buenos Aires y Córdoba a los frutos sobrantes de sus haciendas, como vinos, aguardientes, harinas, orejones y otros frutos. Los segundos, son aquellos que regularmente cuidan escasos las providencias con atraso de los viajes y los terceros son gentes de arbitros.

De estos últimos, agudos arbitristas, hay que cuidarse más, y Concolorcorvo los presenta pidiendo siempre fletes adelantados — y atendiendo a último momento — a algún urgente acreedor que los detiene y se ven obligados los cargadores no solamente a pagar por ellos, sino a suplir las necesidades del camino y otros contratiempos, por lo que es más conveniente y seguro — para el viajero que quiere evitar tales molestias, pagar unos pesos más en cada carreta de los primeros. Advertencia esta última, que debían agradecerle a Concolorcorvo, los desprevenidos viajeros.

Salta, presentaba en aquella época un aspecto desolador. No se podía atravesar la ciudad a caballo por el barro. La parte plebeya o pobre de la ciudad padecía de una enfermedad contagiosa que llamaban de San Lázaro (una especie de sarna en realidad). Llámale la atención la lozanía de las mujeres, deprimida sin embargo, por el bozo o coto. La coquetería femenina ha sabido suplir siempre ¡oh, poder del eterno femenino! — los defectos físicos con simulacros delicados. Y es así que las salteñas de entonces, disimulan su fealdad deformativa, con un leve tul que ocultaba el cuello y caía graciosamente sobre los hombros.

Poetas que pasaron fácilmente del pícaro al delincuente, los hubo, también, en la Edad Media.

François de Villon es la expresión más viva, en Francia y en la Edad Media, de Buscón poeta. Algunos hechos de su vida

señalan claramente, desde muy joven, su inclinación a la delincuencia. Educado por el canónigo, Guillaume de Villon, de quien toma el nombre, no sigue una línea moral irreprochable. Prefiere la vida disoluta y desaprensiva del estudiante. El estudiante y el pícaro se confunden en muchos aspectos, como lo hemos observado en el capítulo "Estudiantes y pícaros", particularmente en el siglo XVI: en Villón existe la conjunción perfecta, agregando un elemento más, el delincuente en potencia.

Penetra Villón por la ruta de la Universidad para extraviarse en la picardía y la delincuencia. Hasta 1455 su vida no presenta nada de extraordinario. Se gradúa en 1452 de "maitre és arts" en la Sorbona. Aparentemente es un estudiante normal, en quien no se sospechan las derivaciones futuras de su anormalidad.

En 1455 agredido por un sacerdote, mató en duelo a su adversario y tuvo que huir de París. Vuelve, gracias al indulto, a la ciudad de su nacimiento. De asesino se convierte en ladrón y asaltante. Con cuatro aventureros de su laya, desbalija el tesoro de la Facultad de Teología custodiado en el College de Navarre.

Emprende a partir de ese suceso — asalto y robo a mano armada, una nueva vida de aventuras que lo hace temer por su propia seguridad. De ahí que, con gesto de humorista, compone su "Petit Testament". En este poema con un desenfado inefable, enumera los legados que deja a amigos y a enemigos, como si ya estuviera en "Articulus mortis". Legados, que en buen romance, son cargas nada deseables. Nada útil y bueno puede dejar el poeta: a no ser su mala fama y sus crímenes.

Recorre diferente regiones de Francia, vive en el Rosellón, en Poitou, en la corte de Carlos de Orleans y de Juan II, de Borbón, ejerciendo probablemente las funciones de juglar o trovador, hasta que sus nuevos crímenes hacen que de con sus huesos en la cárcel de Meung, de cuya encerrona lo libra el indulto de Luis XI.

Villón se afilia a la sociedad de los "coquillards" — pandilla de vagabundos y truhanes mancomunados para la delincuencia, tipo de asociación muy común en la Edad Media. Al salir de la prisión en 1463 no se enmienda. Es un reincidente. Riñe, — y como consecuencia de la riña, probablemente con algún personaje de importancia, es condenado a la horca. El Parlamento le conmuta la pena de muerte por la de destierro. Desde entonces se le pierde de vista.

Cae en una zona gris de su existencia, en la que los escándalos y delitos mayores ya no cuentan. Prefiere perderse en los callejones de París — en las ferias pintorescas, oyendo a los juglares y remedadores, codéandose con gente cazarra y desmazalada.

La vida de Villón es un tejido de crímenes y truhanerías. El poeta sabe tomar todo este aspecto delictivo de su vida con una resignación extraordinaria, llena de ironía. No es un tipo vulgar: es un genial poeta en ciertos momentos. La sociedad actual lo condenaría, en su época se justifica. No es mejor, ni peor que otros hombres de antaño. Es pobre y no desea trabajar. Desprecia la condición servil. Describe la maldad y la miseria del mundo en que le toca actuar. Es sincero. Su poesía es humana, y tiene el carácter de la confesión de un alma atormentada.

Al describir la vida canallesca de los estudiantes de París, en su "Petit Testament" aparecen un fullero en el juego de dados, ladrones de gallinas, etc., tipos poco recomendables caídos en "Un profundum malorum".

Entre ellos se siente Villón mejor que entre los graves doctos. Se gusta en su poesía un amargo recuerdo de la muerte y el sobresalto de quien vió tantas veces la sombra de la soga proyectada sobre su cuello, y sobre todo, una grave melancolía, especialmente en la célebre balada: "Ballades des dames du temps jadis", con el tintineo del estribillo: "mais où sont les neiges D'antant".

Villón es el tipo de Buscón poeta perdido entre monjes y bededores de la Edad Media, en el viejo París de claustros, gárgolas, y sordas disputas casuísticas. Para encontrar en América a Buscón poeta, un poco más de dos siglos después, debemos evocar a la Lima colonial. Es la ciudad de los virreyes y de los regidores, digna heredera de un imperio vencido. En la Lima del ensueño y de la picardía, que husmeara Ricardo Palma hasta en sus últimos recovecos, en la Lima de la plata y de las rimas gongorinas, de las corridas de toros y de los saraos, vive un poeta, mezcla de histrión y de juglar. Es un poeta del pueblo — que no publica sus coplas en libros, las difunde en hojillas sueltas, que llegan como saetas hirientes a los corrillos, a los mentideros y hasta los palacios de los virreyes. Se llama pomposamente: Luis del Valle y Caviades.

"El Diente del Parnaso" ha titulado a su colección de poesías. Título hiriente que oculta el escoplo o lo incisivo de su estro. No gusta del lirismo puro, sino de la sátira. La poesía se ahoga en

los salones limeños y en los jardines, donde Góngora ha derramado sus pomos de perfumes. Los poetas gongorinos, como Peralta Barnuevo gozan del favor oficial: pero se nota la asfixia de la poesía. Es necesario el estro de un salvaje, de un poeta de la ribera para remozar los relamidos madrigales y las odas untuosas. Para escarnio de esa poesía y de los galenos, aparece el poeta picaresco. Su vida no alcanza los aspectos delictuosos de la de Villón. Es la vida de un pícaro entretenido y de un dipsómano desaprensivo. En su juventud conoció todos los placeres; se dió con exceso al alcohol y a los amores fáciles. Hijo de un comerciante español y de origen burgués, viajó por España que era derrochar su salud y su fortuna en busca de placeres ligeros. Así en poco tiempo consumió un haber cuantioso, se enfermó y cayó bajo la vigilancia de galenos limeños que fueron para él: rayos en calesa, asesinos graduados, veneno con guantes.

Se establece con una tienda de baratijas en la Ribera y se casa. Quiere vivir con tranquilidad en los últimos años, sentar cabeza. Fué poco afortunado en su casamiento a poco tiempo de casado, y sintiendo los efectos del desgaste de su juventud, al caer en manos de galenos inexpertos o pedantes, se venga de ellos con su poesía. Como todos los satíricos llega a excesos y exageraciones, causa disputas y agrias contestaciones: en ello no ve otro motivo que afilar su diente para hundirlo despiadado contra su enemigo. Por su amargura desesperada recuerda a Arquíloco de Paros.

Caviedes en ciertos aspectos de su vida es un verdadero pícaro: por su poesía renovadora, en un ambiente de decadencia, el mejor satírico de su época. Se le ha comparado con Quevedo. De Quevedo tiene reminiscencias en su estilo, pero procede más directamente de Molière por su inquina contra los médicos.

Ingenio violento y mordaz, todo lo socava con su sátira, que no es, sin embargo, demoledora. Caviedes entronca con los espíritus satíricos más finos de todas las épocas. No es sombrío y tétrico, sino mordaz y risueño. Su obra que fué un escándalo en su tiempo, contrastó con la poesía atildada y gongorina de Peralta Barnuevo, como el perfume del jardín galante comparado con la furia de la tempestad. Su poesía es popular por su origen, su espíritu, criollo y culto a la vez, su genialidad de la misma estirpe de Rabelais.

Caviedes fué la última encarnación de Buscón poeta en América.

CAPITULO DECIMO SEXTO

DECADENCIA DE LA NOVELA PICAESCA Y PERENNIDAD DEL PICARO

A fines del siglo XVII comienza la decadencia de la novela picaesca; agoniza el género novelesco que tuvo su auge en los siglos XVI y XVII. Lázaro, Alfarache y Buscón, representan tipos de una época, universales y eternos a la vez: porque muere el género, pero no el pícaro. La última novela española, de afinidades picaescas fué Fray Gerundio de Campazas, del padre Isla. Pero esta novela combate los vicios de la erudición indigesta, de la decadencia literaria, y no pretende eternizar el tipo del hombre del pueblo, sino zaherir al predicador retórico y vacuo y al metafórico descomunal.

La autobiografía de Torres de Villarroel es el último relámpago de lo picaresco en la prosa literaria. Interesa más que nada por lo pintoresco, con caídas a lo apicarado, de la vida semidocta de Villarroel. (1)

Muere el pícaro en la novela. Revive en el vivo, el gracioso y otros tipos afines. El pícaro es eterno y el mundo está formado por pícaros más que por gentes horadas. Crispín, el personaje de los "Intereses Creados" triunfa siempre porque su lenguaje es comprendido por la mayoría.

Así en toda sociedad, sin diferencias de clases ni de clanes, se forma una masa de hombres de tendencias antisociales que actúa con eficacia cuando sus intereses comunes predominan. No es menester que toda una sociedad se corrompa para que triunfe el pícaro, o el vivo, su congénere. Es suficiente que domine en ciertos medios, o de ciertos sectores, en grupos de contacto directo, que se organizan alrededor de su personalidad, sublimada

(1) En América de habla española se cultiva esporádicamente la novela picaesca.

para mentes inferiores, sobre las que actúa el vivo aprovechando sus condiciones de habilidad y viveza para triunfar fácilmente.

Los grupos homogéneos de pícaros o vivos, inclusive pueden manejar toda una nación. A menudo son el eje sobre el que gira la política dominante. Basta para ellos que sobrepongan los intereses a los ideales.

Una política guerrera, de turbios monopolios, o imperialista, es la síntesis más frecuente del interés político del pícaro. En muchos países, especialmente en "South America", los vivos y pícaros integran los parlamentos, los ministerios y dominan aún en las universidades y en otros centros culturales.

El pícaro se convierte cuando actúa ante grandes masas en un peligro social.

No obstante, la acción del vivo en la política se desarrolla con mayor eficacia debido a la benevolencia general con la que se juzga sus hazañas. El considerár la viveza o la picardía como una gracia, estimula al pícaro para actuar con mayor seguridad y eficacia.

En algunas sociedades políticas mal organizadas, sucede a menudo que si el vivo comete una acción delictuosa o simplemente repudiable, en vez de sancionarlo se le estimula con un cambio de posición, que si bien en apariencia significa una sanción, en la realidad es un premio a sus artimañas.

El vivo triunfa así por su mimetismo, que es extraordinario. Tiene la habilidad de no caer nunca en el delito. Su actividad oscila siempre entre el delito y el acto moral. Es frecuente rendir culto y presentar como héroe o tipo idealista a un vivo disimulado.

Enrique Ibsen, conocedor profundo de la hipocresía de la sociedad contemporánea, nos presenta en "Los Espectros" la personalidad del capitán Alving en su anverso y reverso.

Para el pueblo y para los políticos, Alving era un prohombre: para el pastor Manders y para Elena, se revela sin dobleces su verdadera personalidad de vivo disimulado.

Abundan estos tipos aureolados por su dignidad en lo exterior y que en lo íntimo, se llega después al reconocimiento de su verdadera personalidad: la de un pícaro.

La simulación es uno de los factores dominantes del éxito del pícaro. Saber disimular es una virtud picaresca. No en balde el pícaro o el vivo pasan a menudo por caballeros o nobles.

Fingir desinterés y nobleza es una manera cómoda de conseguir adeptos: aunque, después, en la realidad, la acción se dirija en un sentido inverso. Lo importante es sustituir la personalidad real por la fingida. En los programas de los políticos aprovechados se observa esta forma de simulación: antes de las elecciones prometen muchas cosas elaborando extensos programas de acción, luego, en el poder, se olvidan de las promesas contraídas con sus electores. Asoma el pícaro, allí donde el hombre sincero sucumbe.

La simulación suele ir acompañada de una buena dosis de histrionismo. El pícaro y el vivo, especialmente en la política manejan con extraordinaria habilidad su don histriónico que es una condición indispensable de la simulación.

Otro factor importante en el éxito del vivo es la sugestión. El poder de sugestión se ejerce por el prestigio que goza el vivo en ciertos medios inferiores. En ellos, la falta de experiencia y de educación, especialmente entre los imbeciles y los débiles mentales, permite que la acción del vivo sea más directa.

Así el vivo triunfa ante las multitudes o en las asambleas, no en los pequeños grupos de la élite, donde suele ser desenmascarado y reconocido.

No obstante que estos pequeños grupos comprenden al vivo en su verdadera faz, no lo combaten con eficacia. Empleando contra él una ironía fina y pesimista, no hacen otra cosa que contribuir a su ascenso social.

El pícaro no carece de inteligencia. Ciertamente es que la novela nos presenta tipos inferiores, pobres muchachos como Lázaro de Tormes, pero aun en estos tipos predomina la gracia y el ingenio.

El pícaro se perfecciona a medida que asciende en la escala social. Simulará cultura entre los cultos, riqueza ante los poderosos, habilidad política ante los experimentados.

Su inteligencia es ante todo adaptabilidad al medio en que actúa.

Desde el punto de vista de la psicología social nos interesa destacar la influencia del medio sobre el pícaro y del pícaro sobre el medio en que actúa.

Es indudable que el medio contribuye a la formación moral del pícaro. Lázaro y Buscón, son el producto del medio, de un medio moral muy inferior, subsocial. En otro ambiente, con otra educación no hubieran sido pícaros, sino caballeros, jueces o santos.

Claro es que las influencias del medio son muy complejas (medios naturales, sociales, psicosociales, etc.); pero si observamos las influencias de los medios inferiores en la conducta, tendremos que admitir que el pícaro es hijo del medio y que él explica casi todo su comportamiento moral.

La conducta individual del pícaro no es tan influyente como su conducta social. La peligrosidad social se hace efectiva cuando los pícaros se mancomunan y adoptan una conducta colectiva. Entonces pueden dominar un sector de la sociedad, una clase, un partido o un clan, y su acción llega a sectores más amplios como la nación o el estado.

Entre los ideales negativos y limitadores de la personalidad humana, tanto el pícaro como el vivo, monopolizan el mayor número. Apreciamos en su personalidad las siguientes actitudes negativas y antisociales: (1)

MALDAD
DESLEALTAD
TENDENCIAS DESTRUCTORAS
FALSEDAD
ENGAÑO Y TRAMPA
INJUSTICIA
ILEGALIDAD
MISANTROPIA
EXPLOTACION DE LOS DEMAS
PERVERSION DE LA JUSTICIA
DESORGANIZACION DE LAS RELACIONES
MAQUIAVELISMO

Propósito sistemático de explotar a un:

VECINO
GRUPO
CLASE
REGION
NACIONALIDAD
RAZA
OPORTUNISMO

(1) L. L. Bernard. — "Psicología social", pág. 371.

A los que se oponen como actitudes idealistas positivas en su orden:

BONDAD
LEALTAD
SERVICIALIDAD
VERDAD
JUEGO LIMPIO
JUSTICIA
LEGALIDAD
HUMANITARISMO
LEY Y ORDEN
IDEALISMO

Actitudes intelectualizadas o constructivas de servir a un:

VECINO
GRUPO
CLASE
REGION
NACIONALIDAD
RAZA
ALTRUISMO

En cada una de estas actitudes e ideales negativos se puede clasificar a un tipo de pícaro o vivo, desde el fullero al vago disimulado, desde el explotador de la amistad hasta el aprovechado en la política.

En el orden de una lista de grupos, desde los más primarios a los menos primarios, observamos que el pícaro o vivo asciende en una escala que va desde los grupos pequeños a los más extensos: (1)

GRUPO FAMILIAR
GRUPO DE JUEGO
VECINDAD
PANDILLA

(1) L. L. Bernard. — "Psicología Social", pág. 371.

GRUPOS POLITICOS LOCALES
 PARTIDOS POLITICOS
 CLASES SOCIALES
 GRUPOS CULTURALES INTERNACIONALES
 NACIONALIDADES
 RAZAS

La influencia del pícaro sobre el medio social no aparece en la formación, sino en la acción del pícaro.

Si admitimos que existe un equipo adquirido y un equipo heredado del hombre, debemos reconocer que en el pícaro puede existir una predisposición hereditaria a la picardía. El pícaro influye sobre el medio, tanto como el medio influye sobre él: cuando una influencia es individual y esporádica no constituye un peligro social; pero el pícaro llámese "ganster" o inofensivo pícaro, influye en la sociedad dominando a las multitudes débiles o a los grupos. Entonces su acción se transforma en peligrosa, tanto como la literatura de los "gansters" a través del cine o la novela policíaca influyen en mentes débilmente constituidas.

En la Edad Media existían sociedades de delincuentes como la de los "coquillards" en Francia. Cervantes en "Rinconete y Cortadillo" nos presenta a la sociedad de Monipodio, cofradía de ladrones y cuchilleros. La descripción de Cervantes puede tomarse como fiel reflejo de la delincuencia colectiva de los bajos fondos de Sevilla. El hampa profundamente conocida por Cervantes, era un conglomerado de pequeñas sociedades para delinquir, sin ocultamiento y hasta con la tolerancia de la Santa Hermandad.

No son tan peligrosas estas comunidades en cierto modo oficiales de "gansters" y de ladrones, como las sociedades de vivos disimulados, conocedoras de todos los secretos de la ley, que cuentan con abogados dóciles a sus propósitos delictivos. Una agrupación de acaparadores, o un trust, no difieren en lo esencial de una sociedad de "gansters", pero tienen la ventaja para el pícaro o el vivo de ser como cortinas de humo que ocultan los propósitos más criminales.

El pícaro actúa en esa forma desde los sectores más ocultos y fortificados, se vale del mimetismo de los animales para ocultar su verdadera personalidad, y como el calamar arroja la tinta que le sirve para mover sus tentáculos con facilidad.

Hombres plegadizos, hábiles, de una inteligencia extraordinaria para los negocios, sin personalidad, sin ideales positivos, despreciando el honor y la dignidad del hombre de pensamiento, son los que manejan los resortes de comunidades políticas rudimentarias. Son los vivos o los pícaros eternos desde Lazarillo o Buscón, redivivos, los vemos actuar impunemente, inteligencias tortuosas fabricadas para el mal; pícaro o vivo que nació en un rincón de España y llegó a América para actuar tanto en la viveza criolla, como en las diversas formas de simulación descriptas en esta obra.

FIN

INDICE

	Págs.
Capítulo I. X — Nacimiento y condición del pícaro	7
Capítulo II. X — Psicología del pícaro	13
Capítulo III. — Buscón y Alonso en América	20
Capítulo IV. — Una pícaro pundonorosa: la Monja Alférez	28
Capítulo V. — El perulero y el indiano	38
Capítulo VI. X — El pícaro y la iglesia	47
Capítulo VII. X — Estudiantes y pícaros	54
Capítulo VIII. — El pícaro y el amor	61
Capítulo IX. — Pícaros cervantinos	69
Capítulo X. — El pícaro y Don Juan	79
Capítulo XI. — Piratas, bucaneros y otros aventureros en América	87
Capítulo XII. — Un pícaro americano: Periquillo Sarniento ..	101
Capítulo XIII. — El vivo, el pícaro y el gracioso	108
Capítulo XIV. — El gaucho pícaro	117
Capítulo XV. — Buscón poeta	126
Capítulo XVI. — Decadencia de la novela picaresca y perennidad del pícaro	135

Este libro se terminó de imprimir el día 28 de Diciembre de 1950, en los talleres de Impresora Rex S. A. — Gaboto 1521, para ORGANIZACION MEDINA - Colonia 1800 — Montevideo - Uruguay
Esta obra tiene 144 págs.

OBRAS EDITADAS EN IMPRENTA

HISTORIA	
BENTANCOURT DIAZ, Prof. J. GUIA DE HISTORIA. (Pre-historia. Oriente. Grecia. Roma)	\$ 3.50
BENTANCOURT DIAZ, Prof. J. INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA HISTORIA ..	\$ 3.50
BONILLA, Dr. Evangello. - HISTORIA DE GRECIA (2 tomos)	\$ 9.50
BONILLA, Dr. Evangello. - HISTORIA DE LA EDAD MEDIA	\$ 7.00
BONILLA, Dr. Evangello. - HISTORIA CONTEMPORANEA (2 tomos)	\$ 9.50
CASTELLUCCI, Prof Carlos A; RAMA Prof Carlos M; REYES ABADIE, Prof. Wáshington. - LECCIONES DE HISTORIA UNIVERSAL. PREHISTORIA Y ORIENTE ...	\$ 1.80
GARCIA, Prof. Flavio A. - UNA HISTORIA DE LOS ORIENTALES Y DE LA REVOLUCION HISPANO-AMERICANA (4ª edición) ..	\$ 5.00
MEDINA VIDAL, Marcos. - ORIGENES DE LOS SERVICIOS ELECTRICOS EN EL URUGUAY	\$ 0.50
MEDINA VIDAL, Marcos. - RESEÑA HISTORICA DE LA U. T. E.	\$ 1.00
RAMA, Prof. Carlos M. - LAS IDEAS SOCIALISTAS EN EL SIGLO XIX (2ª edición) \$	3.80
REYES ABADIE, Prof. Wáshington. - EL REGIMEN INDIANO	\$ 2.30
REYES ABADIE, Prof. W.; BRUSCHERA, Prof. O. H.; y MELOGNO, Prof. T. - DOCUMENTOS DE HISTORIA NACIONAL. EL CICLO ARTIGUISTA	\$
TRAVERSONI, Prof. Alfredo. - AMERICA PRECOLOMBINA Y COLONIAL	\$ 3.50
QUIMICA	
SAIZAR, Dr. Albérico E. - QUIMICA INORGANICA	\$ 3.30
SAIZAR, Dr. Albérico E. - QUIMICA ORGANICA	\$ 3.50
IDIOMA ESPAÑOL Y LITERATURA	
MIRANDA, Prof. Elida B., y BEINSTEIN DE ALBERTI, Prof. Eugenia. - CUADERNO DE LECTURAS No 1	\$ 1.70
MIRANDA, Prof. Elida B., y BEINSTEIN DE ALBERTI, Prof. Eugenia. - CUADERNO DE LECTURAS No 2	\$ 1.70
PEREDA VALDES, Dr. Ildefonso. LA NOVELA PICARESCA Y EL PICARO EN ESPAÑA Y AMERICA	\$ 2.30

Y 150 OBRAS A MIMEOGRAFO

(Sigue a la vuelta).

ORGANIZACION

COLONIA 1800

TEL. 45.800

MONTEVIDEO

OBRAS EDITADAS EN IMPRENTA**DERECHO**

- ARROSA, Dr. Juan Carlos.** - NOVACION Y ASUNCION DE DEUDA EN EL DERECHO CIVIL Y COMERCIAL \$ 1.90
- BONINO, Dr. Emilio O.; GROMPONE, Dr. Romeo; BAROFFIO, Dr. Eugenio.** - DERECHO USUAL \$ 5.50
- CAMAÑO ROSA, Dr. Antonio.** - LAS FALTAS \$ 2.50
- CAMAÑO ROSA, Dr. Antonio.** - LA INSTANCIA DEL OFENDIDO \$ 4.00
- CAMAÑO ROSA, Dr. Antonio.** - DELITOS \$ 5.00
- CAMAÑO ROSA, Dr. Antonio.** - MINISTERIO, PUBLICO Y FISCAL \$ 2.00
- COUTURE, Dr. EDUARDO J.** - LA LEY 10.873 SOBRE DERECHOS DE LA MUJER .. \$ 2.00
- COUTURE, Dr. Eduardo J. y otros.** - CONSEJOS DE SALARIOS (Foro de debates del Colegio de Abogados) \$
- FABREGAT, Julio T.** - LOS PARTIDOS POLITICOS EN LA LEGISLACION URUGUAYA \$ 5.00
- GROMPONE, Dr. Romeo.** - DIVORCIO \$ 3.00
- GROMPONE, Dr. Romeo.** - ORDEN DE LLAMAMIENTO. (2ª edición) \$ 3.00
- GROMPONE, Dr. Romeo.** - INDAGACION SUMARIA DE LA PATERNIDAD \$ 2.00
- IRURETA GOYENA (h.) Dr. José.** - CURSO DE SUCESIONES. Tomo IV \$ 2.50

- IRURETA GOYENA (h.) Dr. José.** - CURSO DE SUCESIONES. Tomo V \$ 6.00
- VASCONCELLOS, Dr. Amílcar.** - LA MUJER ANTE EL DERECHO POSITIVO URUGUAYO \$ 2.00
- VAZ FERREIRA, Dr. Eduardo.** - BENEFICIOS DE INVENTARIO Y DE SEPARACION .. \$ 2.90

FILOSOFIA

- ALFONSÍN, Dr. Quintín.** - PSICOLOGIA (2A. ED.) \$ 3.80
- ALFONSÍN, Dr. Quintín.** - LOGICA. t. I. \$ 2.20
- ARIAS, Dr. Alejandro G.** - FILOSOFIA DE LA EDUCACION \$
- BERSANELLI, Prof. Victor.** - LOGICA (2ª edición) \$ 4.00
- CUVILLIER, Prof. A.** - METAFISICA \$ 3.00
- REY ALVAREZ, Dra. Sara.** - CURSO ELEMENTAL DE FILOSOFIA (2ª edición) \$ 2.70
- SILVA GARCIA, Prof. Mario.** - EL PROBLEMA RELIGIOSO \$ 3.50

MEDICINA

- BARQUET, Br. Alberto.** - APUNTES DE BACTERIOLOGIA \$ 15.00

Y 150 OBRAS A MIMEOGRAFO

(Siguiendo a la vuelta).

ORGANIZACION



COLONIA 1800

TEL. 45.800

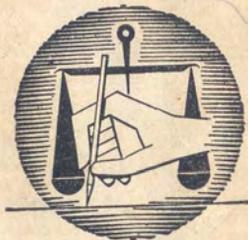
MONTEVIDEO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN IMPRENTA

- APUNTES DE BACTERIOLOGIA.** Br. Alberto Barquet \$ 15.00
- CURSO DE SUCESIONES.** Tomo V. Dr. José Irureta Goyena (hijo) \$ 6.00
- DELITOS.** Dr. Antonio Camaño Rosa .. \$ 5.00
- LOS PARTIDOS POLITICOS EN LA LEGISLACION URUGUAYA.** Julio T. Fabregat \$ 5.00
- INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA HISTORIA.** Prof. J. Bentancourt Díaz \$ 3.50
- HISTORIA DE GRECIA (2 tomos).** Dr. Evangelio Bonilla \$ 9.50
- LAS IDEAS SOCIALISTAS EN EL SIGLO XIX.** (2ª edición). Prof. Carlos M. Rama \$ 3.60
- UNA HISTORIA DE LOS ORIENTALES Y DE LA REVOLUCION HISPANOAMERICANA.** (2 tomos). Prof. Flavio A. García (4ª edición) \$ 5.00
- AMERICA PRECOLOMBINA Y COLONIAL.** Prof. Alfredo Traversoni \$ 3.50
- LOGICA.** (Tomo I). Dr. Quintín Alfonsín \$ 2.20
- HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.** Dr. Evangelio Bonilla \$ 7.00
- ORDEN DE LLAMAMIENTO.** (2ª edición). Dr. Romeo Grompone \$ 3.00
- PSICOLOGIA.** (2ª edición). Dr. Quintín Alfonsín \$ 3.80
- INDAGACION SUMARIA DE LA PATERNIDAD.** Dr. Romeo Grompone .. \$ 2.00
- MINISTERIO PUBLICO Y PRIVADO.** Dr. Antonio Camaño Rosa \$ 2.00
- LA NOVELA PICARESCA Y EL PICAARO EN ESPAÑA Y AMERICA.** Dr. Ildefonso Pereda Valdés \$ 2.30
- FILOSOFIA DE LA EDUCACION.** Dr. Alejandro C. Arias \$
- CONSEJOS DE SALARIOS.** Dr. Eduardo J. Couture y otros. (Foro de debates del Colegio de Abogados) ... \$
- DOCUMENTOS DE HISTORIA NACIONAL.** Profs. Washington Reyes Abadie, Oscar H. Bruschera y Tabaré Melogno \$



Y 150 OBRAS A MIMEOGRAFO



\$ 2.30 m/u.